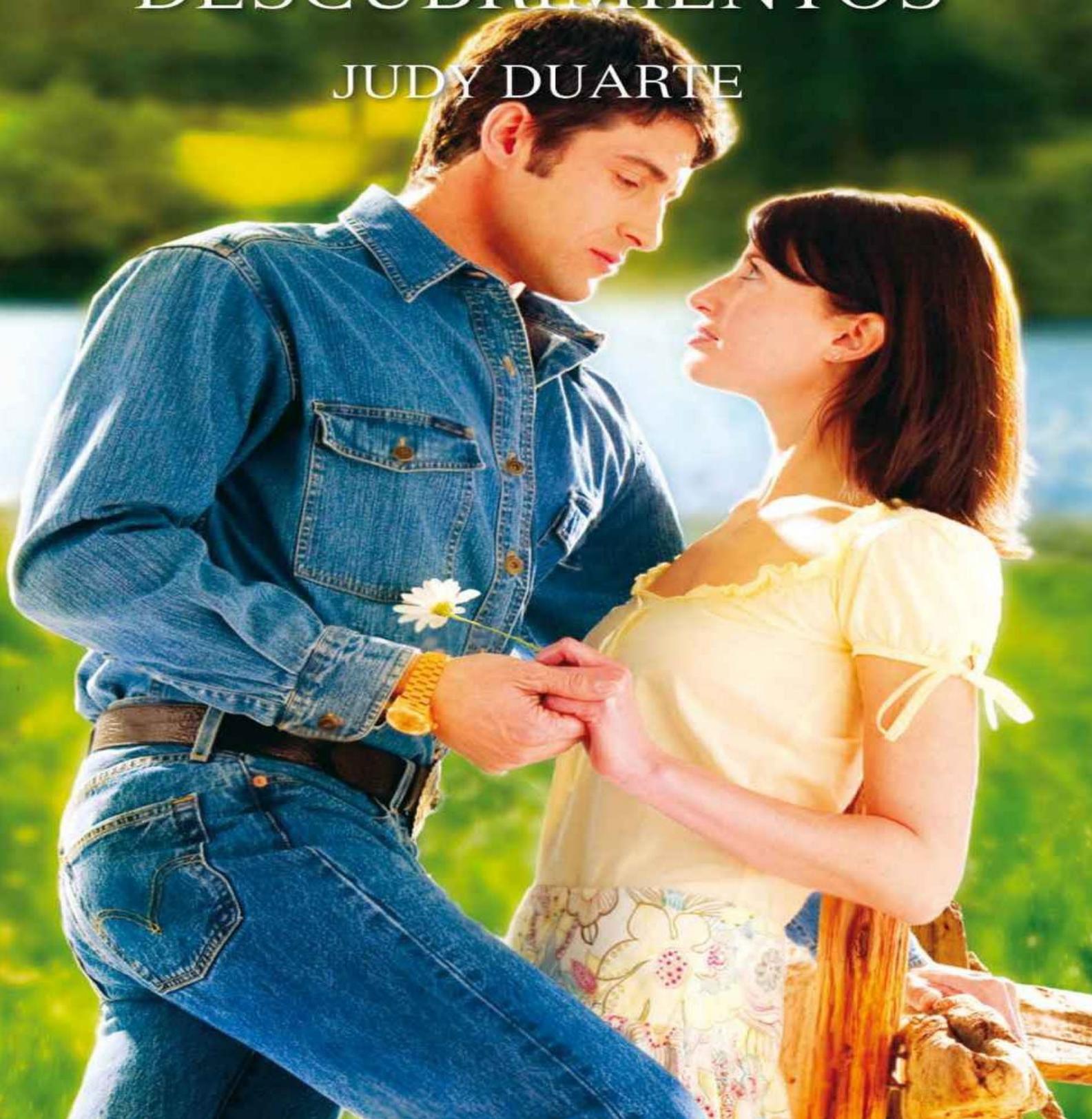


 HARLEQUIN™

Jazmin™

GRANDES
DESCUBRIMIENTOS

JUDY DUARTE



Jazmin

GRANDES
DESCUBRIMIENTOS
Judy Duarte



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Judy Duarte
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Grandes descubrimientos, n.º 2120 - abril 2018
Título original: A Bride for a Blue-Ribbon Cowboy
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9188-178-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

CUANDO Blake Gray Feather consintió en competir en el siguiente rodeo, el comité organizador de la Feria del Condado de Blossom, casi se puso a bailar en medio de la plaza.

Después de todo, la fama de Blake y el hecho de ser originario de la zona, atraería a la gente, y a su dinero, que tan desesperadamente necesitaban. Además, dado que el rodeo era el pistoletazo de salida de la feria, esperaban que el entusiasmo y la asistencia de la comunidad, continuaran el resto de los días.

Pero Cindy Tucker tenía sus propias razones para estar emocionada. El guapo vaquero de la sonrisa rebelde se alojaría en Tumbling T con su abuelo y ella durante un par de semanas. Y eso era todo lo que necesitaba para poner en marcha un plan al que llevaba dando vueltas desde primeros de año. O a lo mejor desde antes.

Se había pasado la mañana paseando por el salón y asomándose a la ventana vigilando el camino que conducía al rancho, pero Blake no había aparecido.

Debería haber ayudado a su abuelo a arreglar la cerca del sur, pero estaba tan deseosa de ver a Blake, que había pasado toda la mañana en casa realizando los arreglos que nunca quería hacer. Al menos, por fin había resuelto la fuga de la cisterna y cambiado la bombilla del armario del pasillo. En ese momento estaba arreglando el sifón del desagüe de la pila de la cocina.

Mientras apretaba la rosca, Shep, el perro pastor, ladró y después salió de la cocina y fue corriendo al salón.

¿Habría oído la camioneta de Blake?

Cindy dejó las herramientas y salió de debajo de la pila.

Sí, se acercaba un coche. Se limpió las manos en los vaqueros y corrió hacia la puerta delantera donde se encontró con un todoterreno negro que tiraba de un remolque para caballos.

Reconoció al conductor y soltó el aire que había retenido. Era estupendo

tener en casa a Blake. Sobre todo para algo más que para una visita rápida.

A pesar de que Blake había ido a vivir al rancho cuando era un adolescente, había llegado a ser parte de la familia.

Por supuesto a Cindy, una niña de diez años que había tenido a su abuelo sólo para ella durante cinco, la llegada de un Blake de catorce años no le había hecho muy feliz. Al principio de llegar había sido un adolescente salvaje necesitado de la orientación de su abuelo y una auténtica pesadilla para ella. Con el tiempo habían acabado por hacerse amigos. Y para cuando Blake había estado preparado para marcharse, se había convertido en el protagonista ocasional de los sueños románticos de una adolescente boba.

Pero eso era algo entre Cindy y su almohada.

Blake, en un sentido romántico, estaba fuera del alcance de una marimacho.

Pero Cindy tenía un gran favor que pedirle, un favor al que había estado dando vueltas desde que se había enterado de que iba a pasar una temporada en casa.

Abrió la puerta delantera y dejó que Shep saliera fuera meneando la cola y ladrando, mientras ella se quedaba dentro de la casa, mirando cómo Blake salía de una camioneta Chevy de dos ejes vestido con una camisa blanca, vaqueros negros y unas botas carísimas.

Era un hombre realmente guapo. De esa clase que las mujeres y la chicas miran embobadas.

Había heredado lo mejor de sus ancestros alemanes y comanches. Además de ocho años de su cosecha montando en los rodeos que habían endurecido su cuerpo y le habían puesto más guapo que nunca.

Cerró la puerta del conductor y se puso las gafas de sol, haciendo que la luz arrancara destellos brillantes de su pelo negro como el carbón.

Miró en dirección a la puerta y vio a Cindy, a quien dedicó una sonrisa de infarto.

–Eh, brotecillo, ¿qué pasa? –dijo.

–No mucho –dijo Cindy sin moverse de la puerta luchando contra el deseo de correr hacia él y abrazarlo como había hecho siempre cuando era pequeña.

Pero había cumplido ya los veintidós y cambiado de actitud respecto a algunas cosas. Quería que la viera como una mujer y no como a la pequeña terca pelirroja de su adolescencia.

Blake acarició a Shep y después levantó la vista hacia Cindy.

–Bueno, ¿no vas a darme un abrazo de bienvenida?

–Claro –empujó la puerta dejando que se cerrara de un portazo tras ella y fue hacia Blake.

Mientras lo abrazaba de puntillas, disfrutó de la sensación de ser rodeada por sus brazos y sentir su aroma a colonia tan fresca como un arroyo de montaña.

Se preguntó si un abrazo de Robby Bradshaw sería igual y esperó y deseó que así fuera.

Dejó volar su imaginación. Algunos enamoramientos, como éstos que las quinceañeras tenían con las estrellas del cine o del rock, eran sólo historias para soñar hasta que alguien más accesible aparecía. Alguien a su alcance, alguien feliz de quedarse en Blossom y formar una familia. Alguien como Robby.

Mientras Blake la soltaba, los ojos de color whisky que siempre la hipnotizaban, brillaron de sinceridad mientras decía:

–Tienes buen aspecto.

–Gracias –dijo, aunque captó la diferencia entre «tener buen aspecto» y «estar guapa».

Aquello recordó a Cindy el tema que quería abordar. Todo lo que tenía que hacer era dar con el modo de deslizarlo en la conversación.

Mientras Blake se dirigía al remolque dijo:

–No tienes idea de la falta que me hacía esta paz y tranquilidad. Pienso quedarme aquí unos días de vacaciones.

–Bien –estaba contenta de que se quedara una temporada.

Anteriormente sólo había hecho breves visitas, así que dos semanas parecían una eternidad; además dispondría de mucho tiempo para lo que tenía en la cabeza.

Lo miró mientras sacaba un caballo castaño castrado, la clase de montura que un vaquero cualificado desearía.

–Es un caballo precioso –dijo ella.

–Gracias. Es uno de los mejores caballos de corte de Texas. Se llama Cutter.

Cindy acarició la cabeza del animal mientras trataba de reunir el valor suficiente para pedirle lo que quería.

–Blake, yo... querría pedirte un favor.

–Claro. ¿De qué se trata?

Aquello facilitaba las cosas. Era como si se hubiera comprometido a

ayudarla antes incluso de saber de qué se trataba.

–El invierno pasado, cuando Robby Bradshaw vino a casa por las vacaciones de Navidad, me encontré con él en Twin Oaks Lake donde estaba pescando y me... –ah, maldición. Robby no había pronunciado exactamente las palabras, pero, de algún modo, ella se había figurado que las iba a decir. Además su evidente interés por ella había despertado en Cindy una especie de frenesí.

Blake se puso tenso y frunció el ceño. Su mirada se endureció y dijo:

–¿Qué demonios te hizo ese tipo?

–Oh, no –dijo ella al ser consciente de que Blake podía creer que tenía que defender su honor o algo así, aunque fuera agradable saber que podía contar con él si hiciera falta–. Es sólo que... bueno, está en Colorado y se va a graduar y probablemente vamos a tener una cita pronto y ... todo eso.

–¿Una cita y todo eso? –dijo Blake arqueando las cejas con gesto de hermano mayor.

Cindy dio una patada al suelo.

–Bueno, la verdad es que no tengo mucha experiencia en esto de los hombres y los romances. Tú tienes que saberlo. Así que me vendría bien un poco de adiestramiento sobre cómo actuar. Y como tú eres un experto... bueno, ya sabes, me imaginaba que serías el maestro perfecto.

Blake no pudo reprimir una sonrisa. La pequeña Cindy Lou, con su pelo rojo recogido en un moño, las mangas de la camisa de franela enrolladas por encima de los codos y una mancha negra en la pecosa nariz, estaba creciendo. Y quería que él le explicara algunas cosas respecto a los hombres.

Cindy se cruzó de brazos y dijo:

–No te rías.

–No me río. Simplemente me alegro de comprobar que por fin estás interesada en el otro sexo. Eso es todo.

–Tú, lo mismo que todo el mundo, deberías saber lo difícil que es esto para mí. Apenas puedo recordar a mi madre, ni a mi abuela.

–Lo sé, cariño.

Tampoco había tenido muchas amigas.

Blake nunca había estado seguro de si era por lo cabezota y difícil que resultaba o porque se sentía obligada a permanecer en el rancho cerca de su

abuelo. Antes de que Blake fuera a vivir con ellos, el viejo vaquero de rodeo y su nieta habían estado muy unidos. Más de una vez, Blake había sospechado que Cindy hubiera deseado ser el hijo que Tuck había perdido cuando el padre de Cindy había muerto.

No le había llevado ni cinco minutos darse cuenta de que la niña pelirroja era una auténtica marimacho. Pero podía ser porque tampoco tenía oportunidad de saber cómo se hacía una mujer.

Benjamin «Tuck» Tucker era un buen vaquero y había hecho un gran trabajo enderezando a Blake, un adolescente problemático al que su abuelo había enviado a Tumbling T. Pero no tenía ni idea sobre criar niñas pequeñas. Así que no era nada sorprendente que Cindy tuviera algo de retraso en lo que se refería a cosas de mujeres, como cocinar o coser, arreglarse o flirtear.

–Bueno, ¿qué dices? –preguntó Cindy.

Blake respondió con otra pregunta.

–¿Qué habrías hecho si no hubiera vuelto a casa?

Volvió a cruzarse de brazos.

–Me hubiera buscado la vida de una forma u otra.

No lo dudó. Cindy era valiente.

Pero Blake no estaba seguro de qué podía hacer para ayudarla, más allá de animarla a comprarse algún vestido. A lo mejor peinarse de otro modo. Ése podría ser un buen comienzo.

Cindy nunca había sido lo que se dice guapa. Pero sólo porque no hacía nada para serlo. No usaba maquillaje, perfume ni cremas. Y, al menos que él supiera, nunca se ponía nada que no fueran vaqueros o camisas de franela.

La marimacho de pueblo iba a tener que cambiar de estilo.

Por supuesto Blake no tenía ni idea de cómo enseñar a una mujer esa clase de cosas, pero Cindy era una amiga especial, lo más parecido a una hermana pequeña. Y hacer que Robby pusiera los ojos en ella significaba mucho para Cindy.

Le dedicó una sonrisa de complicidad.

–Vas a necesitar un buen cambio.

–Entonces, me vas a ayudar.

–Claro –lo intentaría... si podía y si ella le dejaba vía libre.

Le sonrió con ojos brillantes, del color del heno recién segado. Blake no se había dado cuenta antes, pero eran realmente bonitos. Y mucho más expresivos de lo que recordaba.

Cuando la vio parpadear, apreció las largas y negras pestañas. Bueno, eso era una ventaja. No iba a tener que usar ninguna de esas cosas que se echaban las mujeres.

Le miró el pelo. Siempre lo llevaba recogido en una coleta en la parte trasera de la cabeza o en un moño, como en ese momento. En algunas mujeres, ese estilo resultaba atractivo cuando se escapaban algunos mechones y colgaban sueltos.

Empezó a soltar las horquillas que mantenían el pelo recogido.

Cindy abrió los ojos de par en par y dijo:

–¿Qué haces?

–Viendo cómo te queda suelto.

Se tocó el pelo con una mano sucia.

–Está todo revuelto.

Tenía que reconocer que era así, mientras recurría a los dedos para recolocar los rizos. Pero cuando el sol empezó a arrancar destellos dorados del cabello, su mano se detuvo.

Guau. Nunca había reparado en lo abundante, lo bonito... lo brillante que Cindy tenía el pelo.

Bajó las manos. Era evidente que no tenía ni idea de qué hacer con su pelo.

–Nuestra primera parada será en la peluquería.

–Oh, no –dijo ella dando un paso atrás–. Ahí no. El abuelo me llevó un par de veces cuando era pequeña y me dieron unos tirones de pelo horrorosos. No he vuelto, me arreglo yo el pelo desde hace años.

Nadie tenía que explicarle a Blake lo testaruda que Cindy podía ser. Así que decidió jugar a su juego:

–Si quieres de verdad un cambio de imagen, tendrás que hacer algo con el pelo. Y yo no tengo ni idea de cómo enseñarte a cambiar tu estilo de peinado.

–¿De verdad crees que alguien puede conseguir que este matojo obedezca a un peine? –dijo estirando un mechón de pelo.

–Seguro –dijo sonriendo–. Podemos seguir hablando de ello en casa. Déjame llevar a Cutter al corral para que pueda estirar las patas.

–¿Te importa que te ayude?

–Claro que no. Me encanta que me acompañes. Te he echado de menos.

Y era cierto.

Cindy había sido una peste cuando era pequeña y él había llegado a vivir allí, pero se había convertido en una dulce peste. Y en ese momento, ocho

años después de haberse marchado del rancho, era su obligación ayudarla a atraer la atención de Robby Bradshaw, un tipo al que más le valía tratarla bien si no quería enfrentarse a sus puños.

Blake no hubiera tolerado que nadie hiciera daño a una joven que estaba a su cargo.

Mientras dejaba a Cutter en el corral, miró a Cindy que se dirigía a cerrar la cancela. Le sorprendió observar el balanceo natural de sus pasos y la hermosa curva de sus caderas.

Años antes no era nada más que un manojo de huesos.

Pero algo había crecido dentro de aquellos vaqueros.

La cena en el rancho Tumbling T fue la habitual: algo sencillo y sin estridencias. Desde que la esposa del viejo vaquero había muerto y cocinar había recaído en las manos de Tuck, se habían impuesto las comidas sencillas que requerían poco tiempo de elaboración. Tuck era un maestro del abrelatas.

–¿Quieres más judías? –preguntó Tuck.

–No. Por mí ya es bastante –de adolescente Blake se había hartado de comida de lata, especialmente de magro de cerdo y judías, las favoritas de Tuck.

–¿Y tú, Cindy Lou? –el hombre de pelo gris agarró la sartén y la llevó a la mesa para servirle.

–No, gracias, abuelo. Me he llenado con los sándwiches.

Después de echarse una tercera ración en su plato, Tuck volvió a la maltrecha mesa de roble y se sentó.

–Me alegro de que estés en casa, muchacho.

Blake sonrió con el pecho henchido simplemente por sentarse en la mesa familiar y saber que era bienvenido.

–Es agradable estar de vuelta.

De adolescente le habían enviado a vivir al Tumbling T porque su abuelo, que había sido compañero de armas de Tuck, tenía la esperanza de que el áspero vaquero orientara a Blake de alguna manera. Y después de algunos encontronazos con Blake, eso era exactamente lo que Tuck había conseguido.

–Bueno, ¿cuál es el último chismorreó del pueblo? –preguntó Blake sabiendo que siempre pasaba algo en Blossom.

–Sólo el jaleo entre el Comité de la Feria y el Comité por la Conducta

Moral.

–¿El Comité por la Conducta Moral? –preguntó—. ¿Qué es eso?

–Un grupo que monta jaleo y que cree que la gente no puede divertirse –dijo Tuck metiendo la cuchara en el plato de judías–, pero nadie va a decirme dónde y cuándo puedo beber. O en qué puedo gastarme mi dinero.

–¿Qué tienen en contra de la feria? –preguntó Blake.

Tuck tenía la boca llena así que contestó Cindy.

–Hace dos años, en la feria del condado, una gitana que adivinaba el futuro dijo a algunas personas del pueblo que se harían ricas. Después, cuando vino a la ciudad un charlatán que vendía participaciones en un negocio de bienes raíces, un montón de paisanos cegados por la codicia perdieron hasta la camisa. Pensando que los feriantes eran malos elementos, el comité organizador decidió no permitir a los feriantes colocar sus negocios en la avenida principal en la feria del año pasado. Ni qué decir tiene, la asistencia a la feria cayó en picado.

–Y la feria fue un completo fracaso –añadió Tuck.

Blake se lo podía imaginar. La gente de los secos condados de alrededor había acudido como un rebaño a la feria los años anteriores, y no sólo porque el condado de Blossom fuera húmedo y su terrazas de verano un gran atractivo, sino porque había un montón de atracciones para los niños en la avenida principal de la feria y éstos arrastraban a sus padres.

–Los fondos del condado todavía no se han repuesto –añadió Cindy.

–¿Qué demonios –dijo Tuck frunciendo el ceño–. El escándalo se ha vuelto tan grande e inmanejable que nadie puede poner un pie en Blossom sin verse envuelto en una discusión. Todo el mundo ha ido tomando partido y cualquier día de éstos se va a organizar una pelea.

Blake pensaba que la gente era la única responsable de sus negocios locos.

–¿Qué clase de chiflado hace caso de las recomendaciones de una adivinadora de feria?

–Algunos no tienen ni el cerebro de un mosquito –dijo Tuck mientras separaba la silla de la mesa, se pasaba la mano por el estómago y se levantaba–. Bueno, voy a dar un paseíto para bajar la cena y charlar un rato con Mary Ellen.

Blake y Cindy miraron al viejo mientras se dirigía hacia el porche, tomaba el sombrero del perchero y salía con Shep trotando a su lado.

Cindy rompió la esquina de la servilleta de papel, miró a la puerta cerrada

y dijo:

–Siempre me produce tristeza verlo hacer eso. Tiene que haber querido tanto a la abuela.

Blake asintió. El viejo seguro que echaba de menos a su esposa. Pero de adolescente había seguido a Tuck bastantes veces como para saber que la auténtica razón para sus paseos de después de la cena era que las judías en lata que comía tres veces al día provocaba estragos en su aparato digestivo.

Pero Blake se guardó sus pensamientos para sí mismo.

–Eh –dijo Cindy dándole un codazo–. Vamos a meter los platos en la pila y los dejamos en remojo mientras nos tomamos un helado.

–Claro –Blake nunca rechazaba un postre, y menos de chocolate.

Unos minutos después salían cada uno con su bol y su cuchara al porche trasero donde se sentaban a disfrutar del canto de las ranas y los grillos.

–Hace una noche preciosa –dijo Cindy mientras miraba la luna.

–Sí. He echado de menos Tumbling T. Es estupendo volver a casa.

Era agradable saber eso. A Cindy le gustaba que Blake siguiera considerando el rancho su hogar, porque la verdad era que apreciaba su amistad. Más en ese momento en que esperaba sus sabios consejos.

¿Quién mejor que él para asesorarla en temas de romanticismo? Tenía más experiencia que hombres que le doblaban la edad. Al menos eso sospechaba ella.

Podría haber elegido entre todas las chicas del instituto Sam Houston. Y por lo que había oído, había unas cuantas jovencitas que habían sido bendecidas con sus besos.

Cindy siempre sentía una punzada de envidia cuando pensaba en las chicas que habían salido con él. Pero era sólo porque no tenía más que mirarse al espejo o inspeccionar el interior de su sujetador para darse cuenta de que no podía competir con ellas, al menos no en ese campo. Y aunque en esos momentos rellenaba un poco más el sujetador, aún no podía competir con esas mujeres que seguían usando las blusas demasiado pequeñas y los pantalones demasiado ceñidos.

Pero todo eso iba a cambiar gracias a una nueva actitud y a su tutor.

Blake se comió una gran cucharada de helado y después la miró.

–¿Qué hace tan especial a Robby Bradshaw?

Nada en especial, pensó ella. Era agradable. E inteligente. También era el primer tipo que se había fijado en ella. Bueno, era el primero al que ella le

había interesado que se fijara.

–Es difícil de explicar –dijo.

–Inténtalo.

Pensó un momento, eligiendo las palabras. La verdad era que, hasta que Robby y ella habían tenido una oportunidad de sentarse y hablar, no sabía nada de él más allá de que era guapo y la trataba con respeto.

–Robby es especialista en empresariales, pero con poco dinero.

–¿Y ése es su único atractivo? ¿Te interesa por el dinero que pueda ganar?

–No –cortó–. Nunca he dicho que quisiera casarme con él. Sólo quiero salir con él. Y en lo que a mí respecta, que haga algo por sí mismo, me parece algo bueno.

–Sí, a mí también. Pero no me gustaría establecerme con el primer tipo que apareciera.

–No quiero establecerme –dijo con un suspiro.

No estaba absolutamente segura de estar diciendo la verdad, así que decidió cambiar de tema.

–¿Qué tal tú? Seguro que hay alguna mujer especial en tu vida.

Blake se encogió de hombros.

–No tengo ni idea. Me persiguen muchas mujeres, una en particular, pero no estoy preparado para las ataduras. Ahora no. Y a lo mejor no lo estoy nunca.

Aquello no sorprendió a Cindy. Siempre había tenido entre lo que elegir, ¿por qué conformarse sólo con una?

Se preguntó sobre la clase de mujeres que andarían tras él en ese momento. Tenían que ser guapas, sin duda, con pechos que desbordaban minúsculos sujetadores, pequeñas blusas que dejaban ver el ombligo. Mujeres que se hubieran merendado a Cindy con sólo pasar a su lado.

Las chicas con las que había salido en el instituto nunca habían hecho ni caso a Cindy, y todavía no se lo hacían. Pero, a lo mejor, si Blake la ayudaba a cambiar de imagen, serían más amigables y la tratarían como una igual.

Aunque las mujeres no eran su principal preocupación.

–Quiero que los hombres me encuentren más atractiva –admitió.

Por supuesto Blake era el hombre que más le hubiera gustado que se enamorara de ella, pero sólo una loca pensaría que algo así era posible.

Blake la agarró de la mano.

–Escúchame, brotecillo. Tienes un corazón tan grande como Texas; además eres leal. Un hombre sería afortunado de compartir su vida contigo.

En el fondo de su corazón solitario ella ya sabía eso, pero conseguir que un hombre le echara la primera mirada era su problema en ese momento.

Blake le pasó los nudillos por la mejilla provocándole que el corazón le diera un brinco y que todo tipo de pensamientos locos se le pasaran por la cabeza.

–Gracias –se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

–Bueno, cuéntame más de Robby.

–¿Qué quieres que te cuente?

–Para empezar, ¿qué aspecto tiene?

Cindy se encogió de hombros. Era más o menos de la misma estatura que él, un metro ochenta. Pero no era tan robusto. Robby seguramente estudiaba día y noche, ¿cuándo tenía oportunidad de hacer ejercicio al aire libre?

–Supongo que es mono.

–¿Supones?

Volvió a suspirar.

–Es rubio y tiene los ojos marrones. Una bonita sonrisa.

–¿Y es bueno para ti?

–Maldita sea, Blake, ¿cómo voy a saberlo? Es tan tímido que apenas hemos hablado.

–No estoy intentando hacerte pasar un mal rato.

Ella ya lo sabía, pero no se sentía cómoda hablando de Robby delante de Blake. Estar al lado del guapo vaquero hacía que sintiera ganas de compararlos.

Y el pobre Robby no tenía nada que hacer. Y si alguien sabía lo mal que sentaban las comparaciones, era Cindy.

–Te diré una cosa –dijo Blake–. Iremos al pueblo mañana y pasaremos por la peluquería y el Mercantile. Y antes de que el sol se ponga serás una nueva mujer.

Blake hacía que pareciera tan fácil... Esperó que tuviera razón.

Cindy no estaba segura de cuándo había empezado a importarle lo que los hombres pensarán de ella, pero sospechaba que había sido mucho antes de que se hubiera encontrado con Robby pescando en el lago.

Daba lo mismo, estaba preparada para algunos cambios en su vida. Y el día siguiente no era demasiado pronto.

Capítulo 2

HE ECHADO de menos a esos tipos.

Cindy miró al guapo vaquero que tenía a su lado y después dirigió la vista hacia donde miraba él: la puerta del juzgado, donde Dutch y Buster estaban sentados. Los dos viejos pasaban las horas de luz aparcados en aquel banco verde de hierro y madera mirando pasar la vida.

–No solía gustarte el pueblo –dijo ella–, o al menos muchos de sus habitantes.

–Es gracioso lo que unos pocos años pueden hacer cambiar la perspectiva. Dutch y Buster eran de partirse de risa. ¿Nunca has hablado con ellos?

Dutch, el alto y desgarbado, escupía cada dos por tres parte del tabaco que mascaba en una lata color café con leche que había en la calle y que hacía las veces de escupidera.

–No he hablado nunca con ellos. El abuelo sí. La verdad es que me parecen demasiado gruñones.

–De acuerdo, si no te gustan –dijo Blake con una risita–, no creo que les importe mucho. Tienen una interesante filosofía de la vida, sobre todo en lo que respecta a la gente de Blossom.

Cindy también tenía su propia opinión sobre algunas de las personas del pueblo.

–Vamos –dijo Blake–. Quiero saludarlos.

Según se acercaban, Dutch se quedó sentado mientras Buster se levantaba.

El hombre de corta estatura y aspecto pesado, lucía camisa blanca, tirantes verdes, una polvorienta gorra roja y una sonrisa. Tendió la mano a Blake.

–Bueno, dichosos los ojos.

Blake estrechó la mano que le tendía y después se dirigió a Dutch.

–Me alegro de veros. Os encuentro tan bien como siempre.

–Y mejor que nos vas a ver –dijo Dutch inclinándose hacia adelante para escupir–. Esa recua de malditos moralistas quiere echarnos de nuestro banco.

Buster cruzó los brazos por encima de un estómago que ponía a prueba los

tirantes.

–Pero van a tener que llegar a las manos. Nadie va a decirnos dónde podemos sentarnos y escupir.

Dutch se recostó en el respaldo y cruzó las largas piernas.

–Un par de recaudadores trataron de echar a mi padre de la granja una vez y se llevaron un buen puñado de perdigones en el lateral del bonito coche negro que llevaban.

Buster se sentó al lado de su viejo amigo.

–Éste es un banco público. Y sólo porque tengamos plata en el pelo y oro en los dientes, no vamos a tener el cerebro de metal. No vamos a dejar que esos moralistas imbéciles se pongan chulos y nos digan lo que tenemos que hacer.

–Por cierto –dijo Dutch a Blake–, quiero felicitarte, he oído que aguantaste ocho segundos en ese maldito Flame Tower. Nadie había logrado algo así.

Blake sonrió.

–Fue un gran día. Y una gran cabalgada.

–La gente habla del rodeo de la feria de Blossom y de lo contenta que está de que vayas a competir. A lo mejor Buster y yo nos levantamos del banco y vamos a verte.

–Espero que lo hagáis.

–¿Qué tal está Tuck? –preguntó Buster a Cindy–. Oímos algo de que fue a la clínica la semana pasada.

A Cindy casi se le salió el corazón del pecho. No sabía nada de la visita de su abuelo al médico.

–No parece estar enfermo.

–Bueno, no hay nada que no cure un pequeño romance –dijo Dutch con una risita–. Hemos oído algo sobre una bonita enfermera que trabaja allí. Estábamos pensando en ir a verla nosotros.

¿El abuelo estaba interesado en una mujer? Bueno, mejor eso que ir a ver al médico por problemas de salud. Pero Cindy no se podía imaginar al viejo vaquero metido en algo así, seguía suspirando por la pérdida de su esposa. Dutch y Buster debían de estar equivocados.

–Tengo que irme –dijo Blake–, tengo unos recados que hacer. Espero veros en el rodeo.

–Allí estaremos –dijo Buster.

–Tenemos cosas que hacer –dijo Blake dirigiéndose a Cindy–, a menos que hayas cambiado de opinión.

–No –dijo cruzando el césped a su lado, en dirección a la zona de tiendas–. Dutch y Buster tienen razón, todo el mundo está contento de que estés aquí.

–Sólo porque me he hecho un nombre. Sabes tan bien como yo que no siempre ha sido así.

Blake tenía razón. Cuando había llegado al pueblo por primera vez, la gente lo había mirado mal. Él siempre había dicho que porque era medio indio, pero para Cindy y su abuelo, su actitud inicial de «a mí no te me acerques», había sido la culpable.

–No tengo más lazos con Blossom –dijo él– que Tuck y tú. Y voy a competir en el rodeo sólo porque me lo pidieron Jason y Trace.

El alcalde Jason Strong y el sheriff Trace McCabe se habían hecho amigos de Blake en el instituto una vez que intervinieron en una pelea de adolescentes y salvaron a Blake de acabar vapuleado.

La lealtad de Blake a aquellos dos hombres era admirable, y Cindy lo respetaba por ello. Pero tenían que volver a lo que les ocupaba.

–¿Adónde vamos primero? –preguntó.

–Al Mercantile –dijo Blake apoyándole una mano en el hombro y dirigiéndola hacia una tienda de ropa.

Cindy se compraba la ropa en Moda Familiar, una tienda económica en la que comprar era algo rápido y fácil para ella y su abuelo. El último invierno, cuando parecía haber empezado a sentir algo de interés por la moda femenina, había pensado en ir al Mercantile cada vez que había bajado al pueblo.

Le gustaba mirar los maniqués del escaparate. Pero nunca había entrado. Se le hacía difícil entrar sola en un sitio así.

Con Blake como guía aquello se convertía en una aventura por más de una razón.

Cuando llegaron a la puerta, Blake le cedió el paso haciendo que se sintiera casi abandonada al entrar.

Un ráfaga de nerviosismo le recorrió todo el cuerpo mientras entraba en la tienda llena de estantes abarrotados de ropa a la última. Sintió deseos de agarrar la mano de Blake, pero se contuvo.

Después de todo había sido ella la que había aceptado la propuesta de cambiar de imagen. Ella la que había decidido fijarse en Robby y pedir la ayuda de Blake. Así que tenía que ser capaz de vencer sus nervios.

–¿Puedo ayudaros? –preguntó una dependienta.

–Me gustaría comprar un par de conjuntos para mi amiga –respondió Blake.

Cindy le dio un codazo.

–Sólo te he pedido ayuda, no pretendo que pagues nada –dijo dando unas palmaditas en el bolso–. Además, he estado ahorrando para esto.

–Puedes guardarte el dinero. Pienso pagarlo todo –Blake miró a la dependienta–. Nos gustaría algo juvenil y a la moda, ¿puedes sugerirnos algo?

–Por supuesto –la chica señaló una silla donde Blake podía sentarse y esperar; después miró a Cindy con detenimiento–. Vamos al probador y veremos qué podemos hacer.

Veinte minutos después, Blake seguía sentado en un sillón de terciopelo rojo tan delicado que no estaba seguro de que resistiera su peso. El sombrero negro reposaba en un cojín a su lado mientras ojeaba una revista de moda.

Sabía que el Mercantile era una tienda de ropa femenina, pero nunca se hubiera imaginado que podría encontrar algo que le interesara. No había estado en un lugar como aquél desde hacía años, cuando su madre lo había llevado a rastras al centro comercial que había detrás de su casa y le había tenido esperando mientras ella se probaba todo lo que veía. No le gustaba ir de compras con una mujer.

Pero aquello era un favor a Cindy.

–¿Estás preparado para un pase de modelos? –preguntó la dependienta morenita con una sonrisa de voy a comisión.

–Claro –dijo dejando a un lado la revista y cruzando las piernas.

–El primer pase es de un vestido de verano de Catarini, un nuevo diseñador de Nueva York.

Podía ahorrarse los comentarios, pensó, todo lo que le importaba era cómo le quedaba a Cindy y que a ella le gustara.

Pero cuando salió Cindy del probador tímidamente con un ceñido vestido verde que dejaba ver bastante más que los vaqueros y la camisa, casi se desmayó.

La menuda pelirroja tiró de la tela que colgaba de sus hombros y dijo:

–¿Qué te parece? ¿Es demasiado corto?

No. Sí. Demonios, no sabía.

Cindy se dio la vuelta y miró por encima de los hombros para verse en el espejo desde otra perspectiva.

–No me siento cómoda enseñando las piernas.

Blake no entendía por qué. Tenía unas piernas preciosas. No muy largas dado que no medía mucho más de un metro cincuenta y cinco. Pero eran perfectas.

–El vestido te sienta bien –dijo casi en un susurro.

–¿Crees que Robby se fijará más en mí con algo como esto? –preguntó.

Diablos, sí. A menos que ese empollón estuviera ciego. Desde luego, él se fijaría.

Se tiró del borde la falda como intentando alargarla más.

–¿Por qué no estás cómoda enseñando las piernas? –preguntó.

–Alguien me dijo que tenía las rodillas huesudas, así que las he llevado cubiertas hasta hoy –se miró en el espejo el borde de la falda y después se volvió hacia él esperando su aprobación.

Algo le dijo que podía haber sido él quien le había tomado el pelo.

–Si fui yo, lo siento. Tienes unas piernas preciosas, lo mismo que las rodillas. Seguro que estaba mintiendo –después miró a la dependienta–. Nos lo quedamos.

La chica se agarró una mano con la otra y dijo:

–Sabía que os gustaría. Tiene buen tipo y puede ponerse estos vestidos ceñidos.

–Me siento algo extraña con ropa así –admitió Cindy.

–No deberías, querida –dijo sonriendo la dependienta–. Vamos a que te pruebes los pantalones negros con el top a juego.

Al poco tiempo, Cindy volvió con un par de pantalones de cadera muy baja y una blusa con motivos vegetales que dejaba ver la cintura. Blake conocía aquel estilo. Y le gustaba cómo quedaba, sobre todo en otras mujeres. Pero no estaba seguro de que Cindy fuera capaz de recorrer las calles de Blossom con aquello. No tenía ni idea de lo que habían ocultado el vaquero y la camisa de franela.

Diez minutos después Blake pagaba la compra, que incluía tres pantalones, dos vestidos, uno amarillo y otro negro, y unos tacones negros. La dependienta también cobró la blusa blanca, la falda azul y las sandalias que Cindy llevaba puestas.

–No te importa que me ponga esto, ¿verdad? –dijo Cindy mirando la falda que llevaba puesta y tirando del borde aunque no era muy corta–. Es un poco escasa.

–Y muy a la moda –añadió la dependienta–. Estás estupenda.

Blake estaba de acuerdo. Pero seguía sin estar seguro de querer verla recorrer el pueblo de ese modo. Y no tenía ni idea de por qué.

Sería sólo por ella, supuso. Tenía que ser por eso.

Mientras se dirigían a la puerta observó con atención a la jovencita que tenía delante.

La ceñida tela azul acariciaba las curvas que había estado ocultando bajo la tela vaquera y la franela y no habría estado vivo si no hubiera reparado en ello.

Si aprendía a arreglarse el pelo y a maquillarse, seguro que era capaz de que se fijara en ella alguien mejor que Robby Bradshaw, pensó Blake sin siquiera conocer al tipo.

Cuando salieron al sol del final de la tarde, Cindy dijo:

–Me siento medio desnuda, da igual lo que diga la vendedora. A lo mejor entro corriendo y me pongo los vaqueros.

–No fastidies. Debes acostumbrarte a la atención. Esa ropa te queda fenomenal. La dependienta no te estaba halagando.

Cindy sonrió, después lo abrazó con fuerza y dijo:

–Gracias.

–De nada –mientras la abrazaba pasó las manos por la fina tela de la blusa que le cubría la espalda y una ola de calor le recorrió el cuerpo. Dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

Cindy podía tener veintidós años, pero para él era sólo una niña.

Una mujer-niña a punto de aceptar ser adulta. Y tenía que velar por ella mientras era capaz de tomar las riendas de su vida.

–Vamos, próxima parada: la peluquería.

Una campanilla encima de la puerta anunció la entrada de Cindy y Blake en el salón de belleza, un lugar luminoso decorado en amarillo y naranja. El olor de la laca llenaba la estancia.

Estaba distinto de la última vez que Cindy había entrado allí.

Una mujer pequeña de pelo naranja fluorescente sentada detrás de un mostrador levantó la vista y les dedicó una sonrisa.

–Hola. Bien venidos a Cut N Curl. Me llamo Wanda Mae. ¿En qué puedo ayudaros?

Cindy miró a Blake. Parecía saber lo que hacía, así que le dejó hablar.

–¿Habría alguien libre para hacer un corte y moldeado? –preguntó él.

–Seguro que podemos arreglarlo –dijo Wanda revisando la agenda.

Cindy aprovechó la espera para echar un vistazo a la sala. Cada una de las clientas tenía una profesional atendiéndola, excepto una señora de pelo gris recogido en rulos rosas que esperaba sola bajo un secador amarillo.

El lugar era asombroso y no se parecía nada a lo que recordaba Cindy. No se podía creer la multitud de mujeres que iban allí a mejorar su aspecto.

Wanda hizo un chasquido con la lengua y levantó una ceja mientras se acariciaba el pelo naranja y revisaba la agenda.

–Estamos a tope, pero supongo que podría encargarme yo.

Oh, no, Cindy no podía imaginarse saliendo a la calle con el pelo del color del chaleco de seguridad del trabajador de una carretera.

Dio un tirón de la manga de Blake y se llevó la mano a los labios en un gesto que indicaba secreto y le dijo:

–Como la vea acercarse a mí con un bote de tinte, le doy una patada en el trasero.

Blake echó un vistazo al libro del mostrador.

–A lo mejor alguien tiene un momento para hacerle una manicura o pedicura –sugirió–, después a lo mejor queda libre alguna estilista.

–Muy bien, podemos hacer eso –dijo Wanda con una sonrisa.

–Me parece bien –dijo Blake echando mano del pomo de la puerta–. ¿A qué hora vuelvo?

–Sobre las cinco. Estará preciosa.

Al ver que Blake la dejaba sola en el salón de belleza, estuvo a punto salir tras él.

–Será sólo un minuto –dijo Wanda con una sonrisa–. La manicura estará lista en poco tiempo, si quieres, mientras tanto, puedes participar en nuestra porra del bebé.

Cindy casi tenía miedo de preguntar.

–¿Qué es una porra del bebé?

–Tammy Wright, una chica de Blossom, va a tener un bebé a finales de agosto. Se rumorea que el médico ha dicho que es un niño, pero no le digas a nadie que te lo he dicho.

Cindy conocía a Tammy. Habían ido juntas al colegio y, a pesar de que no se habían relacionado mucho, había sido una de las pocas niñas a la que había considerado su amiga.

Wanda sacó una tabla en la que había nombres, fechas y horas.

–Cuesta dos dólares. Sólo tienes que elegir un día y una período de tiempo que no haya sido elegido y escribir si es niño o niña. El premio es de doscientos dólares.

¿Por qué no? Cindy buscó en el bolso y le dio a Wanda dos dólares. Después eligió el veintiocho de agosto. Había oído que la mayor parte de los bebés nacían en plena noche, así que eligió el período entre medianoche y las seis de la mañana. Y, dado que Wanda había mencionado que el médico decía que sería niño, decidió que sería una tontería suponer que el bebé sería una niña.

Después de devolverle a Wanda la tabla, se sentó en una silla cerca del escaparate. No tuvo que esperar mucho.

Desde ese momento Cindy fue mimada y atendida hasta el punto de que llegó a pensar que podría acostumbrarse a tanto cuidado.

Se sorprendió al ver lo suaves que podían ser sus manos, hubiera jurado que siempre iban a estar agrietadas. La piel le olía bien, como a azahar y crema.

Las uñas de los pies lucían un precioso rosa.

Incluso consintió en que le depilaran las cejas.

Cuando se vio en el enorme espejo casi no pudo reconocerse.

La esteticista estudió los encrespados rizos.

–Tiene un color bonito –dijo–. Deberías llevarlo suelto y lucirlo.

–Es muy difícil conseguir pasar un peine por él –explicó Cindy– y si no lo sujeto de alguna manera, por la noche parezco la superviviente de un tornado.

–Veamos lo que un poco de moldeado y acondicionador pueden hacer.

La mujer se puso a trabajar y Cindy se puso cómoda y observó.

Después de un tratamiento con acondicionador el peine corría libre por el pelo. Cindy decidió que tenía que comprar acondicionador para tener en casa. Después observó trabajar a la peluquera con el cepillo y el secador.

–Bueno –dijo la estilista apagando el secador y tendiendo a Cindy un espejo de mano–. ¿Qué te parece?

No se le ocurría otra cosa que decir que parecía magia. No sabía cuánto duraría, pero estaba muy guapa.

–Siempre había considerado mi pelo como uno de mis mayores defectos. No puedo creerme lo que has hecho con él.

–Gracias, me siento orgullosa de mi trabajo, sobre todo cuando tengo algo

con lo que trabajar. Eres muy guapa. Lo único que te falta es un toque de lápiz de labios. ¿Por qué no lo sacas del bolso?

–Yo... no uso maquillaje –dijo Cindy.

–Bueno, supongo que no te hace falta, pero tenemos nuevos productos que están volviendo locas a algunas de nuestras clientas –se volvió hacia la entrada del salón y dijo–. Wanda, ¿puedes acercarme un lápiz de *Pretty in Pink*?

Cuando terminó con ella, Cindy tenía un saco de productos de belleza y un manual de instrucciones detallado para su uso. Y aunque se seguía sintiendo como un pulpo en un garaje, su autoestima había crecido considerablemente.

Pero no hubo nada comparable a la impresión que recibió al ver a Blake entrar en Cut N Curl a las cinco en punto.

Cuando Blake vio a Cindy, se quedó helado.

Había pasado de Juanita Calamidad a Cenicienta pelirroja en pocas horas.

–¿Qué te parece? –preguntó Cindy mordiéndose el labio de abajo.

Diablos, no sabía qué decir.

El pelo le caía en una cascada de rizos que se movía de un modo muy sexy cada vez que giraba la cabeza. No estaba seguro de qué le habían hecho en las cejas, pero conseguían que un tipo se fijara en aquellos expresivos ojos verdes.

Y el pintalabios rosa que llevaba hacía que sus labios fueran... bueno, simplemente besables.

–¿Es demasiado? –preguntó ella.

No. Estaba bien. Pero no podía siquiera abrir la boca para decírselo.

–Estás muy bien. Bonita –dijo forzándose para hablar mientras recuperaba el aliento.

Había esperado que un arreglo la ayudara a estar más atractiva, pero no había esperado que ella resplandeciera de ese modo.

–No dejes que te trate como a una niña –dijo Wanda–. He visto cómo se le abría la boca cuando te ha visto. Madre mía, chica, estás tan guapa que pareces una modelo.

–¿Crees que Robby se sorprenderá? –preguntó Cindy a Blake.

Sin habla era como se iba a quedar.

De pronto Blake sufrió un ataque de responsabilidad. No podía dejar a

Cindy sola en la calle con ese aspecto. No sin protegerla de alguna manera de todos esos merodeadores que andan por la calle, sería como dejar un ternero en medio de los coyotes.

–No vas a andar en público así.

–¿Qué quieres decir?

–Al menos, no sin mí. Todavía no. No estás preparada para Robby ni para ningún otro tipo.

Cindy puso los brazos en jarras y dijo:

–He aguantado muchas bromas de los chicos desde los tiempos del colegio, pero no voy a permitir que ahora tú también te rías de mí.

–¿Reírme de ti? –se había metido con ella muchas veces en el pasado, pero en ese momento no estaba bromeando sobre su aspecto.

Ni sobre la atracción que iba a ejercer sobre los solteros de Blossom. Y algunos casados, sospechaba.

Le dedicó un mohín que le hizo estar todavía más sexy.

–No hace falta que me restringues que no he tenido muchas citas.

–¿Nunca has tenido una cita? –preguntó riendo Wanda–. Bueno, creo que eso va a cambiar. A lo mejor harías bien en ir al almacén por un palo para que puedas defenderte de los hombres cuando vengas al pueblo.

La chica de pelo naranja tenía razón.

Blake tomó a Cindy de la mano.

–Escucha, cariño. Te he dicho que te entrenaría y eso es lo que trato de hacer. Estás estupenda. Y no creo que haya ningún hombre vivo que no esté de acuerdo conmigo. Pero los hombres son una especie extraña, y sólo quiero estar seguro de que puedas manejarlos por ti misma.

–Escucha, Blake Gray Feather. No tengo ningún problema a la hora de manejar a los hombres. No lo he tenido antes y no lo tendré.

–No estoy hablando de montar a caballo o lacear un ternero, Cindy.

–¡Déjalo! Sabía librarme de los chicos en el instituto.

Blake puso los ojos en blanco y suspiró.

–Algunos tipos no son sinceros, tienen motivos ocultos –dijo.

–A lo mejor no tengo experiencia, pero leo libros y revistas. Veo la tele. Así que no te preocupes por mí.

Blake mantenía sus dudas. Algunos hombres podrían aprovecharse de su inocencia y eso era algo que Blake no podía permitir que ocurriera.

–Sólo voy a estar por aquí un par de semanas, después te las arreglarás

sola. Así que quiero dejarte preparada para que no caigas rendida a los pies del primer vaquero mujeriego y de pico de oro que se te ponga delante –la recorrió con la vista hasta las uñas pintadas de los pies.

Oh, demonios, hasta los pies tenía bonitos.

Blake volvió a suspirar con fuerza.

¿Qué había creado?

Y peor: ¿en qué se estaba convirtiendo él?

Capítulo 3

BLAKE no habló mucho mientras llevaban los paquetes a la camioneta. Estaba intentando acostumbrarse al cambio de imagen de Cindy.

Había imaginado que mejoraría, pero no esperaba que llegara a tanto.

¿Cómo no se había dado cuenta nunca de su potencial?

–Gracias por la ropa y el tratamiento de belleza –dijo ella–. Debería haberlo pagado yo.

–Quería regalártelo; además es una forma de compensaros a tu abuelo y a ti por aguantarme cuando era un adolescente bocazas.

–No eras tan malo.

–¿Ni siquiera el primer día cuando me estuve metiendo con el color de tu pelo?

El día que Blake había llegado al rancho le había tirado de una de las trenzas y llamado planta de zanahoria. Ella ni lo había mirado, pero en cuanto se alejó, bajó la cabeza y lo embistió como un carnero.

–Cuando me tenías en el suelo pusiste los brazos en jarras y me dijiste: «La planta de las zanahorias es verde, niño de ciudad».

–Lo entendiste a la primera y no me volviste a llamar así –dijo ella sonriendo.

Desde aquel día empezó a llamarla brotecillo.

–Si no hubiera estado despistado no me habrías tirado al suelo.

Cindy sonrió y le brillaron los ojos verdes al recordar su reacción tras el ataque a traición.

–No olvidaré nunca la mirada pasmada en tu rostro cuando me viste por encima de ti.

–Tenías muchas más agallas de lo que creía.

–Las sigo teniendo.

Era cierto. Siempre había habido algo más en Cindy Tucker de lo que se veía a simple vista. Y en ese momento era una agradable sorpresa.

–Me alegro de que vinieras a vivir con nosotros –admitió–, aunque tuviera

que compartir contigo la atención del abuelo.

–Eso es algo que entiendo ahora. Habías tenido a Tuck para ti sola durante años y yo requería demasiado su atención.

Cindy le dio un codazo con suavidad.

–Pero funcionó. Nos convertimos en una familia.

Blake supuso que había sido así. Cindy y Tucker le habían ofrecido algo que no había tenido antes, pero nunca había llegado a encajar del todo.

Por supuesto, tampoco había encajado en su familia biológica. De algún modo, suponía, se parecía demasiado a su padre indio. Era diferente. Un excluido.

Al menos ésa era la conclusión a la que había llegado siendo adulto.

Pero sólo se parecía a su padre en el físico. Su padre había sido un mentiroso, un mujeriego que había roto el corazón a su madre una y cien veces. Ella, finalmente, se había divorciado y cambiado de estado, pero después de perder la fe en los hombres y buscar la felicidad en el fondo de una botella.

Con más años y algo más de sabiduría, Blake sospechaba que cada vez que su madre miraba a su hijo medio indio, se acordaría del hombre que la había engañado. La relación madre hijo había sufrido las consecuencias de aquello.

Las cosas entre ellos habían mejorado, aunque no mucho. Había aprendido a vivir con aquel tipo de relación con su madre. Y había aprendido a vivir siendo diferente, no encajando en ningún sitio, excepto en el mundo del rodeo.

Tomó los paquetes que llevaba en las manos Cindy, los echó en el asiento de atrás, cerró la camioneta y conectó la alarma. Mucha gente en Blossom ni siquiera cerraba los coches, pero él había vivido en el centro de Los Ángeles.

Cuando Cindy empezó a rodear el coche para subirse por la puerta del acompañante, la detuvo.

–Tengo hambre y, a menos que hayas aprendido a cocinar en los últimos años, en el rancho no habrá otra cosa que espagueti y judías de lata. Vámonos a cenar por ahí. Llamamos a Tuck y le decimos que le llevamos algo.

–De acuerdo.

La última vez que Blake había estado en el pueblo, había comido muy bien en el Bee Hive Diner. Apoyó una mano en el hombro de Cindy y dijo:

–Vamos.

La palma de la mano se demoró en el fino tejido de la blusa mientras los dedos rozaban la piel desnuda de la espalda. Le llevó un momento ser consciente de lo que estaba haciendo, de sentir el modo tan posesivo en que

estaba tocándola. Cuando se dio cuenta, rápidamente levantó la mano.

Demonios, prácticamente eran familia.

Además, cada vez que la miraba, cada vez que se encontraba con aquellos ojos verdes como la primavera, que veía aquellas curvas tan femeninas, se descubría olvidando que se suponía que tenía que cuidar de ella.

A lo mejor tenía que sugerirle que se pusiera los vaqueros y la camisa de franela cuando estuviera con él.

Al pasar cerca del juzgado, Buster se levantó del banco y lanzó un largo y elocuente silbido.

–Si no fuera un viejo arrugado, me sentiría halagada –dijo Cindy con una risita nerviosa.

–Buster estará a punto de cumplir los ochenta, pero sabe apreciar a una mujer bonita, así que disfruta del piropo –Blake la llevó por la acera, pasaron por delante del Strong Bank y fueron hasta la plaza.

El Bee Hive tenía el mismo cartel en el exterior. Las mismas cortinas amarillas en la parte alta de las ventanas. Tuvo la esperanza de que tuviera el mismo dueño y la misma cocina.

Según entraron, Blake hizo un rápido repaso del restaurante. Parecía no haber cambiado nada: las mismas mesas de formica marrón, asientos de vinilo amarillo y mesas de rinconera.

El aroma de comida casera y el olor a levadura de panecillos recién horneados, llenaba el local y provocaba que aumentara el hambre de Blake.

Una mujer de unos cincuenta y tantos con un par de cartas se dirigió a ellos.

–¿Dos?

–Sí –respondió Blake empujando a Cindy para que pasara ella primero.

Cindy no había dado ni tres pasos cuando resbaló. Se habría caído si Blake no la hubiera agarrado antes de llegar al suelo.

Su aroma cítrico lo llenó mientras sus cabellos le rozaban las mejillas. La sensación de tener entre sus brazos aquel cuerpo menudo y femenino, alejó el sentimiento platónico que había tenido por aquel marimacho de campo.

Cindy volvió la cabeza y lo miró a los ojos. Durante un par de segundos sus miradas se cruzaron como si pasase algo entre ellos.

–¿Estás bien? –preguntó Blake volviendo a la realidad.

Ella asintió.

–Creo que sí. Estos malditos zapatos...

–Lo siento –dijo la camarera–. Acabamos de fregar el suelo, deberíamos

haber puesto un cartel de advertencia.

Blake ayudó a Cindy a ponerse derecha, preguntándose si debería ayudarla a ajustarse el borde de la falda para asegurarse de que no ofrecía a toda la cocina una completa visión de sus piernas.

No lo hizo, claro. Pero siguió manteniéndola entre sus brazos para asegurarse de que ni el suelo ni los zapatos nuevos volvían a ser un problema.

–Estoy bien –dijo ella–. Sólo un poco avergonzada.

–Por lo menos no hay nadie más –dijo él–, así que será nuestro secreto.

Le dedicó una sonrisa brillante, una que recordaba sólo de lejos a las que le dedicaba cuando era pequeña y compartían otro tipo de secretos.

Blake miró las sandalias que dejaban ver las uñas pintadas de rosa.

–Vas a tener que practicar en casa antes de salir con Robby.

–Y tengo que acordarme de evitar los suelos pulidos –añadió ella. El rubor en las mejillas la hacía incluso más guapa.

La camarera los llevó hasta una mesa de rinconera y dejó dos cartas encima de las mesas.

Cindy se sentó primero haciendo chirriar las piernas contra el vinilo del asiento, lo que hizo que Blake volviera a preguntarse si le haría falta otro ajuste a la falda.

¿Qué más le daba que la falda la cubriera bien? ¿Qué le importaba a él?

Se sentó frente a ella y al poco el restaurante empezó a llenarse de gente.

Acababan de servirles la comida cuando dos chavales, en la mesa de al lado, empezaron a hablar de la feria.

–La feria del año pasado fue de broma –dijo el chico–. ¿Quién quiere ver un montón de tratantes de ganado o esas malditas exposiciones de flores?

–Yo no –respondió la chica que parecía su hermana mayor–. Sin atracciones no hay razón ni para acercarse.

–El vecino de Tonny está en el comité –dijo el chico– y ha dicho que lo más probable es que este año vuelva a haber atracciones.

–Espero que sí –respondió la chica–. Sin juegos y atracciones es un aburrimiento.

La mujer que estaba sentada con ellos, su madre, pensó Blake, se unió a la conversación después de tomar un sorbo de café.

–El asunto de las atracciones todavía no se ha decidido. Mucha gente cree que los feriantes son malos elementos y no deberían entrar en el pueblo. Y vuestro padre y yo estamos de acuerdo.

Blake volvió a dirigir la atención a su compañera de mesa.

–Veo que las líneas están bien marcadas en el debate sobre la feria. ¿Has tomado partido?

–Siempre me han encantado las atracciones. El año pasado la feria fue una porquería, por lo menos en lo que a mí respecta. ¿Tú qué piensas?

Blake se encogió de hombros.

–Ni siquiera he pensado en ello. Me habré ido antes del día de la inauguración.

Pero la verdad era que no le gustaban mucho los comentarios que había escuchado en el pueblo mientras esperaba a que Cindy saliera de la peluquería. Cuando había oído aquello de «ellos y nosotros», había sentido simpatía por los feriantes, excluidos como él.

Pero mantuvo la boca cerrada para no revelar a nadie su punto débil.

Ni siquiera a Cindy, que había demostrado ser una buena amiga.

Tras una copiosa comida a base de carne, judías verdes y patatas cocidas, acompañadas de mantequilla, crema agria y cebolletas, Cindy se secó los labios y dejó la servilleta en la mesa.

–¿Algo de postre? –preguntó Blake–, ¿a lo mejor un poco de pastel de arándanos con melocotón?

–Suena bien, pero estoy llena. ¿Puedo probar el tuyo?

–Claro.

Pero antes de que pudieran atraer la atención de la camarera, entró el sheriff y cuando vio a Blake fue directo hacia ellos.

Trace McCabe, un hombre guapo de veintimuchos, tendió la mano a Blake.

–Me alegro de verte, Blake. Quería agradecerte que montes en el rodeo, sé que normalmente compites en sitios más importantes.

–Me alegro de poder ayudar.

Cuando el sheriff miró a Cindy, sonrió y se levantó el sombrero como se supone que se debe hacer ante una dama. Sonrió, pero había algo extraño en su expresión, como si no la hubiera reconocido. O a lo mejor el maquillaje lo había sorprendido.

–Conoces a Cindy Tucker –dijo Blake como si pensase que Trace necesitaba algún tipo de presentación.

–Sí –dibujó una sonrisa más natural–. Ese nuevo peinado me había

despistado por un momento.

–Perdón –se escuchó una voz femenina unas mesas más allá–, sheriff. Me gustaría hablar un momento con usted.

Trace se dio la vuelta, lo mismo que Blake y Cindy.

Era Bitsy Dupres, una cuarentona rubia y flaca que llevaba el pelo recogido en un pulcro moño.

Cuando Bitsy consiguió atraer la atención del sheriff, dijo:

–Tenemos que hacer algo con esos dos viejos que se sientan delante del juzgado. Su sola presencia en ese banco echa a perder nuestro bonito parque.

–Es un banco público –dijo Trace–. Dutch y Buster pueden sentarse donde quieran.

–Entiendo las limitaciones legales –dijo la mujer–, pero, a lo mejor, podríamos reubicarlos en un lugar más... más adecuado.

Cuando la mujer volvió a su comida, Trace miró a Blake con un punto de frustración en los ojos. Era evidente que aquella señora le estaba dando la tabarra por una cosa o la otra.

Blake se inclinó hacia Cindy y dijo en voz baja:

–¿Quién es ésa?

–Bitsy Dupres, una de las vocales del Comité por la Conducta Moral.

–Ya veo –dijo Blake–. ¿Y adónde demonios quiere mandar a Dutch y Buster?

–A otro condado, supongo –dijo Cindy encogiéndose de hombros.

Las conversaciones bajaron de volumen para intentar escuchar lo que se decían el sheriff y Bitsy, pero en ese momento entraron en el restaurante Fred y Cassie Twain con los gemelos de seis años y se reunieron con Bitsy sentándose en su mesa.

Trace saludó a los Twain y aprovechó la oportunidad para escabullirse.

–Me cazaré más tarde –le dijo a Blake–, tengo que huir.

Pidió una taza de café para llevar y se escapó del restaurante.

–¿Quiénes son éstos? –preguntó Blake señalando a los Twain con la cabeza–, ¿más miembros del comité?

–Sí y no.

–No te entiendo.

Cindy miró a la mujer de pelo castaño.

–Ésa es Cassie Twain, socia del alcalde en un negocio inmobiliario. Está en el comité. El hombre es su marido, Fred. Es asesor del condado y trabaja en el

banco –Cindy sonrió a Blake—. Fred es miembro del consejo de la feria.

–Eso debe meter un poco de presión en el matrimonio.

–O en el consejo –dijo Cindy—. Los Twain perdieron dinero en aquel timo inmobiliario de hace dos años.

La camarera volvió a su mesa y Blake le pidió el postre. Un momento después, dejaba un enorme plato de postre casero delante de él.

–¿Quieres un poco? –preguntó a Cindy.

–Ya lo creo –dijo llevándose una buena cucharada.

Estaban sentados en una rinconera como si fueran una pareja, pero Cindy sabía muy bien que no debía dejar volar su imaginación. Aun así se preguntó cómo sería si Blake viviera en Blossom. O simplemente que fuera a su casa con más frecuencia. Había decidido salir de allí en cuanto cumplió los dieciocho, pero podía haber cambiado de opinión.

Incapaz de contener su curiosidad, preguntó:

–¿Has considerado alguna vez la posibilidad de establecerte en Blossom? Ya sabes, comprar una casa o un rancho por aquí... Para cuando no estás en la competición.

Blake negó con la cabeza.

–No. Me gusta la vida de dar tumbos que llevo. Además, no soy la clase de hombre que se establece. Y menos en un lugar que está dividido en dos bandos, ninguno de los cuales me recibirá con los brazos abiertos.

Iba a empezar a rebatirle, a decirle que no era verdad, pero ambos sabían que nunca había sido aceptado en Blossom. No hasta que había empezado a ganar un increíble número de rodeos.

Bueno, al menos lo tenía bastante en la ciudad como para ayudarla a atraer la atención de Robby.

Salieron del restaurante y fueron paseando hacia el aparcamiento de detrás del juzgado donde habían dejado la camioneta. Blake llevaba la bolsa con la comida que había comprado para Tuck.

Delante del Mercantile, una morenita atractiva vestida de todos los colores, al estilo cingaro, miraba los maniqués del escaparate. Cindy no la había visto antes, pero le llamó la atención, sobre todo por la ropa que llevaba.

Al acercarse, la morena se volvió de repente, tropezando con Blake. Se agarró al brazo de él para mantener el equilibrio. Se miraron fijamente y quedaron como paralizados. Parecía como si ella estuviera en una especie de trance.

–¿Te has hecho daño? –preguntó Blake.

Ella negó con la cabeza lentamente.

–No, pero tú sí.

–Estoy bien –dijo dedicándole una sonrisa–. No me he hecho daño.

–Ahora no –dijo ella–, en el pasado. Y no me refiero a una pelea en el instituto que te magulló una costilla, te hizo sangrar por la nariz y te dejó un ojo morado.

Cindy se quedó boquiabierta. La mujer, una forastera, no podía saber nada de la pelea que Blake había tenido en el instituto y, sin embargo, acababa de describir las heridas con precisión.

Algo mágico pareció formar un remolino alrededor del vaquero y la morena, algo que Cindy casi podía tocar.

La atractiva mujer dejó caer la mano.

–Lo siento. Normalmente no digo cosas así.

–¿Quién eres? –preguntó Cindy.

–Cherry Cooper. Estaba echando un vistazo al pueblo –respiró hondo–. Siento haber chocado con vosotros.

Después les dedicó una sonrisa rápida, se dio la vuelta y se alejó entre los árboles con la falda de colores que le llegaba hasta los pies sacudida por el viento.

–Realmente extraordinario –dijo Blake.

–Sí, debe de ser vidente o algo así.

–Ah, venga –se burló–, no te creerás esas historias, ¿verdad?

–¿Tú no? Creía que las visiones eran una parte importante de tu cultura.

–Puede que de la cultura de mi padre, pero no de la mía. Casi no conozco a ese tipo. Ni su cultura.

–Bueno –dijo ella–, da lo mismo que creas o no, ha pasado algo. Algo inexplicable.

Blake le dio con el codo.

–Venga, vamos a llevarle la cena a Tuck antes de que se canse de esperarnos y abra unas latas de magro y judías.

–De acuerdo –Cindy trató de alcanzar a Blake acelerando el paso, pero con cautela debido a las sandalias nuevas–, pero esa mujer sabía lo de la pelea que tuviste en el instituto.

–No te exaltes.

–Incluso conocía las heridas que tuviste. Volviste a casa apaleado,

sangrando por la nariz y con los ojos morados, ¿te acuerdas? Te ayudé a limpiarte.

–Siempre has tenido una imaginación muy vívida, brotecillo. Y eres demasiado crédula. Por eso me preocupa que algún tipo de pico de oro te vuelva loca.

Cindy se cruzó de brazos, pero mantuvo la boca cerrada. Blake podía decir lo que quisiera, pero esa mujer, Cherry Cooper, tenía un don. Había visto algo que había pasado hacía años.

En un partido de fútbol del instituto, un par de tipos del Springdale habían insultado a Blake y éste se había enfrentado a los dos. Si Trace McCabe y Jason Strong no hubieran ido en su ayuda, podría haber salido bastante peor parado.

Cindy no había ido al partido, era demasiado joven y el abuelo ya estaba acostado cuando llegó Blake todo magullado. Así que había sido ella quien le había curado las heridas.

Siempre había creído que él no habría aflojado delante de otros chicos, pero en casa, en la tranquilidad de la cocina, las lágrimas habían brotado de sus ojos.

También había notado que se sentía herido en su espíritu. Ella le había ofrecido el calor de un abrazo que él había aceptado momentáneamente, pero luego se había librado rápidamente de aquella muestra de afecto y había adoptado una actitud de tipo duro que había mantenido las siguientes dos semanas.

No. Cherry había acertado. Blake estaba herido aunque él no lo reconociera y Cindy sufría por el dolor que su corazón ocultaba.

De alguna manera, en algún momento, lo ayudaría a curar sus heridas... si se dejaba.

Capítulo 4

UN PAR de días después, mientras Blake limpiaba la cuadra en la que Cutter había pasado la noche, empezó a hacer una lista de tareas pendientes, cosas que harían la vida más fácil al viejo vaquero que había hecho las funciones de su padre.

La puerta del establo chirriaba y gemía mientras oscilaba abierta y se hizo la anotación mental «engrasar bisagras». Levantó la vista esperando ver a Tuck y se encontró con Cindy.

La nueva Cindy.

Los sonrientes ojos y el veraniego vestido amarillo hacían que pareciera tan fresca y alegre como un macizo de narcisos movidos por la brisa.

Con la luz del sol a su espalda, el polvo y las partículas de heno bailando alrededor de ella le conferían un aire mágico, como de hada. Le costó encontrar qué decirle que no fuera, otra vez, lo guapa que estaba, lo único que le venía a la cabeza cada vez que la veía.

–¿Vas a algún sitio? –preguntó Blake.

–No, estoy ensayando.

Blake asintió mientras pensaba en el sentido que podía tener arreglarse entera sólo para dar vueltas por el rancho.

–No te he visto en el desayuno.

Lo miró de soslayo y le dedicó una sonrisa rápida mientras señalaba los rizos que le caían encima de los hombros.

–Me ha llevado un rato. Charlene, la de Cut N Curl, me dio unos cuantos consejos, pero no parecía lo difícil que ha resultado ser.

El tiempo que había dedicado a arreglarse estaba bien invertido, pero se guardó el pensamiento para sí mismo.

Hizo un gesto para ponerse cómoda que recordó a la antigua Cindy, después cruzó los brazos haciendo que sus pechos subieran un poco y se asomaran por el escote del vestido, provocándolo de un modo que la vieja Cindy nunca había hecho.

Maldición.

–¿Estás ocupado? –preguntó.

–En realidad, no –dijo encogiéndose de hombros.

–Entonces, ¿puedo pedirte un favor?

No llevaba en la mano ningún tarro, así que no necesitaba que le abrieran ninguna tapa.

Apoyó la horca en la pared y se frotó las manos contra los muslos del vaquero.

–Claro, ¿qué necesitas?

–¿Puedes enseñarme a bailar?

–¿Yo? –dijo Blake a punto de desmayarse.

–Sí, tú. No puedo volvérselo a pedir al abuelo, sólo conoce el *jitterbug* y el vals. ¿Y qué posibilidades hay de que Robby conozca los bailes de los cuarenta y cincuenta?

–Entre pocas y ninguna.

–Entonces eres mi mejor opción.

Tenía algo de razón, pero ¿qué sabía él de dar lecciones?

–No soy muy buen bailarín –dijo aunque nunca había tenido ninguna queja.

–Seguro que eres mejor que yo –dijo respirando profundamente, lo que volvió a atraer su atención hacia los pechos.

A lo mejor debía sugerirle que bajara los brazos y los dejara colgando a los lados del cuerpo. O eso o volverse a poner la ropa de chico que había usado hasta entonces.

No le gustaba nada lo que sentía cuando se vestía como una mujer preparada, deseosa y disponible. Sobre todo porque seguía dudando que estuviera preparada para manejar una relación, incluso con Robby.

–Los únicos pasos de baile que sé los aprendí en clase de gimnasia cuando la señorita Lassiter nos enseñó el *promenade* y el *allemande izquierdo*.

Los días de lluvia, la señorita Lassiter, la profesora de gimnasia de las chicas se las había arreglado para convertir el gimnasio en un aula de danza. Según parecía, aquella costumbre se había mantenido incluso después de que Blake se hubiera graduado.

–Y no creo que eso me sirva ahora para nada –dijo Cindy apartándose de la cara un mechón de pelo. Los movimientos de la nueva Cindy eran mucho más provocativos de lo que ella era consciente—. Bueno, ¿qué dices?

–No puedo enseñarte a bailar.

—¿Por qué no?

Abrió la boca para darle una explicación, pero al ver la decepción en los ojos de ella, volvió a cerrarla.

Demonios, pensó y suspiró con resignación.

—De acuerdo, lo haré lo mejor posible.

Cindy le dedicó una amplia sonrisa y fue hacia la pared donde se encontraba la nevera antigua y se puso a dar vueltas al sintonizador de la vieja radio reloj de Tuck. Esperó a que terminara la información del tráfico hasta que sonó una canción, entonces fue hacia él con las manos en la espalda.

Con calma, chico.

Se acercó a él mordiéndose el labio inferior, una costumbre que siempre había tenido, pero nunca le había afectado antes. Nunca había hecho que su atención se fijara en los labios y fuera consciente de que eran besables.

El aroma del champú, floral y fresco, mezclado con el del azahar, llenaba el aire, despertando en él toda clase de cosas que estaban mejor dormidas: las hormonas, las feromonas y una buena cantidad de pensamientos totalmente inapropiados sobre la nieta de Tuck.

Una ola de calor recorrió las venas de Blake, disparando su pulso y aumentando sus niveles de testosterona.

¿En qué demonios se estaba metiendo?

Los nervios de Cindy palpitaron cuando la mirada de zarigüeya de Blake se posó en ella.

Si no supiera que era imposible, habría pensado que estaba nervioso y temeroso de tocarla. Pero sabía que eso no era posible, era sólo un viejo amigo haciéndole un favor.

Aun así no podía obviar la emoción que le producía bailar con un hombre que había llenado de color sus sueños de adolescente.

Cuando empezó a sonar la música, Cindy esperaba que fuera un ritmo rápido, algo que permitiera que le enseñara los pasos del boogie de Texas, pero lo que se escuchó fue a Faith Hill cantando *Breathe* con ritmo lento y voz sensual y Cindy temió que Blake aplazara la clase de baile.

En lugar de eso, Blake alzó los brazos.

Hasta ese momento las hormonas de Cindy se habían mantenido controladas, pero empezaron a incrementar su nivel vertiginosamente.

Cuando intentó acercarse más a él, Blake se resistió:

—No puedo tocarte —dijo—, te ensuciaré el vestido.

–No importa, lo lavaré –dijo pasándole las manos por el cuello y haciéndole saber que no le daba miedo ni la suciedad ni el polvo ni ninguna otra con la que pudiera ensuciarla mientras durara la lección.

–Esto es una locura –dijo él, pero no se separó. Murmuró algo entre dientes y la envolvió con sus brazos.

No estaba segura de por qué bailar era «una locura» para él, porque para ella sentirse abrazada por él era lo más natural del mundo.

Sus pasos al principio fueron torpes, con Cindy agarrotada y tratando de no pisarlo.

–Relájate –dijo él, no pienses, déjate llevar por la música.

No estaba segura de hacerlo porque así, entre sus brazos y escuchando a Faith cantar, pensaba que podían cederle las rodillas, pero se apoyó en él y empezó a seguir el ritmo que él le marcaba.

Mientras se mecían al sensual ritmo de la canción de amor, Cindy cerró los ojos y saboreó el aroma de Blake. El ritmo de su corazón la acunaba, sus mejillas le acariciaban el pelo y sus manos se deslizaban por la curva de la espalda.

Hubiera jurado que la estaba acariciando, que la letra de la canción lo había trasladado a otro lugar y se imaginaba que estaba bailando con una de esas bellezas que lo habían estado persiguiendo... a lo mejor con ésa «una en particular» que había mencionado cuando llegó.

Cindy no era estúpida. Sabía que dejarse llevar por fantasías románticas era una tontería, sobre todo con un hombre como Blake.

Pero antes de que terminara la canción estaba pensando que le pertenecía a él. Y que él le pertenecía a ella.

Después de que los últimos acordes de la canción se apagaran, Blake seguía abrazándola, pero en ese momento, como si hubiera estado soñando despierto con otra persona, ésa «una en particular», sin duda, se separó repentinamente y dejó caer los brazos.

–No te hacen falta más lecciones. Lo haces muy bien.

Pero él no parecía estar haciéndolo muy bien. Parecía molesto y tenía la mirada como perdida. No era capaz de interpretar aquella expresión, así que le preguntó:

–¿Qué pasa?

–Nada –dijo pasándose la mano por el pelo y volviéndose para agarrar la horca que había dejado apoyada en la pared.

Cindy no lo creyó, pero tampoco quería mostrarse curiosa. Podía responderle cosas que no quería escuchar, cosas como que a ésa una en particular podía no gustarle que bailara con otra, aunque ésa otra fuera sólo Cindy.

Sólo Cindy.

No le gustaba cómo sonaba, como si quisiera competir con ésa «una en particular».

–Gracias por la clase –dijo.

–No hay de qué. Ningún problema –dijo con una ligera sonrisa que le hizo dudar si no habría malinterpretado las señales.

Tampoco la sorprendía. Los códigos hombre-mujer siempre la confundían, excepto en las películas que la música de fondo le daba la clave. Así que decidió interpretar las palabras al pie de la letra y creer que la clase de baile no había sido ningún problema.

–Supongo que no podemos intentar otro baile.

–Hoy no –dijo señalando la cuadra con la cabeza–. Tengo mucho que hacer.

–¿En otro momento?

–Sí, claro.

Le dedicó una sonrisa descuidada, se dio la vuelta y se fue.

Mientras se dirigía a la puerta del establo, sintió su mirada en la espalda y miró por encima del hombro para satisfacer su curiosidad.

Sus miradas se cruzaron. Después se dio la vuelta tan rápido como se habían encontrado sus miradas y se quedó preguntándose si se había imaginado todo lo que había pasado en esos cinco minutos en el establo.

Y a lo mejor había sido así.

Mientras arreglaba el cierre de la puerta del corral, tiró la llave inglesa y soltó un juramento. Nunca había sido especialmente habilidoso, pero después de sostener entre sus brazos a Cindy, parecía imposible mantenerse centrado en el trabajo.

El sencillo bailecito que habían compartido había parecido casi un juego erótico, lo supiera Cindy o no.

Pero Blake lo había interpretado así. Lo mismo que su libido.

¿Se habría dado cuenta ella de lo que había pasado?

Lo dudaba. Era demasiado inocente y sin experiencia. Incluso había pedido

otra clase de baile.

Y como un adolescente que había sufrido una sobredosis de hormonas, él había aceptado.

Vaya una respuesta idiota. Una vez más en los brazos de Cindy y se quemaría, sobre todo si era con música-para-hacer-el-amor susurrada al oído.

A lo mejor quedarse en Tumbling T hasta el rodeo no había sido una buena idea, no si no era capaz de mantener las cosas en su sitio. O su libido bajo control.

–La comida está lista –gritó Cindy desde el porche.

Asintió para hacerle saber que la había oído y siguió apretando los tornillos.

Si no tuviera tanta hambre, podría haber evitado la comida. Pero también podía no contribuir a la charla de la mesa.

Diez minutos después se sentaba a la mesa de la cocina con Tuck y Cindy intentando concentrarse en un plato de judías en lata y un sándwich de queso. La comida era sencilla, pero llenaba.

–Por cierto –dijo Tuck a Blake–, mientras estabas en los pastos del sur, llamó tu madre. Le gustaría que la llamaras.

Blake asintió con miedo de animar una conversación en la mesa en la que no quería participar, y no sólo porque el tema fuera su madre.

De hecho, había esperado que su madre llamara. Seguramente habría encontrado ya la casa que quería comprar. Blake le había ofrecido poner él la entrada y compartir el préstamo. Por alguna razón, cuando su madre había superado los cuarenta y cinco años había pensado que la relación con su hijo tenía que cambiar.

Una lástima que no hubiera sido así cuando realmente había necesitado una madre.

Hacía un par de años que había dejado de beber, algo que había conseguido ocultar a todo el mundo menos a él. Había empezado a asistir a la iglesia semanalmente, a hablar de cosas como el perdón y a retomar las relaciones rotas.

Pero diablos, su relación estaba bien como estaba, al menos para él. Así que, el Día de la Madre, se había ofrecido a ayudarla a comprarse una casa.

¿No demostraba eso que la perdonaba por todas las barbaridades que le había dicho cuando estaba metida en la botella?

«Siempre fuiste el niño de tu padre, no el mío. Eres como él».

Antes de que pudiera seguir regodeándose en el sufrimiento del pasado más tiempo, la voz de Cindy lo trajo de vuelta al presente.

–He llamado al veterinario. El potro de Rebel Sky se enredó en unos alambres de púas que había enterrados cerca del arroyo. Lo he curado lo mejor que he podido, pero creo que el doctor Dobbins debería echarle un vistazo.

–Haz lo que creas que es mejor –dijo Tuck–. ¿Has quitado el alambre de ahí?

–Sí. Y he metido al potro en el establo, de momento. Pero creo que sería buena idea sacar a todos los caballos de ese campo hasta que nos aseguremos de que hemos quitado todo.

Blake siguió comiendo para mantener sus pensamientos bajo control. Algunas veces pensaba que el rancho era demasiado trabajo para un hombre y su nieta con sólo algunos hombres contratados ocasionalmente. Pero, por lo que veía, Cindy era capaz de hacerse cargo.

Era una amazona excepcional. Siempre lo había sido. Y parecía dispuesta a ser toda la ayuda que Tuck necesitaba.

Cuando era sólo una niña, muchas veces venía directa desde el colegio a casa, dejaba los libros en cualquier sitio y se subía a un caballo para unirse a su abuelo en el trabajo. De hecho, Blake sospechaba que había renunciado a demasiadas cosas en su infancia: amigas y actividades extraescolares, para hacerle la vida más fácil a su abuelo.

El viejo tenía suerte de que estuviera a su lado.

Cualquier hombre, suponía.

Cuando Blake acabó de comer, se disculpó, retiró su plato y lo dejó en la pila.

Después se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó la lista y la movió como una bandera.

–Tengo trabajo.

–No hay prisa –dijo Tuck mientras Blake se dirigía al porche trasero.

–Sí, la hay –dijo Blake tomando su sombrero de la percha que había al lado de la puerta–. Hay muchas cosas para las que necesitas ayuda y no me quedaré mucho tiempo.

Después abrió la puerta y se fue.

Cindy se quedó mirando a la puerta después de que Blake saliera pensando que le preocupaba algo. ¿Se sentiría culpable por haber bailado con ella?

¿O habría estado dándole vueltas a algo en el establo antes de que apareciera ella? No había estado muy hablador cuando ella había llegado y lo había encontrado limpiando la cuadra.

–Blake ha estado demasiado callado –dijo para provocar a su abuelo.

–Se enfada de vez en cuando, ¿no te acuerdas?

Sí, se acordaba. Pero había esperado que hacerse famoso en el mundo de los rodeos, le hubiera quitado el peso que siempre había llevado encima.

Sus pensamientos la llevaron a la heridas que la vidente había mencionado, las heridas que Cherry había dicho que Blake seguía teniendo.

Cindy no sabía por qué había infravalorado la posibilidad de que las heridas del pasado pudieran seguir doliendo en el presente.

Por lo que ella sabía, el abuelo de Blake, Sam, había servido en el ejército con su abuelo y le había pedido a éste que se hiciera cargo de su nieto cuando se había quedado solo con su madre separada.

De niña no había tenido ninguna curiosidad por el pasado de Blake. Y después, cuando ya llevaba una temporada viviendo con ellos, no había parecido tener importancia. Pero quería saber más sobre él, sobre su origen. Y quería saber cuánto daño había sufrido.

Era la única forma de poder ayudarlo.

Así que, aprovechando que estaba a solas con su abuelo, decidió preguntar.

–¿Por qué el abuelo de Blake lo mandó a vivir con nosotros? ¿Por qué no se hizo cargo él?

Tuck pasó un dedo por el borde de la taza de té helado, después alzó la vista.

–Sam acababa de enterarse de que tenía cáncer de pulmón, así que no estaba seguro de durar lo bastante para hacerse cargo de Blake durante la adolescencia. Y tenía razón. Murió a los pocos meses de que Blake viniera aquí.

Cindy apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

–¿Qué sabes de su padre?

–Según Sam, Clint Gray Feather era un jugador y un mujeriego que rompió el corazón de la madre de Blake. Pero siempre he supuesto que habrá dos versiones de la historia.

–¿Qué quieres decir?

–No he hablado con la madre de Blake en años, pero cuando lo hacía, parecía fría y poco interesada en su hijo.

Cindy no la había conocido. Y al pensar en ello se dio cuenta de que era extraño. Por supuesto que Susan había llamado periódicamente para hablar con Blake.

–Sam me dijo que Susan estaba muy preocupada con la forma de crecer de Blake. Se imaginaba que porque el chico se estaba revelando y dándole un montón de problemas.

Cindy iba a seguir preguntándole al abuelo más, pero éste se levantó y fue hacia la pila con los platos sucios.

–¿Adónde vas? –preguntó suponiendo que iría a ayudar a Blake

–Tengo que ir al médico –dijo– así que voy a ducharme.

¿Iba al médico?

¿Otra vez?

–¿Va algo mal? –preguntó mientras el corazón le latía asustada.

–No. Es sólo un chequeo. Eso es todo. No he ido al médico en años, así que ya va siendo hora.

–Eso no es cierto –respondió Cindy–. He oído que has ido a la clínica un par de veces recientemente. Y ni siquiera me lo has dicho.

El abuelo puso los brazos en jarras.

–¿Quién se ha ido de la lengua?

–Dutch y Buster.

Sacudió la cabeza.

–Voy a dar a esos dos pavos viejos por preocuparte sin motivo.

–No estoy preocupada sin motivo. Te quiero, abuelo. Y me preocupo por tu salud.

–No te preocupes por mí –dijo con una sonrisa que suavizó las arrugas de su rostro–, estoy tan sano como una manzana. Sólo fui a la clínica para pedir la cita.

–Dutch y Buster dijeron que habías ido dos veces.

–Porque me hicieron volver para un análisis de sangre y una prueba de esfuerzo –guiñó un ojo–. Me dieron un sobresaliente en la cinta de correr.

No lo creyó.

–Voy contigo y me siento en la sala de espera mientras te miran.

–Como quieras.

Después la dejó sola en la cocina preocupada por los dos hombres a

quienes quería.

Una hora después, después de pedirle a Blake que esperara al veterinario, Cindy estaba sentada junto a su abuelo en la abarrotada sala de espera del médico. Estaba contenta de que finalmente el viejo cabezota hubiera pedido una cita con un médico, algo que había pospuesto los últimos cinco años.

Que se hubiera duchado y puesto una camisa limpia y pantalones de vestir no le había sorprendido. Lo de la colonia era otra historia. Se había echado algo distinto. Algo que olía realmente bien, no la habitual barata que se ponía para ir a alguna boda o funeral.

Y, para aumentar su desconcierto, cuando iban hacia la camioneta para bajar al pueblo, se había puesto a silbar una alegre canción que ella no conocía.

Se encontraban sentados en una atestada sala de espera que se llenaba aún más por momentos. ¿Tendría todos los viernes tanto trabajo el médico?

Cuando su abuelo se aclaró la garganta, algo que le hizo preguntarse si aquellos cigarrillos sin boquilla que fumaba habían conseguido provocarle una enfermedad, bajó el *Reader's Digest* para mirar con preocupación al hombre que la había criado, al hombre que nunca abandonaría ni en la salud ni en la enfermedad.

Se acomodó en el asiento y miró a la enfermera rubia que estaba de pie en la puerta de la consulta. La mujer miró la lista que tenía en la mano y dijo:

—¿Benjamin Tucker?

—Ése soy yo —dijo el abuelo poniéndose de pie de un salto, cuadrando los hombros y dirigiéndose a la consulta. La artritis de la que a veces se quejaba había desaparecido.

¿Tenían razón Dutch y Buster? ¿Estaba el abuelo interesado en la enfermera?

Imposible. El abuelo no tenía ni un hueso de romántico. Además, la enfermera era diez o quince años más joven que él.

—Disculpa —dijo una mujer—, ¿está ocupado este asiento?

Cindy levantó la vista y vio a Cherry, la atractiva morena que había chocado con Blake la noche anterior.

—No.

Cherry, que llevaba un vestido de verano rosa que se parecía mucho al que había en el escaparate del Mercantile, se sentó en el asiento antes ocupado por

el abuelo.

–Un vestido bonito –dijo Cindy.

Cherry sonrió.

–Gracias. Me fijé en él anoche y fue una de las razones por las que choqué con tu amigo. Estaba distraída. He vuelto a la tienda esta mañana, nada más abrir, y me lo he comprado.

Cindy jugueteaba con las esquinas de la revista deseando entablar una conversación con la vidente.

–¿Te has mudado aquí hace poco?

–Todavía no. Estoy pensando en venirme a Blossom con mi madre discapacitada y he venido a echar un vistazo –hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la consulta–. Y hoy tengo una cita para hablar con el médico sobre las necesidades de atención de mi madre.

–Es una buena clínica –dijo Cindy–, al menos eso es lo que he oído.

Cindy se mordió el labio pensando en cómo abordar el tema de la visión de Cherry.

–Siento mucho lo que pasó anoche –dijo Cherry como si hubiera leído el pensamiento de Cindy.

¿De verdad lo sentía?

Cindy encontraba intrigante a la mujer.

–¿Por qué lo sientes?

–A veces... tengo visiones... pero no suelo revelarlas –se apartó un tirabuzón de la mejilla–. Pero cuando toqué a tu amigo la visión fue tan fuerte que no pude controlarla.

–Blake no le ha dado ninguna importancia –dijo Cindy–, pero yo sí. Después de un partido de fútbol en el instituto unos chicos del equipo contrario le atacaron y lo golpearon. Y tú has acertado exactamente las heridas que le hicieron.

–En esa pelea, sí, pero la visión que tuve era sobre heridas en el corazón.

–¿Puedo yo hacer algo para ayudar a que cicatricen?

La mujer sonrió.

–En realidad, no. Eso es algo que tiene que hacer por sí mismo. Y, de momento, parece que no quiere.

Cindy no sabía qué decir, así que permaneció en silencio.

–Sólo quiérela –añadió Cherry.

¿Quererlo? Cindy ya lo quería. Pero Cherry tendría que leer su mente para

escuchar algo así. Y como podía hacerlo, cambió de pensamiento.

A lo mejor Cherry podía saber cómo estaba su abuelo de salud.

–Esto puede sonar un poco a magia –dijo Cindy–, pero ¿puedes decirme si mi abuelo está bien? Está en el médico y estoy preocupada por él.

Cherry sonrió con los ojos brillantes.

–Tendrás que esperar al diagnóstico del médico.

–¿No lo sabes?

–No siempre tengo visiones de las cosas –dijo Cherry–. No puedo hacer que una visión aparezca.

–Bueno, tenía que preguntar. Estoy preocupada porque se fuma dos paquetes al día y nunca se ha ocupado mucho de la dieta. Me da miedo lo que pueda decirle el médico.

–No sé lo que dirán los análisis, pero sí puedo decirte algo –dijo Cherry con expresión de conocimiento–. Tu abuelo tiene el corazón de un joven.

–Es bueno saberlo –dijo Cindy devolviéndole la sonrisa–. Me parece fascinante que estés bendecida con el don de las visiones... o lo que sea. ¿Haces adivinaciones a la gente?

–Sí. Profesionalmente se me conoce como Lady Pandora. Viajo con las atracciones que han contratado para la feria del condado.

–¡Eso es estupendo! –Cindy casi no podía soportar la excitación. El deseo de que Lady Pandora le leyera a ella el futuro.–. ¿Puedes ver mi futuro? Me encantará pagarte.

Cherry la miró detenidamente.

–No tienes que pagarme. Dame las manos.

Cindy hizo lo que le decía.

Blake podía burlarse todo lo que quisiera, pero aquella mujer tenía un don, no como la farsante que había ido a la feria dos años antes.

Mientras Cindy esperaba una revelación de fama y fortuna, Lady Pandora le soltó las manos y sonrió.

–¿Qué has visto? –preguntó Cindy.

–Vas a ganar un premio merecido en la feria del condado –dijo la mujer.

–¿Un premio? Preguntó Cindy preocupada de no haber entendido bien.

–Uno que no te crees que merezcas –sonrió Cherry–. Y vas a brillar durante toda la celebración.

Capítulo 5

CINDY no podía creer en su buena suerte.

Otra persona no pensaría que un lazo azul era gran cosa, pero Cindy nunca había ganado nada, aunque había estado cerca en el último curso del instituto.

La señorita Lassiter había animado a Cindy a meterse en el equipo de voleibol de chicas a pesar de que era una de las más bajitas de la clase. Normalmente Cindy no se implicaba en las actividades extraescolares dado que tenía trabajo en casa y que ayudar con el rancho. Pero su abuelo acababa de contratar a alguien, así que Cindy había decidido intentarlo.

Pero una semana antes de las pruebas mientras ayudaba a su abuelo con el rebaño, se había caído del caballo. Una muñeca terminó con sus sueños de brillar en el equipo y disfrutar de una temporada como ganadora, sin contar con la posibilidad de ganarse el respeto de sus compañeras de equipo.

Hasta ese día.

Cindy casi no podía creerlo. Iba a ser una triunfadora en la feria. Sin peros ni condicionales. Lady Pandora ya había demostrado delante de Cindy que acertaba y aquella revelación también tenía que ser cierta.

Pero antes de que Cindy pudiera seguir preguntando a la bonita vidente, la misma enfermera rubia que había llamado a su abuelo, dijo:

–Cherry Cooper.

La misteriosa morena se puso en pie.

–Bueno, tengo que entrar. Ha sido agradable charlar contigo.

–Lo mismo digo –dijo Cindy–. Gracias por leerme el futuro.

–Ha sido un placer.

Mientras la vidente de los tirabuzones desaparecía tras la puerta de la consulta, Cindy se preguntó cómo se suponía que tenía que llamarla, Cherry o Lady Pandora.

¿Había entre ellas una amistad como para llamarla por el primer nombre?
¿O habían mantenido una relación profesional?

No había habido intercambio de dinero, así que la lectura había sido

gratuita.

Aunque Cindy no podía todavía considerar a la vidente exactamente su amiga, le gustaba aquella mujer. Mucho. Y no sólo por el pronóstico tan positivo. Cherry había tratado a Cindy con más respeto que la mayoría de las mujeres. La verdad era que las chicas del instituto la trataban mejor después de que se graduaron. Pero eso no significaba que se sintiera especialmente unida a ninguna de ellas. Si hubiera tenido tiempo para desarrollar una verdadera amistad, lo habría hecho con Tammy Wright o Elizabeth Dupres que siempre habían sido amables.

Tenía la esperanza de que en adelante las cosas serían de otro modo gracias a Blake. Cindy había hecho algunos grandes cambios en su apariencia. A lo mejor conseguía ser respetada por algo más que montar y lacear mejor que la mayoría de la gente que conocía, un talento al que había tratado de quitar importancia cada vez que su abuelo sugería que podría triunfar en el mundo del rodeo.

Pero no iba a separarse de él de ningún modo. No cuando la necesitaba para sacar adelante el rancho.

Por supuesto eso no significaba que no pudiera competir en otra cosa.

Sus pensamientos volvieron a la profecía y no pudo evitar sonreír.

Cindy Tucker va a ser una ganadora, pensó.

Por supuesto, Cherry no había dicho en qué, así que Cindy tendría que pensarlo bien.

No tenía animales para mostrar. Cuando un cerdo, una cabra o vaca ganaba un lazo azul, la propietaria recibía el premio, pero el auténtico ganador era el animal. Así que descartó ese evento.

Cocinar o hacer tartas estaba fuera de dudas. Lo mismo que los trabajos manuales. No sabía enhebrar una aguja, ni hacer ganchillo o punto. Así que las posibilidades eran realmente reducidas.

Antes de que pudiera darle vueltas mucho más tiempo, el abuelo se acercó a grandes zancadas y con una enorme sonrisa.

—¿Qué te ha dicho el doctor Tanner?

—Que si estuviera más sano habría tenido que ver a un especialista para una segunda opinión —y después se echó a reír.

Cindy rió con él convencida de que su abuelo tenía una salud excelente a pesar de estar cerca de los setenta. Después de todo, Lady Pandora le había dicho que tenía el corazón de un chaval.

Se puso de pie y el abuelo le pasó un brazo por los hombros mientras salían de la clínica. Una vez en la calle fueron hacia la furgoneta.

–Salgamos por ahí esta noche –dijo él–. Quiero celebrar mi buena salud.

–Es una gran idea –Cindy tenía algo más que celebrar: la cinta azul que iba a ganar.

Y tenía que descubrir en qué evento sería.

El rodeo le volvió a la mente, pero rápidamente lo descartó. Después de todo, Cherry había dicho que brillaría en la feria. Y si el abuelo se enteraba de que ella tenía idea de competir encima de un caballo, intentaría volver a convencerla para que echara a volar, algo que no quería hacer. Eran un equipo. Una familia.

Cindy era todo lo que tenía en el mundo fuera de su caballo y el rancho.

Cuando se sentaba en el asiento del acompañante de la camioneta todavía no había decidido a qué competición apuntarse. Pero en cuanto llegaron a casa se le ocurrió algo.

Y no podía esperar para compartir las buenas noticias con Blake.

Blake acababa de poner a prueba a Cutter y estaba cepillándolo cuando escuchó acercarse la camioneta a la casa. Shep había estado durmiendo a la sombra del establo. Ladró una vez en señal de bienvenida y salió corriendo al encuentro del coche.

En cuanto el viejo vaquero y su nieta bajaron de la camioneta, saludaron a Blake.

–¿Ha pasado ya el veterinario? –preguntó Cindy.

–Sí. Ha dicho que hiciste un gran trabajo curando las heridas. Además le ha dado un antibiótico.

–Bien –Tuck se dirigió hacia la casa–. Tengo que quitarme la ropa de vestir. Vuelvo en un minuto. Quiero recoger una yegua y encerrarla al lado de casa. Está a punto de parir.

–Le he echado un vistazo mientras estabais fuera –dijo Blake–. Está bien, pero creo que es buena idea tenerla cerca.

Cuando Tuck desapareció en el interior de la casa, Cindy se dirigió al corral. El sol arrancaba destellos de su cabello y la tela amarillo narciso del vestido se movía con la brisa como una cortina.

Blake la miró acercarse sin poder hacer otra cosa. Todavía no se había

acostumbrado a ver a la nueva Cindy, aunque eso no significaba que no le gustara mirarla.

Cindy le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—¿Puedo hablarte de una cosa?

Casi tuvo miedo de preguntar. Sus preguntas últimamente no estaban siendo nada fáciles de responder. Aunque había estado intentando mantenerse apartado de ella todo el día, no fue capaz de negarse.

—Claro. ¿Qué tienes en la cabeza?

—Voy a participar en algo de la feria.

Blake soltó el ronzal y dio a Cutter una palmada en la grupa, haciendo saber así al caballo que era libre de pasear por el corral.

—Eso parece un poco fuera de lo normal en ti. ¿Por qué vas a competir en la feria?

—¿Te acuerdas de Cherry, la chica que chocó contigo anoche?

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—La he visto mientras esperaba al abuelo en la clínica. Y me ha dicho que iba a ganar algo en la feria.

—Ah, Cindy, venga —dijo Blake levantándose el sombrero lo justo para poder pasarse la mano por el pelo—. No te creerás de verdad todo ese galimatías de las visiones, ¿verdad?

Se irguió todo lo que su uno cincuenta y pico le permitía y cruzó los brazos haciendo que se levantaran los pechos.

—Claro que sí. Es pitonisa profesional. Se llama Lady Pandora. Y me apuesto el rancho a que algún día seré famosa.

Tratando de mantener su mirada en la línea de sus ojos y no de sus hinchados pechos, se burló de ella.

—Si yo creyera en pitonisas y pensara que esa mujer realmente ha podido ver el futuro, te sugeriría que compitieras en el concurso de belleza.

En realidad, debería sugerírselo de cualquier modo. La menuda pelirroja que solía atormentarlo años atrás, se había convertido en una mujer muy atractiva.

Lo miró como si le hubiera echado un cubo de agua sucia por encima de la cabeza.

—Tienes que estar de guasa. No puedo subirme a un escenario en bañador.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo competir con mujeres como Mary Jane Coleman.

–Claro que puedes –no estaba seguro de quién era Mary Jane Coleman, pero se imaginaba que después del cambio, Cindy podía dar un baño a cualquiera de las chicas de la zona–. Tienes muchas posibilidades de ganar –Cindy sonrió claramente poco convencida–. Eres tan guapa como cualquiera de las chicas que viven en el condado de Blossom –y ésa era la auténtica verdad–. No te vendas tan barata.

–De acuerdo –admitió–, he hecho algunos cambios en mi aspecto, puedo verlo cuando me miro en el espejo. Pero no me siento guapa. No quiero competir con mujeres que han usado los tacones y meneado las caderas desde que cumplieron doce años.

–Todo lo que tienes que hacer es ser tú misma.

Cindy dejó escapar un suspiro.

–Eso es lo que me da miedo. Que cuando se enciendan las luces del escenario vuelva a ser la Cindy de antes.

Luchó para no ir hasta ella, para no tocarla, para no agarrarla de las mejillas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener las manos cerradas dentro de los bolsillos del pantalón.

–No puedo darte una dosis de autoconfianza. Eso es algo que tendrás que hacer tú sola.

–Lo sé –se mordió el labio inferior, después lo miró con los ojos llenos de lágrimas–. Tener pecas y pelo de Annie la huérfana me ha hecho sufrir muchas bromas y motes desagradables en la escuela. Nunca me ha gustado ver que se ríen de alguien, de mí o de otro cualquiera. Así que digamos que quiero algo más que otra pelea a puñetazos con las chicas más populares y guapas.

–¿Y es por eso por lo que no vas a competir con ellas ahora?

Cindy cambió de postura y se apoyó una mano en la cadera.

–Puede ser. No pienso someterme voluntariamente a las risitas. ¿Qué pasa si me caigo en el escenario? ¿Qué pasa si el borde de la falda se me engancha dentro de las medias?

Su curiosidad masculina hacía que deseara verla de ese modo, pero la solidaridad con ella, ganó la batalla.

–Si salieras a ese escenario, harías que las demás mujeres temblaran en sus tacones de aguja, Cindy Lou.

–Me gustaría pensar que tienes razón, pero no puedo subirme a un escenario en medio de la plaza del pueblo pretendiendo ser quien no soy.

Blake se acercó más. Le colocó un dedo debajo de la barbilla e hizo que lo

mirara a los ojos.

–Eres más mujer de lo que crees. Y cuando llegue el momento, no tendrás que competir con nadie.

Blake apartó la mano de la cara y se echó para atrás pues no confiaba en sí mismo. No cuando sus sentidos estaban disparados y sus emociones al límite.

Pero eso no significaba que no pudiera reconfortarla con palabras.

–No puedo imaginarme a un solo hombre de Blossom que no te eligiera como reina de la feria.

–Gracias por el voto de confianza, pero todavía no puedo participar en un concurso de belleza. A lo mejor el año que viene.

Asintió sabiendo cuánto le importaba a ella ganar el primer premio de algo. Era una amazona impresionante, pero nunca había querido participar en un rodeo por permanecer en el rancho cerca de Tuck, por lo que nunca había hecho el esfuerzo de competir. Así que de reina de la feria era el único concurso en que podía tener alguna oportunidad.

Deseó que la mujer de Tuck no hubiera muerto. Cindy necesitaba algunas palabras maternales en ese momento. Y a lo mejor algunas lecciones de conocimientos domésticos.

Por lo que había dicho Tuck, Sue Ellen Tucker era una de las mejores cocineras del condado de Blossom si no de Texas.

Entonces Blake recordó algo.

–Oye, ¿no está el libro de recetas de tu abuela todavía en el armario de la cocina?

–Sí, ¿por qué lo preguntas?

–Porque no sabes cocinar, pero sí leer.

De pronto Cindy empezó a brillar.

–¡Es verdad! Gracias por recordármelo. Qué idea tan maravillosa.

Le dio un rápido abrazo. Demasiado rápido. Porque cuando se dio la vuelta para marcharse, inhaló profundamente tratando de recuperar su aroma a azahar.

Pero no tuvo suerte.

Decidida a hacer que la profecía de Cherry se cumpliera, Cindy revolvió el armario de la cocina buscando el cuaderno de recetas de su abuela.

La sugerencia de Blake había sido como si se le encendiera una bombilla.

No podía creer que no se le hubiera ocurrido a ella.

La gente del pueblo todavía hablaba de las ensaladas de patata de Sue Ellen Tucker y de algo llamado sorpresa de pollo. Pero según la leyenda del condado de Blossom, el talento real de su abuela era hacer tartas y pasteles.

Cindy apenas recordaba a su abuela y nunca había aprendido a cocinar nada que no tuviera unas detalladas instrucciones en la etiqueta del envase. Pero tenía lo mejor: las recomendaciones escritas a mano por una mujer cuyas aptitudes culinarias eran aún recordadas.

Buscó en el armario que estaba debajo del teléfono de pared, apartó un par de agendas de teléfono antiguas, un cacharro de hacer palomitas y una sartén y allí estaba: el verde cofre del tesoro.

Todo lo que tenía que hacer era elegir la receta con la que ganaría la cinta azul de la feria.

Fue leyendo las solapas hasta que encontró la de Pasteles y Repostería, una vez en esa sección, recorrió las hojas hasta encontrar la tarta de manzana de tía Millie. Cindy no tenía la más remota idea de quién era la tía Millie, pero la receta había permanecido en la familia durante años. Era evidente por las manchas y los bordes comidos. Estaba decidida a ser una ganadora.

Todo lo que tenía que hacer era seguir las instrucciones manuscritas.

Por supuesto, la letra de la abuela era pésima. Y había un par de manchas de grasa que emborronaban las palabras. Pero Cindy podía descifrar la mayor parte del texto.

Una taza y media de harina.

Media cucharadita de té de sal.

Un... cuarto... taza de agua fría.

Media taza de mantequilla.

No estaba segura de lo que era mantequilla, sólo sabía que era algo blanco y grasiento y que se utilizaba para cocinar. Así que, como no tenía, decidió usar la manteca de cerdo que el abuelo guardaba en la despensa para cuando hacía judías.

Ni siquiera necesitaba acercarse a la tienda para hacer la tarta.

Por primera vez en su vida sintió haber rechazado las clases de economía doméstica en el instituto.

Dado que Tuck y ella podían cocinar cualquier cosa que quisieran para comer mientras viniera en lata o en caja, creyó que sería mucho más útil aprender algo que le permitiera arreglar la camioneta. Por supuesto no podría

conseguir ganar una cinta azul cambiándole el aceite a un coche.

Pero bueno, tenía las instrucciones y todo lo que necesitaba para hacer uno de los famosos pasteles de la abuela.

Sacó el bol grande del armario. Como los utensilios de la abuela habían desaparecido después de que Cindy los hubiera utilizado para hacer pasteles de tierra cuando tenía seis o siete años, recurrió a una taza de café. Tenía que averiguar dónde estaba la mitad, lo mismo que cuando hacía un plato precocinado para cenar. Abrió el cajón de los cubiertos y se quedó mirándolo.

Nunca recordaba qué cuchara era cada una. Una cuchara podía ser la que se ponía en la mesa al lado del plato. Así que eligió la más grande.

Tamizar la harina y mezclarla con la sal.

Tamizar... ese paso parecía que no era importante, así que se lo saltaría. Echó todo al bol y lo mezcló.

Cortar la mantequilla.

¿Cortarla con qué? Había usado un cuchara para sacar la manteca del recipiente donde estaba. ¿Tendría que haberla sacado con un cuchillo? No, eso tenía que dar igual.

Añadir el agua despacio hasta que las pequeñas bolas de masa se vayan uniendo hasta formar sólo una grande.

La mezcla no estaba lo bastante húmeda como para formar una bola. A lo mejor la abuela lo que quería decir era una taza y cuarto. Tenía que ser eso.

Cuando tuvo la mezcla húmeda y hecha una sola gran bola, la echó en una tabla ligeramente espolvoreada de harina.

Hacer el pastel estaba claro que era un trabajo fastidioso, pero se las arregló para darle una forma circular con el rodillo.

Diez minutos después había terminado de preparar la fruta para el relleno, lo que había sido bastante más sencillo que hacer la masa. Por supuesto, había tenido que hacer algunas sustituciones. No tenían manzanas verdes, pero sí rojas, que eran más dulces. Y todo el mundo sabía que los pasteles tenían que ser dulces. También había omitido otro pequeño paso que parecía irrelevante. ¿Para qué añadía la abuela zumo de limón a la fruta?

A las cuatro menos cuarto, echó la fruta encima del círculo de masa y le dobló los bordes hacia arriba. De acuerdo, quedaba un poco gracioso, pero era su primer intento.

Cuarenta y cinco minutos después sacaba la bandeja del horno y comprobaba que aquello no se parecía a ninguno de los pasteles que había

visto en el Bee Hive o en la panadería, pero bueno, mejoraría con el tiempo.

Después de todo, tenía más de una semana para practicar.

Esperó que su pastel tuviera mejor sabor que aspecto.

Dejaría que fuera Blake quien decidiera.

Blake entró en la casa llena de humo y se habría preocupado si no hubiera sido porque vio a Cindy de pie en la cocina tranquila como si no pasara nada.

–¿Qué está ardiendo? –preguntó mientras se lavaba las manos en la pila.

Una gran sonrisa apareció en el rostro de Cindy.

–He hecho un pastel.

–Huele como si se te hubiera olvidado sacarlo del horno.

–No. Lo he vigilado cuidadosamente –dijo señalando una pompa dorada que se enfriaba en la encimera–. El relleno de manzana ha hervido y se ha quemado un poco, pero el pastel tiene un color perfecto.

El color podía ser perfecto, pero parecía como un volcán defectuoso.

No pudo evitar sonreír por su valor al defender su creación. Se secó las manos y miró a Cindy que se apartaba de la cara un mechón de pelo con una mano vendada.

–¿Qué te ha pasado?

–¿Te refieres a esto? –dijo levantando la mano derecha y suspirando–. He tratado de limpiar una mancha pringosa del horno y me he quemado.

–Deja que eche un vistazo.

Se puso la mano en la espalda.

–No es nada.

Por alguna razón, Blake quería asegurarse. La quemadura podía ser importante. Alcanzó la mano quemada y, sorprendentemente, Cindy no protestó cuando la agarró.

Con cuidado retiró el esparadrapo, después la venda y descubrió una mancha roja. Seguramente dolería como un demonio, pero no parecía preocupante.

–¿Qué te has echado?

–La he metido en agua fría un rato. Después me he echado mostaza, es el remedio del abuelo para las quemaduras, y eso me ha quitado gran parte del dolor.

Lentamente volvió a colocarle el vendaje, retrasando así el soltarle la

mano. Cuando levantó la vista, descubrió una pizca de harina en la mejilla y recurrió al pulgar para quitársela. Pero no estaba preparado para la sacudida de calor que le recorrió el brazo haciendo que se le disparara el pulso y dejándolo casi sin respiración.

Se miraron y lo que vio en aquellos enormes ojos verdes, le llegó muy dentro. La anticipación llenó el aire. La suya, la de ella. La de ambos.

Maldición.

No podía dejarse arrastrar, no podía olvidar quién era Cindy. Lo inocente que era. Cómo un tipo como él podía aprovecharse de ella, sobre todo si estaba pensando en largarse después del rodeo.

—Eh —dijo tratando de pensar en la vieja Cindy para intentar neutralizar el efecto que la nueva Cindy tenía sobre él—. ¿Qué tal si probamos un trozo de ese pastel?

Cindy parpadeó como tratando de volver a la realidad.

—Oh, claro.

La miró mientras cortaba un trozo y se lo ofrecía. Lo aceptó, pero le resultaba muy difícil romper el contacto visual e ignorar la sangre que le latía en las venas.

Pero no esperaba encontrarse con una masa de pastel que sabía como un trozo de plastilina que se ha quedado mucho tiempo al sol.

Tosió, con miedo de abrir la boca para escupir y respirar.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Asintió con la cabeza intentando mantener una sonrisa en su rostro.

—No te gusta...

—Es que... es que se ha ido... —tosió y buscó un vaso, lo llenó de agua y trató de empujarlo con un gran sorbo—. Se ha ido por mal sitio...

—Estás tratando de ser amable —la sonrisa de Cindy se oscureció.

El desagrado de Cindy era demasiado evidente, pero ¿qué iba a hacer? ¿Mentir? ¿Animarla a envenenar al jurado de la feria?

—Está bien —dijo Blake sonriendo—. Sólo un poco más salado de lo que me gusta.

—¿Te lo vas a terminar?

Tenía que pensar deprisa.

—No quiero quedarme sin apetito. Tuck quiere que salgamos a cenar. Ha sugerido el Alibi.

—Ha dicho que quería salir, pero no adónde. En el Alibi hay baile.

Si Blake hubiera tenido una pizca de sentido común, habría declinado salir a cenar, sobre todo sabiendo que el restaurante tenía una pista de baile que se llenaba los viernes. Pero su estómago no soportaría otro trozo de pastel y no quería herir los sentimientos de Cindy.

A lo mejor si se centraba en la excitación por salir a cenar, olvidaba su pastel y podía deshacerse de él antes de que ella lo probara. Claro que aquello supondría otra clase de baile, pero en ese punto, si se trataba de verla sonreír de nuevo, no importaba.

–Sí. Está bien. Habrá algún grupo tocando.

–Entonces tengo que vestirme –le dedicó una bonita sonrisa–. Me lleva un poco más de tiempo arreglarme que antes.

–Tuck llegará en un minuto. Venía detrás de mí y, conociéndolo, estará loco por irse.

–Trataré de darme prisa.

Blake se quedó de pie al lado de la pila, mirando cómo ella salía de la cocina y preguntándose si no estaría saltando de la sartén al fuego.

No quería arriesgarse a bailar con ella otra vez, pero si le enseñaba el boogie de Texas, a lo mejor había cumplido su promesa de enseñarla a atraer la atención de Robby y así podía marcharse de Blossom y seguir su camino.

A pesar de que algo le decía que no estaba preparada para andar libre por el mundo de los hombres.

Y por alguna extraña razón, él tampoco lo estaba.

Capítulo 6

EN CUANTO Cindy salió de la cocina, Blake abrió la ventana y encendió un ventilador con la esperanza de eliminar de la casa el olor a manzana quemada.

Las bisagras chirriaron cuando Tuck entró por la puerta trasera con Shep pegado a sus talones. El viejo vaquero colgó el sombrero, se detuvo al lado de la pila del porche y se asomó por la puerta de la cocina sonriendo.

–¿Qué demonios pasa? Huele como si se quemase la casa.

–No hace falta llamar a los bomberos. Cindy ha hecho un pastel y el relleno se ha caído en el horno. Estoy intentando ventilar la cocina.

Tuck soltó un prolongado silbido.

–¿Dónde está?

–Vistiéndose para cenar –dijo Blake dedicándole una sonrisa al viejo–. No seas duro con ella, está muy orgullosa de lo que ha hecho aunque parezca y sepa a rayos.

–¿Por qué demonios le ha dado por hacer un pastel? –Tuck arrancó del rollo un par de toallas de papel y se secó las manos–. Le he dicho que quería que saliéramos esta noche.

–Quería practicar para apuntarse al concurso de tartas de la feria.

La mirada de Tuck se detuvo en la pompa dorada-marrón que se enfriaba en la encimera y arqueó una ceja gris.

–¿Es eso?

Blake asintió en silencio.

–Tiene un aspecto horrible.

En lugar de no reírse de la obra de Cindy, una sonrisa malévola se dibujó en los labios de Blake.

–Mis papilas gustativas todavía están soliviantadas. Y no sé si mi estómago me lo perdonará alguna vez.

Tuck se pasó la callosa mano por el pelo.

–¿Qué tipo de posesión ha sufrido para hacer algo así? No tiene ni idea de repostería.

–Está decidida a ganar una cinta azul en la feria. Y se figuraba que con una de las recetas de tu mujer, lo conseguiría.

Tuck suspiró pesadamente.

–Sue Ellen podía hervir una bota vieja en un cubo de agua de lluvia y hacer que supiera a conejo. Tenía un don. Cada vez que una de sus amigas trataba de hacer una de sus recetas, no le salía como a ella.

Blake se aclaró la garganta y miró alrededor para asegurarse de que Cindy no estaba.

–Alguno de los dos tiene que inventarse una excusa para no tener que comer más pastel esta noche. Tenemos que pedir dos o tres postres después de cenar.

–Buena idea –Tuck se acercó más al pastel, se inclinó encima y frunció el ceño–. Se parece más a un pastel de vaca. A lo mejor si accidentalmentese cayera el plato al suelo, Shep nos haría un favor y se lo comería.

Blake miró al perro.

–No creo que pase de olerlo.

–Bueno, vámonos. Me gustaría estar en el Alibi antes de las seis.

–¿Por qué?

–Por nada en especial.

Blake tenía la sensación de que Tuck tenía algo entre manos, pero tenía hambre. Y por malo que estuviera el pastel, no había conseguido quitársela. Estaba tan ansioso de salir como Tuck. Tenía encima más judías de las que ningún estómago podía soportar y deseaba algo de comida decente.

De todos modos el Alibi parecía una extraña elección para cenar, a pesar de estar al lado de la carretera, era más un lugar donde jugar a los dardos. Y el sitio perfecto para beber y tener una pelea.

–Me sorprende que no quieras ir al Bee Hive –dijo Blake–. Tienes deliciosas comidas caseras y una gran carta de postres.

–No. Tengo capricho de esas costillas a la brasa que ponen en el Alibi. Además me apetece sacudir el esqueleto bailando esta noche. Tienen un grupo nuevo que se supone que es muy bueno.

¿Tuck estaba de humor para bailar?

Eso tenía que verlo Blake, incluso si eso significaba que tenía él mismo que bailar con Cindy y cumplir su promesa.

A las seis menos cuarto Blake y Tuck estaban sentados en el salón duchados

y listos para marcharse.

–¿Qué le pasa? –preguntó Tuck–. Nunca tardaba mucho en arreglarse.

–Está decidida a ser una dama. Ya sabes cuánto tiempo les lleva a las mujeres vestirse.

–Demasiado para un hombre con hambre y prisa. No estoy seguro de que me gusten los cambios. Ropa a la moda. Intentos de cocinar y hacer pasteles. Demasiado tiempo en el baño.

–No creo que te importen los cambios –respondió Blake–. Nunca has tenido mucha paciencia para esperar.

–Eso es cierto –Tuck miró el reloj, después cruzó el pasillo y llamó a la puerta de la habitación de Cindy–. La camioneta sale en dos minutos. Si no estás dentro, nos iremos sin ti.

Blake también tenía hambre, pero sabía que sería mejor no dejar a Cindy en casa. Podía ser tan fiera como un gallo de pelea cuando se la provocaba. Y no estaba preparado para tener una pelea con ella. No sin saber cómo sería en una pelea la nueva Cindy.

A la vieja Cindy podía manejarla, pero a la nueva... Sólo mirarla le hacía sentirse incómodo. Temeroso. Desequilibrado.

Antes de que Tuck volviera al salón, Cindy salió de su cuarto y cruzó el pasillo.

Llevaba el sencillo vestido negro que le había comprado en el Mercantile, uno con la falda por las rodillas y gran parte de la espalda descubierta.

Él no había querido comprárselo, no porque no le gustara, sino porque era demasiado sexy. Sólo mirarla así, era excitante. Demasiado excitante para un amigo de la familia como era Blake.

Pero la dependienta había hecho ah y oh y Cindy había sacado el monedero para pagarlo ella. Así que había cedido.

Pero, demonios, no podía llevarla así vestida al sitio donde iban. Tendría babeando toda la noche a cualquier hombre que no estuviera muerto.

–Guau –dijo Tuck–. Estás preciosa, niña.

–Espero que valiera la pena la espera –Cindy miró a Blake como esperando una segunda opinión además de la de Tuck.

Pero Blake apenas la miró no fuera a ser que se pusiera a babear. Pero no podía dejar que saliera de casa así. No para ir al Alibi.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–¿Te vas a poner eso? ¿Esta noche?

Cindy bajó la vista para mirar la elástica tela negra.

–¿Qué tiene de malo?

–Es demasiado elegante para el Alibi, ¿no te parece?

–No he estado nunca. No lo sabía.

–Es un bar de carretera. Los vaqueros y la camisa de franela sería mejor –y atraerían mucha menos atención de ésta que no estaba lista para manejar.

Cindy frunció el ceño.

–Quiero parecer bonita. ¿Estoy demasiado arreglada?

–Estás bien –dijo Tuck–. Vámonos.

No era la opinión de su abuelo la que quería. Miró a Blake detenidamente, notó la tensión en la mandíbula, la intensidad de su mirada color whisky.

Sospechó que le preocupaba algo más que su ropa.

–¿Qué tienes en la cabeza?

–Nada –dijo Blake agarrando el sombrero y dirigiéndose a la puerta.

Antes de que saliera fuera, el abuelo se puso a su lado y le dijo:

–Estás bien, Cindy Lou, demasiado bien. Eso es lo que le preocupa.

¿Estaba demasiado bien? ¿Y Blake estaba preocupado por eso?

Podía ser una locura, algo inapropiado, fuera de lógica, pero Cindy quería ver cuánto de preocupado podía llegar a estar Blake esa noche.

Sonrió mientras salía tras su abuelo. Y esa vez, mientras bajaba las escaleras con los tacones negros, las piernas no le temblaron en absoluto. Tenía la oportunidad de ser una dama y estaba empezando a gustarle.

Blake ya estaba listo en la cabina de su camioneta y con el motor encendido cuando llegaron Cindy y su abuelo.

El abuelo le abrió la puerta del acompañante y dijo:

–Pasa, Cindy Lou.

Mientras se deslizaba por el asiento tiró del borde de la falda para mantenerla en su sitio, pero no tuvo mucha suerte. Miró a Blake para ver si le estaba prestando alguna atención. El ceño fruncido le dijo que sí y no pudo evitar sonreír. Estaba teniendo algún efecto sobre él. Uno sexual, sospechaba.

A lo mejor no era tan fuerte como el de una de sus amigas, una en particular, pero las cosas iban mejorando.

Tan pronto como el abuelo cerró la puerta, Blake aceleró y puso en marcha la camioneta haciendo que los neumáticos crujieran encima de la gravilla del camino.

A Cindy le gustaba estar sentada al lado de Blake, casi rozándose los

hombros. El olor de su colonia la estimulaba sin mencionar lo que provocaba en su imaginación.

Si el abuelo no hubiera ido en la camioneta, parecería una auténtica cita.

Rodaron en silencio durante un cuarto de hora hasta que llegaron a la entrada de un desvencijado edificio que Cindy había visto en muchas ocasiones, pero al que nunca había entrado. Una parpadeante luz de neón azul colgaba de la puerta principal anunciando que el Alibi estaba abierto.

Coches y camionetas habían empezado ya a llenar el polvoriento aparcamiento y Blake aparcó al lado de una camioneta roja con un portarifles al lado de la ventanilla trasera.

–Este lugar va a estar hasta arriba a las nueve –dijo Tuck.

La estructura de madera no parecía muy allá. Y un remozado, por lo menos por fuera, no le hubiera venido mal. Pero Cindy siempre había tenido curiosidad por saber qué atraía a unos y preocupaba a otros.

–El Comité por la Conducta Moral lleva intentando cerrar este sitio desde hace un año –dijo Cindy.

–Pero no están teniendo mucha fortuna –dijo Tuck–. Las cosas se van un poco de las manos de vez en cuando, pero la gente necesita un lugar donde relajarse y pasarlo bien.

Blake apagó el motor y el abuelo saltó rápidamente de la camioneta y cerró la puerta dejando a Cindy dentro. Blake mantuvo su puerta abierta para que saliera con los ojos pegados a cada movimiento que hacía para evitar, sin mucho éxito, salir de la cabina sin enseñar demasiado.

–Deberías haberte puesto unos vaqueros –le dijo.

Se quedó helada en medio de un paso, a medias entre la camioneta y el suelo, y lo miró a los ojos.

–Creía que habías dicho que tenía unas piernas bonitas.

–Lo son –dijo mirándole los muslos, las rodillas, las torneadas pantorrillas y tobillos. Después, como siendo consciente de que se la estaba comiendo con los ojos, miró al cielo y murmuró–. Dejémoslo pasar, ¿vale?

Cindy sonrió interiormente aunque sus labios se estremecieron ligeramente.

–¿Puedes ayudarme a bajar? Todavía no me he acostumbrado a estos malditos zapatos.

Se acercó al coche. Los pulgares rozaron la barriguita, lo que tensó la tela del vestido, y el resto de los dedos rodearon la cintura enviando una ola de calor que recorrió todo el cuerpo de Cindy.

Mientras la bajaba al suelo Cindy sintió como si le faltara el aire. Cuando llegó al suelo sintió que las rodillas se le doblaban un poco, por lo que se agarró al brazo de él. Sus miradas se cruzaron un segundo y entre ambos se produjo una toma de conciencia de la situación, silenciosa pero viva, como el aire que necesita un tornado para rugir.

El corazón de Cindy perdió el ritmo y el ceño fruncido de él desapareció. Por un momento, pensó que Blake iba a besarla.

Pero no lo hizo.

Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Estás bien?

Ella asintió con la autoestima disparada. Después le dedicó una sonrisa rápida, pero en vez de devolvérsela, volvieron a su rostro las cejas arqueadas mientras murmuraba algo inaudible.

Blake se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada permitiéndole que se agarra a él. Las suelas de los tacones nuevos resbalaban en la grava haciendo difícil avanzar.

Se agarró al brazo y tirando de la manga de la camisa lo obligó a detenerse.

—Tienes algo rondándote por dentro. Necesito saber aquí y ahora qué es lo que te preocupa.

Blake no dijo nada. Se quedaron los dos de pie mirándose uno a otro como dos críos en el patio del colegio preparados para enfrentarse cara a cara. Entonces, la expresión de él se suavizó y agarró uno de sus rizos con un dedo, le dio un tironcito suave y exhaló un suspiro.

—Lo siento, Cindy. Tus piernas son bonitas. Demasiado bonita. Especialmente en un sitio como éste —Cindy alzó una ceja, pero no le preguntó nada. Estaba asustada. ¿Estaba siendo protector con ella? ¿O era algo más?—. No es que el Alibi sea un lugar sórdido o peligroso —añadió él—, pero muchos de los tipos que andan por aquí están buscando divertirse y tú parece estar anunciando diversión y jolgorio.

¿Le estaba regañando porque pudiera parecer atractiva a otros hombres? ¿Porque parecía juguetona y dispuesta para la diversión?

Estaba a punto de hacerle una pederreta, pero decidió optar por una respuesta más adulta y acorde con una dama.

—Voy a divertirme y tener jolgorio esta noche con o sin ti.

Y se dirigió al Alibi dispuesta a disfrutar de su primera noche en el pueblo aunque fuera en un bar de carretera de mala muerte y tuviera que enfrentarse a

Blake Gray Feather a cada paso.

Blake siguió a Cindy al interior del Alibi de la misma forma que Shep seguía a Tuck por el rancho.

¿Qué acababa de suceder ahí fuera?

No estaba seguro, pero si hubiera sido una competición deportiva el marcador sería Cindy 5, Blake 0.

Una vez dentro, Cindy giró su preciosa cabeza a un lado y a otro para ver el bar de carretera. Y, en contra de su voluntad, Blake hizo igual.

No había estado en el Alibi desde hacía años, desde que Trace y él fueron allí un sábado por la noche y habían camelado a una camarera para que les pusiera dos cervezas a una chicas del instituto menores de edad.

Mirando hacia atrás, pensó que era sorprendente que ellos o el Alibi no se hubieran metido en un buen lío.

Trace, en ese momento sheriff de Blossom, no habría tolerado que se sirviera bebida a menores. Y hubiera tenido todo el apoyo de Blake.

Eso demostraba cómo habían cambiado las cosas. Incluso aunque algunas cosas, como el Alibi, no lo hubieran hecho.

Blake miró a los lados y vio las cabezas disecadas que seguían colgadas de las paredes: un ciervo y dos alces. Todavía seguía una exposición de diferentes tipos de alambres de púas al lado de una galería de fotos de celebridades que alguna vez habían sido clientes del bar.

En la parte de atrás había un par de mesas de billar y juegos de dardos, sin mencionar algunas mujerzuelas de segunda. Cerca de la entrada una sección del techo seguía desaparecida, dejando ver el aislante hecho de hueveras sujetas con malla gallinera. Grady, el jefe de todo aquello, o bien era demasiado tacaño como para reemplazarlo, o era parte del encanto del garito.

Cindy estudió el interior del local con los ojos abiertos de par en par y expresión de inocencia, un gran contraste con la forma en que recorrió la maltrecha tarima: el sexy balanceo de una mujer que sabe exactamente quién es y qué quiere.

Unos cuantos pares de ojos masculinos la siguieron, pero ella no pareció notarlos.

Blake sí los notó, sin embargo. Y envió a alguno de ellos una mirada de ni-se-os-ocurra que no pareció muy eficaz.

Quizá era mejor si todo el mundo en el Alibi pensaba que Blake y Cindy salían juntos. Por supuesto, eso podía ser complicado porque se trataba de que lo creyeran los hombres, no Cindy.

Afortunadamente, Tuck eligió una mesa en un rincón muy discreto que mantenía a Cindy fuera del foco de atención y la acercaba a él.

Blake se sentó en el agrietado asiento de vinilo rojo, se deslizó al lado de ella y le dedicó una sonrisa como diciendo que fuera no había pasado nada.

Ella pareció suavizarse un poco. Al menos eso esperaba él.

Tuck repartió las cartas de los menús que había encima de la mesa, pero él ni siquiera lo miró, fijó los ojos en la puerta como si esperara a alguien.

Pero no tuvo que esperar mucho.

–Perdón –el viejo vaquero dio la vuelta a la mesa y se levantó–. He visto a una amiga.

–¿A quién? –dijo Cindy recorriendo con la vista la sala como buscando a alguien conocido.

–Una chica nueva en el pueblo –Tuck se ajustó el cinturón–. Se llama Loraine y tiene una amiga de visita en su casa. Cuando me preguntó dónde podían ir para divertirse y bailar le sugerí que vinieran aquí.

Así que el ansia de Tuck era por algo más que las costillas.

Blake miró al atildado viejo vaquero caminar hacia las dos atractivas señoras de media edad y después escoltarlas hasta una mesa al otro extremo de la sala.

–Bueno, estoy impresionada –dijo Cindy mientras giraba el cuello para ver a su abuelo unirse a las mujeres–. La rubia de la blusa turquesa es la enfermera de la clínica.

–Me parece estupendo que tu abuelo salga del rancho y disfrute de la vida.

Cindy volvió su atención hacia Blake mirándolo fijamente con aquellos ojos de primavera que proclamaban a voces su inocencia.

–¿Y tú? ¿Aprovechas las oportunidades de salir por ahí y pasarlo bien?

–Siempre que puedo.

–¿Con una en particular?

Blake arrugó la frente con gesto de no entender nada.

–¿Con qué?

–No con qué. Con quién –le rectificó–. Cuando llegaste al rancho dijiste que había una mujer en particular que estaba persiguiéndote. No me dijiste su nombre.

No estaba seguro de querer hablarle de Jessica a Cindy, aunque no sabía por qué. En el pasado había sido capaz de hablarle de cualquier cosa.

Ésa, supuso, era otra de las cosas que habían cambiado con el tiempo.

Antes de que pudiera responder, una camarera alta rubia teñida se detuvo al lado de su mesa.

—¿Qué van a tomar?

Blake le dedicó una sonrisa de agradecimiento, no porque quisiera una bebida, sino porque le había librado hablar de una antigua amante que hacía poco que se había convertido en ex.

—Yo quiero una cerveza y una ración de costillas picantes para empezar — miró a Cindy—. ¿Y tú?

La pelirroja arrugó la nariz de un modo malicioso.

—He probado la cerveza una vez y no me gustó. ¿Qué me sugieres que pruebe?

—*Soda pop* —respondió él antes de que la camarera le ofreciera alguna bebida alcohólica.

—Aquí no —dijo Cindy mirándolo retadora—. Estoy en un bar de carretera y quiero tomar una bebida de verdad.

—¿Qué te parece un daiquiri de fresa? —dijo la camarera—. Es como un zumo de frutas con un toque fuerte.

—Estupendo —dijo Cindy echándose para atrás y sonriendo.

Blake no pudo evitar fijarse en cómo la tela negra se tensaba alrededor de los pechos, tentándolo para que se perdiera y siguiera adelante con su carrera de delincuente, aunque ella ya no fuera menor.

La camarera volvió con las bebidas y Cindy bebió un sorbo de la suya.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—Bien. Pero para ser sincera, creo que me gustaría más sin alcohol.

Bueno, al menos no tendría que preocuparse por que se quitara los tacones de una patada y perdiera la cabeza.

Treinta minutos después, parecía que Tuck había decidido aparcar su trasero permanentemente en la mesa de las señoras. Tenía una bebida delante de él y un plato lleno de varios tipos de aperitivos.

—Creo que esta noche vamos por nuestra cuenta —dijo Blake mientras hacía un gesto a la camarera—. Comamos.

Cindy pidió una hamburguesa con queso y patatas fritas, mientras Blake optó por las costillas de cerdo a la brasa y patatas cocidas con salsa y

ensalada.

En lugar de hablar mientras esperaban la comida, se dedicaron a observar los preparativos del grupo. En no mucho tiempo, el sonido de la música country llenó la sala y una pocas parejas salieron a la pista de baile.

–Me prometiste otra clase de baile –le recordó Cindy.

Blake no quería volver a bailar con ella, pero se lo había prometido. Y una clase en público era mejor que en privado. Además esa canción en particular no requeriría que la agarrara lo bastante cerca como para sentir su aroma o tener pensamientos inadecuados.

–De acuerdo. Vamos a intentarlo.

Cuando llevaban un par de temas, Cindy podía manejarse con el dos pasos texano y no lo hacía mal con el boogie. Incluso Tuck sacó a bailar a la enfermera rubia y a su amiga morena. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que estaba disfrutando como en su vida.

Y, aunque Blake odiara admitirlo, él también estaba disfrutando.

Entre actuación y actuación, Cindy y Blake se comieron la cena, lo que podía ser la explicación de que estuviera tibia. Las costillas estaban demasiado hechas y un poco grasientas, pero a Blake no le importó. La comida habría sido mucho mejor en el Bee Hive, pero la cena no hubiera sido tan divertida.

Mientras los miembros del grupo empezaban a subir al escenario, Cindy se excusó para ir al servicio. Y mientras se deslizaba fuera de la rinconera y cruzaba la sala, prácticamente todos los hombres del lugar se volvieron a mirarla, incluyendo el camarero de la barra y un vaquero alto y desgarrado que estaba apoyado en la barra.

Mientras habían estado bailando, Blake no había prestado mucha atención a los hombres que se la habían comido con los ojos antes, pero debería haberlo hecho. Los mirones se habían ido volviendo más atrevidos y su interés más descarado, sobre todo en ese momento que Cindy se había separado de él.

Habían notado seguramente que no la había sacado en ninguna lenta y se estarían preguntando si estaría libre.

Justo cuando el grupo empezaba un tema de amor, Cindy volvía cruzando la sala.

El vaquero alto de la barra tomó un trago de su cerveza y se dirigió hacia ella. Aparentemente el chico sólo quería saber si tenía pareja o no.

Pero Blake no estaba dispuesto a dejar que otro tipo tuviera a Cindy entre

sus brazos.

La alcanzó justo al mismo tiempo que el vaquero. Y dedicó al tipo una sonrisa que no llegó a los ojos.

–La dama es mía esta noche.

–Tipo con suerte –dijo el vaquero dándose la vuelta y volviendo a la barra.

–¿Tuya esta noche? –dijo con regocijo o a lo mejor algo más.

Hubiera dado algo por saber qué estaba pasando por la cabeza de ella.

–Sí. Por esta noche. No estás preparada para vaqueros del montón buscando colgarse de ti antes de que te des cuenta –levantó los brazos dando con ello la discusión por terminada. Ella se metió en su abrazo y se dejó guiar mientras se movían al lento ritmo de la música.

Le sacaba treinta centímetros de altura y aun así sus cuerpos encajaban bien. Blando y duro. Suave y fuerte.

Había usado un champú diferente esa noche. Uno con aroma a melocotón. Y él siempre había tenido pasión por los melocotones.

Sus dedos acariciaban la tela de la espalda del vestido, los pulgares recorriendo el lugar donde la piel se unía a la ropa. Un deseo se instaló en él, una necesidad de poseerla, no sólo esa noche, sino todas las que vinieran.

Tenía que ser la música. El ritmo seductor. El que tuviera los ojos cerrados y no pudiera ver quién era la persona que tenía entre los brazos.

Cindy apoyó la cabeza en su pecho, cerca del corazón. ¿Podría escuchar el ritmo constante palpitando a causa de una excitación que no había esperado?

Cuando sonaron los últimos acordes de la canción, siguió abrazándola. Y cuando finalmente se obligó a soltarla, sus miradas se encontraron y algo golpeó en su pecho.

Algo potente e imposible de ignorar.

Algo que le decía que sería mejor que le diera un largo y prometedor beso o que se largara del condado de Blossom.

Tragó con dificultad... Con miedo de moverse.

Y con miedo de no hacerlo.

Capítulo 7

BLAKE parecía haber echado raíces en la pista de baile, unido a Cindy por el latido de sus corazones.

Levantó lentamente una mano y agarró la mandíbula de Cindy. El pulgar acarició la suavidad de la mejilla.

No estaba seguro de lo que iba a decir, de lo que iba a hacer. Y por un breve instante, cuando ella separó los labios, estuvo a punto de perder la última brizna de sentido común que le quedaba.

Eso fue hasta que un vaquero borracho cruzó tambaleándose la pista de baile, chocó con él y le hizo volver a la realidad.

Blake soltó la mano, metió el pulgar en el bolsillo del pantalón y se aclaró la garganta con la esperanza de que eso le aclarara la mente.

¿Qué le había pasado? ¿Cómo podía siquiera estar considerando la posibilidad de tener una aventura con Cindy?

Ella no necesitaba un vaquero que concursaba en rodeos y viajaba de un sitio para otro. Necesitaba un hombre de familia que se estableciera en el rancho de su abuelo en el condado de Blossom y le diera un par de criaturas.

Y ese hombre no era Blake Gray Feather.

–Gracias por el baile –dijo él con una voz tan ronca como si se hubiera echado una siesta de una semana–. Yo... esto... necesito un poco de aire. ¿Por qué no le dices a Tuck que te presente a sus amigas?

Cindy asintió sin decir nada, a pesar de que estaba tan aturdida por la excitación del baile como él.

Blake se dio la vuelta y se alejó, chocando con otro vaquero en su camino hacia la puerta principal.

Necesitaba algo más que un poco de aire fresco. Necesitaba huir.

Blake no estaba seguro de cuánto tiempo había estado fuera mirando a la gente subirse en sus coches y marcharse. No lo bastante, decidió mientras volvía al interior del edificio sin ninguna idea de lo que iba a hacer. A lo mejor tenía que entrar y decirle a Tuck que estaba listo para marcharse.

¿Pero cómo iba a hacer eso cuando el viejo estaba pasando un rato animadísimo?

Escuchó unos pasos detrás, se dio la vuelta y vio a Cindy.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–Nada.

Se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, dejando ver unos pendientes que Blake no había visto antes. Un par que no parecían ni nuevos ni de diseño. ¿Una herencia de su madre a lo mejor? ¿De su abuela?

Debía de ser agradable tener algo que había pertenecido a la familia durante años. Algo que había pertenecido a una madre o una abuela.

Él no tenía nada para recordar a su padre. Y por extraordinario que pareciera admitirlo, le preocupaba que no le importara. Especialmente dado que casi no recordaba a su viejo. Lo recordaba llevándolo a hombros y comiendo un helado de crema.

–No te sentirás culpable por bailar conmigo, ¿verdad?

Estaba sintiendo muchas cosas por haber bailado con ella, pero culpa no parecía una de ellas. Por supuesto, si la hubiera besado en la pista de baile, como había estado tentado de hacer, estaría sintiéndose culpable por liarse con la nieta de Tuck.

Pero, como no quería compartir sus sentimientos, se limitó a encogerse de hombros.

–¿Es por una en particular?

No. En absoluto. Pero no le diría eso porque Jessica podía hacer que echar marcha atrás fuera más fácil para los dos, así que para sugerir que podía ser así dijo:

–Puede ser.

A Cindy se le cayó el alma a los pies. Pero en qué estaba pensando... ¿Cómo podía siquiera soñar con que Blake se sintiera atraído por ella? Debería haberlo sabido desde el principio.

Así que decidió ponérselo fácil, incluso aunque tuviera que exagerar un poco la verdad.

–Sé cómo te sientes –dijo Cindy.

–¿Sí? –dijo Blake con una mirada escéptica.

Ella asintió.

–Por mi interés en Robby. Pero ni tú ni yo tenemos por qué sentirnos culpables. Somos amigos desde hace mucho tiempo así que hemos bailado y pasamos una noche divertida. Eso es todo.

La mentira, al menos por parte de ella, le salía fácil, pero la realidad seguía en su mente, en su corazón. Pero era mejor así. No iba a lanzarse a los brazos de un hombre que no estaba interesado en ella. Ni iba a dejar que Blake supiera lo mucho que él le importaba. No se iba a arriesgar a perder su amistad por ningún motivo.

–Puede que tengas razón –dijo él forzando una sonrisa–. Bueno, ¿qué te parece la amiga de tu padre?

–Es simpática. Se llama Loraine. Pero no puedo imaginarme al abuelo con ella.

–¿Por qué no?

–Por la diferencia de edad, supongo. Y que el abuelo no ha tenido una cita en más de quince años.

–Ni mucho menos.

Cindy lo miró con la boca abierta.

–¿Qué quieres decir?

–Ha tenido varias citas, que yo sepa. Aunque tú no te enteraras.

Cindy no sabía qué decir.

–¿Por qué no me lo ha contado?

–Los hombres no siempre dicen lo que realmente piensan.

Umm. Las mujeres tampoco, pero no pensaba admitirlo. Sobre todo si quería mantener la amistad con Blake, una amistad que podía echar a perder si no tenía cuidado.

–¿Crees que tu abuelo estará listo para irse? –preguntó Blake.

–Seguramente. Sus amigas ya estaban diciendo que tenían que irse porque mañana se levantan pronto.

–Bien, entonces, vámonos a casa.

Mientras caminaban de vuelta a la entrada del bar, Cindy miró al cielo. Supuso que debería estar feliz de que las cosas volvieran a la normalidad. Al menos así era como se sentía.

Antes, cuando se había bajado de la camioneta, había tenido la sensación de que Blake había querido besarla. Por supuesto, no había dado mucho crédito a su instinto, dado que no era muy ducha en los temas de las relaciones hombre-mujer.

Pero en la pista de baile, había vuelto a sentirlo. Sólo que más fuerte. Y esa vez estaba de acuerdo con su intuición.

Blake casi la había besado. Podía no tener claro lo otro, pero aquello no lo había interpretado mal.

En sus sueños, él la había mirado con ojos de deseo cientos de veces. Y en la realidad, había hecho lo mismo, pero luego se había echado atrás.

Se arrepentía de no haber tomado la iniciativa en el pista de baile. De no haberle pasado los brazos por el cuello y haber apoyado los labios en los de él. Porque así nunca sabría si el beso real sería tan bueno como el de sus sueños.

Pero dar un paso como ése podría haber cambiado su relación para siempre. No hubiera sido tan fácil minimizar un beso como el baile tan sensual que habían compartido unos minutos antes.

La verdad era dura. Blake no querría a alguien como ella. No, teniendo mujeres como ésa una en particular persiguiéndolo.

No, señor. Tratándose de amor y romance, Robby Bradshaw era una opción mucho más realista para ella.

Pero la mayor parte de su corazón, pertenecería siempre a Blake.

Lo quisiera o no.

Era casi medianoche cuando llegaron a casa. La sonrisa del abuelo no había desaparecido ni una vez. Mientras subía las escaleras del porche delantero, se detuvo y miró la luna.

–Bonita noche.

–Sí lo es –dijo Cindy mirando las estrellas–. Creo que me voy a quedar sentada aquí fuera un rato. Tanto baile me tiene demasiado alterada como para dormir.

–Yo me voy a acostar –dijo el abuelo–. Hasta mañana.

Cuando Blake se echaba a andar tras Tuck, Cindy lo agarró del brazo y lo detuvo.

–¿Por qué no te quedas conmigo?

Pareció desconcertado, como si no supiera si quedarse o encerrarse en casa.

Evitar que entrara en la casa podía haber sido un error, pero no estaba preparada para que acabara la noche. Sabía que después de que casi se habían

besado, no podrían dormir.

–Me gustaría hablar contigo –dijo Cindy con la esperanza de que se le ocurriera algo.

Blake se encogió de hombros.

–De acuerdo.

Cindy se sentó en el columpio del porche y él se sentó a su lado.

–Lo he pasado bien esta noche –dijo ella.

–Tu abuelo también. Nunca lo había visto bailar de ese modo.

–¿Crees que le gusta Loraine? –golpeó el hombro de Blake con la cabeza.

–A mí me lo parece –dijo reclinándose en el columpio haciendo crujir la madera y las cadenas–, pero no muchas mujeres saben cómo querer a un vaquero.

Cindy no estaba segura de lo que había querido decir con eso. Pero sospechaba que ella era la excepción. Si tuviera oportunidad, sabría perfectamente cómo querer a un vaquero como Blake.

Aunque una parte de ella quería evitar el tema, la curiosidad podía más.

–Háblame de Jessica.

–No hay mucho que decir.

–¿Quién es? –preguntó dubitativa.

–Corre en la carreras. Una chica guapa. Pero quiere de mí más de lo que puedo darle.

Cindy se dio la vuelta en el asiento provocando que el columpio se moviera y rozando a Blake con la rodilla.

–¿Como qué?

–Quiere establecerse y casarse. Y yo no soy de los que se casan.

–¿Por qué no?

Blake pareció sopesar la respuesta y Cindy no estaba segura de si sería porque no tenía una respuesta clara o porque no sabía qué palabras emplear para que ella lo entendiera.

–Uno tiene que encajar, que comprometerse, que armonizar. Y yo nunca he sido capaz de hacer algo así.

No estaba segura de lo que había querido decir, pero había dicho cosas similares anteriormente.

Sintió un escalofrío recorrerle de arriba abajo los brazos, como si algo la hubiera golpeado. Una revelación.

Un recordatorio de una visión.

–¿Crees que tiene algo que ver con las heridas de que habló Cherry?

–¿Qué heridas? Concedes a esa mujer más crédito del que deberías. Simplemente soy distinto. Un excluido, eso es todo.

–Yo no te veo más diferente que al resto de la gente.

–Puede que tú no, pero crecí siendo diferente. Más del lado paterno de la familia que del materno. Pero incluso ellos no... –se interrumpió como si hubiera sido él quien había tenido una revelación y miró al cielo de Texas como buscando algo que nunca había podido encontrar.

–Tú eres de aquí, perteneces aquí, a nosotros.

Sabía que Tuck y Cindy habían sido buenos para él, pero seguía manteniendo una cierta distancia emocional. No era capaz de explicar por qué sentía esa necesidad. Sólo sabía que estaba ahí, tan profunda y fuerte como el instinto de supervivencia.

–No, tampoco encajo aquí –dijo–, pero aprecio todo lo que Tuck y tú habéis hecho por mí. Mucho más de lo que nunca sabréis.

Blake había alcanzado un gran respeto por el viejo vaquero que era capaz de enfrentarse con un rayo cuando alguien le apretaba, pero que también era capaz de poner a alguien por las nubes. También le importaba Cindy. Mucho. De hecho se había abierto más a ella de lo que había hecho nunca con nadie.

Cindy le golpeó con el hombro en el brazo y dijo:

–¿Por qué tengo la sensación de que eres tú el que no quiere pertenecer?

Porque, en cierto sentido, había dejado de intentar encajar. Había empezado de niño, cuando había aprendido que era un mestizo que siempre se sentiría inadaptable en cualquiera de las dos culturas.

Pero el mundo del rodeo era una cultura propia.

–Si te hace sentir mejor –dijo–, he encontrado mi sitio en el circuito.

–Pero tienes amigos en Blossom. Jason Strong y Trace McCabe te ven como uno de ellos. Os he visto saludaros.

–Tienes razón. Esos tipos son lo mejor.

Y habían sido buenos amigos desde la misma tarde de la pelea. La tarde en que Blake se había dado cuenta de que había una parte de él que nunca sería de allí.

–Algunas veces la gente sabe quiénes son realmente sus amigos cuando llega la hora de la verdad.

Eso ella lo sabía. Cuando Blake había llegado allí como un novato, sólo habían sido conocidos. Trace era dos años mayor que Blake. El *quarterback* y

capitán del equipo. Y Jason, que ya se había graduado, era el ayudante del entrenador.

–Nunca me has dicho por qué empezó la pelea.

Le había contado que era una de esas pelias del tipo de tu-equipo-juega-como-un-grupo-de-nenas. Pero esos comentarios los hubiera ignorado. Habría seguido su camino de vuelta al pueblo. Pero había habido algo más.

–Durante el partido, uno de los defensas había estado insultándome todo el rato. Estaba bastante harto de él. Cuando íbamos de camino al autobús dio un grito y me llamó salvaje entre otras cosas –se recostó haciendo moverse el columpio–. Y un montón de rabia contenida durante el partido, se desbordó.

–¿Y ahí es cuando aparecieron Jason y Trace?

–No, yo me estaba haciendo con el tipo, pero un par de sus compañeros vinieron en su ayuda y cuando estaba claramente en inferioridad numérica y recibiendo una paliza, Trace salió en mi ayuda. La pelea se intensificó hasta que Jason recurrió a su autoridad como ayudante de entrenador para controlar la situación. Trace y yo volvimos a casa vapuleados, pero no tan mal como los otros tipos.

–¿Lo ves? Encajas con Trace y Jason.

–Sí –admitió–. Eso es cierto, pero siempre habrá alguien dispuesto a recordarme que soy diferente.

Cindy podía entender cómo se sentía. Ella siempre había sido diferente también.

–No eres el único que ha tenido que luchar para ser aceptado.

–Supongo que tienes razón. Tampoco tú has tenido muchas amigas, ¿verdad?

–Elizabeth Dupres, la hija de Bitsy, siempre fue agradable conmigo. Y yo siempre la consideré una amiga. Pero nunca fuimos juntas a clase y después de la escuela yo tenía muchas cosas que hacer –se agarró a la cadena que sostenía el columpio–, pero algunas de las chicas guapas y populares se reían de las cosas que yo decía y hacía y se burlaban de la ropa que llevaba.

–Esas chicas nunca podrían hacerte sombra –su rodilla la rozó haciendo que un golpe de calor le recorriera la sangre. Y mientras la miraba a los ojos, le acarició un mechón de pelo–. No en lo que se refiere a lealtad y buen corazón.

–Gracias, pero cuando estaba en el instituto, sólo un chico se tomó el tiempo de mirar dentro y conocerme realmente. O al menos eso es lo que yo esperaba cuando me pidió salir.

–¿Te refieres a Robby?

Negó con la cabeza.

–No, estaba demasiado alejado entonces. Pero Kevin Roarke me llevó al baile de la promoción de los mayores, mi primera y única cita. Aunque fue un desastre.

–¿Por qué?

Se encogió de hombros mientras se preguntaba hasta dónde contar.

–Digamos que volvimos a casa con los dedos de los pies magullados lo mismo que los egos.

Si había aprendido algo aquella noche era que ella no era de la clase de chicas que los adolescentes encontraban atractivas, sin contar con que las citas eran algo agotador si no manejas con naturalidad las artimañas femeninas y el arte del flirteo.

Pero podía ser que todo eso empezara a cambiar. Había notado la atención masculina que había despertado en el Alibi esa noche. Por supuesto, su objetivo había sido Blake.

–¿Nunca volviste a saber de Kevin? –preguntó él.

–Nada más que cuando nos cruzábamos por los pasillos al cambiar de clase.

–Yo no lo consideraría una pérdida, y menos si se parecía a su hermano mayor.

–Bueno... –¿cuánto tenía que contarle? Era muy embarazoso, pero si no quería volver a cometer el mismo error...

–¿Qué hizo?

Por nada en el mundo reconocería que había sido ella la que había dado el primer paso y lo había besado. Y que ningún libro que hubiera leído ni película que hubiera visto le había hecho ningún bien.

Blake se movió en su sitio haciendo que se moviera el columpio.

–¿Qué demonios hizo ese tipo?

–Bueno... no hizo nada exactamente. Me besó, pero fue lo que dijo después.

Se volvió hacia ella haciendo que su muslo la rozara. La luz que salía del salón no era lo bastante fuerte como para que ella pudiera ver su expresión, pero podía sentir su preocupación, su interés.

–Kevin me dijo que besaba como un pez.

Blake se rió.

–Roarke tenía que saberlo. Su hermano era como él. Los dos debían de haber besado muchas lubinas.

Cindy le pegó en el brazo.

–No hagas chistes. No sé besar y traté de hacerlo como había visto en *Top Gun*. ¿Recuerdas la escena del beso?

–¿Ese excitante beso con la boca abierta? Sí, Lo recuerdo. ¿Pero por qué besas a un tío así en la primera cita?

Se encogió de hombros.

–No lo sé, supongo que un besito en la mejilla como los que le doy al abuelo, no era lo que él tenía en la cabeza.

–Estoy seguro de que no. Pero Roarke era un estúpido –volvió a mirarla a los ojos–. ¿Por qué no pones tus miras en tipos mejores que Kevin o Robby?

Lo había hecho.

Pero su irreal sueño con Blake seguiría siendo un secreto que se llevaría a la tumba.

–A lo mejor, si supiera besar, podría poner el listón más alto.

El único sonido que llenaba la noche era el canto de los grillos y de las ranas que llamaban al apareamiento.

Una insuperable urgencia por pedir a Blake que le enseñara a besar empezó a surgirle en el pecho y a extenderse por todo el cuerpo.

Y pensando en que esa noche podía ser su única oportunidad, dijo:

–¿Me enseñarías?

La pregunta de Cindy quedó en el aire.

¿Besar a Cindy?

¿Allí, bajo un manto de estrellas y una luna de amantes? Por un momento la idea pareció buena y Blake se sintió tentado de mostrarle cómo se besan un hombre y una mujer.

Y después, ¿qué?

Era un tipo de éstos que desaparecen antes de enamorarse.

–¿Qué es un beso pequeño? –preguntó ella como si el silencio le hubiera llenado de valor–. Eso no tiene que significar nada.

No. No tenía por qué. Le hubiera dicho que los besos con la boca abierta eran algo que surgía después de que empezara a sentirse cómoda con el primer beso.

Debía de ser el encanto de la luna llena, o el recuerdo del sensual baile que llenaba su cabeza, porque Blake flaqueó y decidió responder a su solicitud.

Rozó los labios de ella con los suyos con la esperanza de aplacarla y, para ser sincero, aplacarse él mismo. Sólo con sentir la suavidad de sus labios, la calidez de su aliento, aspirar el suave aroma de melocotón, deseó más.

–No era a eso a lo que me refería –dijo ella–. Ha sido muy soso.

–Tienes que empezar despacio, señorita. Y no le debes nada a nadie porque te saque por ahí. Eso ha sido un decente beso de gracias-por-la-cita. Y lo has hecho bien.

–¿Y qué pasa si la cita es muy especial? Y quiero que él sepa que ha significado mucho para mí. Que él significa mucho para mí.

–Bueno, en ese caso tienes que intensificarlo un poco.

–¿Intensificarlo? –preguntó–. ¿Cómo? ¿Te refieres a que abra la boca?

–No exactamente –no quería que ella le ofreciera la boca abierta a nadie.

–Entonces a lo mejor es que tengo que probar otra vez –sonrió como si la petición fuera totalmente inocente.

Así que volvió a rozar sus labios de nuevo, una vez, dos, tres... los sensuales y tentadores besos que un hombre da a una mujer cuando espera que ella se dé cuenta y le ofrezca más. Por supuesto, todo eso era para que ella pudiera practicar.

Cindy se giró en el columpio, quemándolo con sus muslos y le pasó las manos por el cuello. Los pechos presionando ligeramente contra él haciendo que recordara que era la nueva Cindy quien le estaba besando.

Aquello sólo era una oportunidad para que ella pudiera practicar, se dijo mientras la agarraba de la cintura.

Se inclinó sobre él, la suave boca de ella presionando en la suya inmóvil. Blake le dio un pequeño pellizco con los labios y ella se lo devolvió. Dulcemente, con suavidad.

Y entonces sucedió algo, aunque Blake no estaba seguro de qué. Pero quedó atrapado por su aroma, su tacto, su sabor y el beso se intensificó de común acuerdo. Al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo mientras separaba los labios y ella separaba los suyos.

Sus lenguas se encontraron y las estrellas giraron sin control. La noche se volvió mágica cuando Cindy puso el alma y el corazón en el beso. Lo mismo hizo él. Estaba completamente perdido.

Cindy gimió y sus manos se enredaron en el pelo de Blake atrayéndolo más cerca de ella.

Para una mujer que decía ser inocente, realmente parecía saber lo que

estaba haciendo.

Diablos, había pedido una clase práctica de besos, no de magreos.

Blake se echó para atrás interrumpiendo el beso antes de dejarse llevar más de lo que ya lo había hecho.

Se pasó una mano por el pelo sin estar muy seguro de cómo salir de aquella situación.

–Me voy haciendo una idea –dijo ella–, pero creo que necesito otra lección.

¿Otra? Tenía que estar bromeando. De ningún modo iba a volver a besarla, no de ese modo.

Casi había deslizado la lengua dentro de su boca después de decirle que no debía dejar que eso sucediera en la primera cita.

Por supuesto aquello no era una cita, pero sospechaba que sólo podía empeorar.

De cualquier modo, ya estaba bien de lecciones.

Se puso de pie y el columpio se movió.

–¿No vas a volverme a besar? –preguntó ella.

–No en una noche de luna llena.

Después salió del porche dejándola sola mientras trataba desesperadamente de librarse del efecto que tenía sobre él.

Capítulo 8

CINDY no estaba segura de por qué seguía sentada allí fuera después de que Blake se hubiera marchado. A lo mejor porque tenía miedo de que las rodillas no fueran capaces de dar los pasos necesarios para entrar en la casa sin doblarse y hacerle caer al suelo.

Ni siquiera en sus sueños había imaginado que los besos de Blake pudieran hacer que la cabeza le diera vueltas, su sangre corriera a toda prisa, su corazón cantara. Y tenía la sensación de que los besos de Robby se quedarían muy cortos en comparación con los de Blake.

Robby volvería al pueblo pronto, si no estaba ya en su casa. ¿La llamaría como había dicho que haría?

Una parte de ella, el lugar donde se ocultaba su orgullo, deseaba que así fuera. Pero la parte donde residían los sueños, no estaba preparada para ver a ese hombre. No hasta que Blake se hubiera marchado.

Y se hubiese llevado sus besos con él.

Se echó para atrás en el columpio dejando que la meciera. Había pensado que un beso habría saciado su curiosidad y cumplido sus sueños, pero no había sido así. Aquellos besos sólo habían conseguido provocar que quisiera más.

Escuchó los sonidos de la noche, algún relincho ocasional en los pastos, el canto de los grillos, el croar de las ranas abajo, en el arroyo.

Era bastante más de medianoche y mucho más tarde de su hora de acostarse. Shep, que había entrado en la casa con el abuelo, trotó por el salón y apoyó el hocico contra la puerta de cristales para mirar el porche. Lloriqueó como si le pidiera que entrara de una vez.

–Ya voy, chico. Sólo un poquito más –no estaba segura de querer quedarse fuera. Blake seguramente no volvería a pasar por allí hasta que ella se fuera a la cama, aunque no sabía por qué pensaba eso.

El hombre había actuado de un modo extraño, como si aquellos besos lo hubieran alterado. Y ella esperaba que así fuera, aunque fuese estúpido desear

algo así.

Miró con detenimiento el contorno oscuro del establo. En ese momento pudo ver la silueta de Blake y se preguntó qué le estaría pasando por la cabeza.

Entre las sombras de al lado del corral, Blake esperaba a que Cindy entrara en la casa. Había estado luchando para controlar la excitación que el beso le había producido.

No estaba seguro de si era un gran profesor o ella una buena alumna, pero por lo rápido que había comprendido el delicado arte de besar, pronto se convertiría en la primera de la clase.

Si cerraba los ojos, podía sentir los labios de ella en los suyos.

Podía sentir la presión de los pechos contra su cuerpo, escuchar su gemido mientras enredaba los dedos en su pelo. Diablos, casi lo había vuelto del revés y hecho cruzar la línea.

Se había dicho a sí mismo que era sólo una amiga, simplemente una chica con la que había crecido. Pero no la miraba de ese modo. Se sentía atraído por ella, más atraído de lo que quería admitir y mucho más de lo que era aconsejable.

Por supuesto eso no significaba que fuera a hacerle ningún tipo de promesa que luego no podría cumplir.

Dio una vuelta alrededor del establo, abrió la puerta lateral y encendió la luz que iluminó la estancia con un tono amarillento. Echó un vistazo a Ariana, la yegua a punto de parir.

—Eh, chica, ¿qué tal estás?

La yegua resopló como si intentara decirle que las últimas semanas de gestación se estaban haciendo duras.

—Todo pasará pronto. Tuck y Cindy cuidarán de ti y del potro.

Después fue a la cuadra donde estaba Cutter.

—Me estoy metiendo demasiado —le dijo al caballo en un susurro.

Cindy lo tenía con los nervios de punta. Si hubiera sido otra mujer del pueblo y no la nieta de Tuck, no habría importado mucho. No era que quisiera romper el corazón de cualquiera, pero sería caer muy bajo hacer daño a Cindy.

Se merecía algo mucho mejor que un tipo como él: un vaquero que vivía en moteles y andaba de rodeo en rodeo.

Blake había encontrado respeto y aceptación en el circuito y no iba a abandonarlo.

No lo abandonaría. El mundo del rodeo era el único lugar a que realmente pertenecía.

–Mañana daremos un largo paseo –le dijo al caballo mientras lo acariciaba en el cuello–. Después iremos a la pista del rodeo a ver si ha aparecido alguien más ya.

Cutter movió la cabeza como si dijera un sí.

–Duerme tranquilo, colega –dijo Blake y echó a andar hacia la puerta, apagó la luz y salió del establo, pero no fue hacia la casa, se quedó mirando al porche y vio la silueta de Cindy en el columpio.

Esperaría hasta que ella entrara en la casa.

Un rato después escuchó el sonido de la puerta del porche, después ella desapareció dentro de la casa dejándole a él solo para que lidiara con su presencia, con el recuerdo de su aroma, la calidez de su abrazo.

Por no hablar de su conmovedor beso.

Pero en lugar de irse a la cama, Blake se apoyó en la pared del establo sintiendo en la mejilla el frescor de las tablas.

No podía quedarse mucho más en Tumbling T. Cindy le había hecho algo, lo había debilitado, hecho vulnerable a no sabía qué.

Hasta donde podía ver, sólo había una opción si quería salir de todo aquello sin hacer daño a nadie.

Tenía que competir en el rodeo del condado de Blossom y salir escopetado para Dodge.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Cindy se sirvió la última taza de café. Normalmente no picaba mucho entre comidas, pero había estado tan ansiosa de salir la noche anterior para el Alibi, que ni siquiera había probado su pastel. Así que se cortó un trozo pequeño, lo colocó en un platito y sacó un tenedor del armario. Después lo clavó en la masa asegurándose de que pinchaba también algo del relleno de manzana.

Bueno, su pastel no tenía muy buen aspecto, pero seguro que sabía mejor que parecía.

Pero... oh... agh... ¡qué asco!

Se había equivocado. Darle un lametazo a un montón de serrín hubiera

sabido mejor.

No había forma de tragarlo, así que lo escupió en el cubo de basura.

Tenía que reconocerle el mérito a Blake. Se las había arreglado para comerse un trozo y, además, no se había quejado.

Había preferido ocultar la verdad para no herir sus sentimientos. Y ella apreciaba el detalle, pero no le hacía sentirse mejor al respecto de ser una pésima cocinera.

La noche anterior, cuando había sacado el pastel del horno, se había imaginado que con un par de pruebas más, su pastel tendría el aspecto de la famosa tarta de manzana de la tía Millie. Pero eso era antes de probar aquella porquería.

Imposible conseguir la cinta azul cocinando.

Tiró el resto del pastel a la pila y conectó el triturador. A lo mejor tenía que considerar la posibilidad de recibir lecciones de cocina. Había oído que había clases de economía doméstica por las noches en el centro de educación de adultos en el instituto. Pero incluso aunque fuera al pueblo y se apuntara ya, no tendría tiempo suficiente para aprender los rudimentos antes de la feria.

¿Se habría equivocado Cherry?

Sonó el teléfono y la sacó de sus deprimentes pensamientos. Lo atendió y escuchó a Susan Gray Feather presentarse y preguntar si podía hablar con Blake.

—Está en el prado, si espera un momento, iré a buscarlo.

—Gracias.

Cindy deseó tener el valor suficiente para interrogar a la mujer. Para preguntarle qué le habían hecho a Blake entre ella y su padre cuando era pequeño. Pero no era el momento.

Dejó el auricular en la encimera y fue a buscar a Blake. Lo encontró en el establo, ensillando a Cutter.

—Tu madre al teléfono.

Él asintió y terminó de ajustar las cinchas.

—Puedes echarle un ojo por mí.

—Claro.

Volvió un minuto después.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Sí. Mi madre ha encontrado una casa y quería decirme cuánto le hacía falta para la entrada. Le mandaré un giro esta tarde —desató al caballo.

Cindy no pudo evitar preguntar.

–¿Adónde vas?

–A ningún sitio en particular, sólo a montar un rato.

Cindy tenía un montón de cosas que hacer, pero ninguna le pareció importante.

–¿Te importa que vaya contigo?

Blake había deseado salir solo a montar, pero supuso que no importaba que Cindy fuera con él. Si cada uno permanecía en su montura y a una distancia mayor que un brazo, sería seguro.

–Claro, puedes venir conmigo.

–Gracias. ¿Ensillarías un caballo para mí? La yegua que está en el corral al lado del cobertizo es mi favorita. Se llama Foxy Lady y su montura está al lado de la de Blackjack, en la pared del fondo del establo –le dedicó una de las sonrisas de la vieja Cindy y se señaló la minifalda que llevaba–. Dame un minuto para ponerme algo más apropiado.

Bien. Con sus tradicionales vaqueros y camisa de franela estaría mejor. Más seguro.

Cuando desapareció en el interior de la casa, se dio cuenta de que sus minutos cuando se trataba de vestirse eran bastante más largos que los de él. Pero era demasiado tarde, ya le había dicho que podía ir con él.

Ensilló el caballo, una yegua de dos años que tenía mucho más carácter del que había dicho Cindy.

Sorprendentemente, cuando llevaba los dos caballos a la parte de atrás de la casa, ella estaba fuera sonriendo y con los ojos brillantes.

¿De dónde había sacado aquellos vaqueros ceñidos que le marcaban las caderas? En lugar de ponerse una de esas holgadas camisas de franela que solía llevar cuando montaba a caballo, había optado por una camiseta ceñida de las que él le había comprado en el Mercantile, aunque no recordaba que fuera tan pequeña. No había una bendita curva que no marcara.

–Estoy lista –dijo mientras tomaba las riendas.

Él no lo estaba, pero no sabía cómo escabullirse del paseo ya.

–¿Me das un empujón? –preguntó ella.

Como había hecho miles de veces, unió los dedos de las dos manos para hacer una especie de escalón y que así se pudiera subir a la silla, haciendo

crujir el cuero y tensando el vaquero, el suyo y el de él.

Mientras se montaba en su caballo, Blake murmuró algo entre dientes por el efecto que ella tenía sobre él. Y, si no la hubiera conocido tan bien, habría pensado que lo estaba haciendo a propósito.

–Venga –dijo él con tono de exasperación–. Vámonos.

El sol se alzaba ya bastante alto por el este al lado de un manojito de nubes como de algodón blanco. Era una preciosa mañana de verano, no muy cálida y húmeda, perfecta para montar a caballo. Un día perfecto para disfrutar del aire fresco y de la naturaleza en silencio.

–Me parece muy bonito que ayudes a tu madre con lo de la casa –dijo Cindy.

Él no respondió. Ayudar económicamente a su madre era simplemente algo que sentía que debía hacer. Ella había hecho algunos cambios positivos en su vida y se suponía que ésa era la forma de apoyarla.

–¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu padre? –preguntó sin captar la indirecta de que a él no le apetecía nada hablar y menos de sus padres.

–La última vez que hablé con él fue por teléfono. Cuando cumplí ocho años.

–¿Por qué no vas a verlo?

¿Por qué iba a hacer algo así? Se había deshecho de él hacía años.

–Supongo que si quisiera tener algún tipo de relación conmigo, establecería algún tipo de contacto.

Cindy se mordió el labio como si estuviera pensando en algo. Pero no quería preocuparse por él. Llevaba las riendas de su vida desde hacía mucho tiempo.

No hablaron mucho más, lo que él llevó muy bien.

Al llegar a la curva, cerca del lago de Twin Oaks, el mejor lugar de pesca en todo el condado de Blossom, vieron a dos pescadores al lado de la fangosa orilla con las cañas extendidas sobre el agua.

Cindy se cubrió el sol que le molestaba en los ojos con una de las manos y dijo:

–Bueno, increíble. Uno de esos tipos es Robby. Sabía que volvería a casa pronto. Y sabía que lo primero que haría sería venir aquí. Le encanta pescar.

Arreó a su montura y Blake la siguió. Quería conocer al tipo.

–Hola, Robby –dijo Cindy saludando con la mano.

Un joven alto y desgarbado, con una gorra de béisbol verde, se dio la vuelta y cuando reconoció a Cindy, una sonrisa le llenó el rostro.

–Bueno, mírate.

Sí. Sólo mírala.

Cindy se bajó de la montura. Al verla con aquellos vaqueros ceñidos, Robby se quedó con la boca abierta y abrió desmesuradamente los ojos.

–Yo... esto... iba a llamarte –dijo–. Quiero decir... que debería haberte llamado... en cuanto llegué a casa, pero... bueno yo.... simplemente no lo hice.

Blake se dio cuenta de que Robby estaba pensando que había cometido un gran error no llamándola en cuanto había entrado en el condado de Blossom.

–Seguro que tenías mucho que hacer –dijo Cindy dejando a la yegua al lado de la orilla–. Lo entiendo.

–Bueno... –los ojos de Robby no se apartaban de ella y cada vez que tragaba se le movía toda la garganta–. En realidad no tengo nada que hacer.

–A lo mejor podríamos ir al cine o algo así –sugirió ella como si manejara perfectamente el tema de las citas y no necesitara la ayuda de Blake.

–Estupendo, me encantaría –Robby miró a Blake que seguía montado en Cutter. Observando. Evaluando. Y decidiendo que el lerdito contable parecía inocuo. Y loco por ella.

–Éste es Blake Gray Feather –dijo Cindy–. Nos hemos criado juntos, pero ya se había ido de casa cuando tú llegaste a vivir a Blossom con tu familia.

¿Estaba ella queriendo decir que Robby no tenía de qué preocuparse? ¿Que Cindy y Blake nunca serían más que amigos? No era que le importara, pero que le pasara por alto le fastidiaba.

–¿Eres el famoso desbravador? –Robby sonrió enseñando los dientes torcidos–. La gente del pueblo habla de ti, te llama la maravilla comanche –Blake se enfureció. Nunca le había gustado que le señalaran por su sangre–. Buena suerte en las competiciones del rodeo –dijo Robby sonriendo.

–Gracias.

–Oh –Robby miró al tipo que tenía al lado–. Éste es mi primo, Brad. Es de Houston. Y está esperando las notas finales. Va a ser abogado.

Aparentemente Robby era el tipo de persona que valoraba a la gente por sus trabajos, y Blake no podía evitar preguntarse cómo valoraría a los vaqueros. Claro, que si Robby echaba un vistazo a los datos financieros de Blake, a lo mejor estaría más impresionado.

Cindy dedicó una sonrisa al casi abogado.

–Me alegro de conocerte, Brad. ¿Habéis tenido suerte y habéis pescado

algo?

–Todavía no.

Brad, que parecía tampoco poder apartar los ojos de Cindy, dedicó a su primo una sonrisa tonta.

–Pero parece que la suerte de Robby está cambiando.

Aparentemente así era.

Blake siempre había tenido simpatía por los tipos lerdos como Robby, tipos que tampoco encajaban en ningún sitio, como él, pero no le gustaba la idea de Robby saliendo con Cindy.

Unos desagradables ¿celos? se instalaron en él haciendo que se arrepintiera de haber sufragado el cambio de imagen y de haberla dejado seguirle en el paseo.

–¿Qué te parece salir a cenar y luego al cine el viernes que viene? – preguntó Robby a Cindy después de haber mirado a Blake como pidiendo permiso.

Cindy se metió los pulgares en los bolsillos del pantalón haciendo que la tela se ciñera aún más a sus caderas.

–El viernes es la *chilada* de la estampida y el abuelo espera que esté allí.

–¿A lo mejor el sábado? –preguntó el contable lerdo.

–Es el primer día del rodeo –dijo Cindy–, pero el jueves podría ser, ¿te viene bien a ti?

Robby dibujó una sonrisa de qué-suerte-tengo que seguramente no se le habría quitado de la cara aunque a su colega abogado le hubiera dado un ataque y lo hubiera tirado al lago.

–Bueno –dijo Cindy mientras daba un paso atrás–. Creo que es mejor que me vaya. Te veo el jueves.

–Estupendo. Te recogeré sobre las seis.

–Perfecto –después agarró las riendas, levantó el pie sin ayuda de Blake, metió la punta de la bota en el estribo y subió aquella figura explosiva al caballo.

Robby se quedó con la boca abierta y Blake deseó que el contable se comiera un par de moscas.

Cuando se alejaban, Cindy preguntó en voz baja:

–¿Qué tal lo he hecho?

–Como si no necesitaras más entrenamiento –no quería haber dicho eso, pero le irritaba que saliera con Robby.

Blake sintió la necesidad de tener una charla de hombre a hombre con Robby y explicarle cómo tenía que tratar a Cindy y advertirlo de que ni se le ocurriera besarla en la primera cita.

–Venga, volvamos al rancho.

–¿Quieres correr? –preguntó ella con una mirada brillante y juguetona.

Claro. Por qué no. Cuanto antes acabara ese paseo y volvieran a casa, mejor.

La nueva Cindy iba a conseguir volverle loco si era lo bastante tonto como para dejar que lo hiciera.

Cindy sabía que no tenía muchas oportunidades de ganar a Blake en una carrera a caballo, a pesar de que Foxy Lady había demostrado ser rápida y segura. Pero era agradable sentir el pelo sacudido por el aire y dejar las preocupaciones atrás.

Se las había arreglado para concertar una cita con Robby y aparentar estar feliz, pero la verdad fuera dicha, hubiera preferido salir a cenar y al cine con Blake el jueves.

Una vez cerca de la casa, Blake sujetó a Cutter para llevarlo al paso el camino que quedaba. Cindy se colocó a su lado haciendo que la yegua llevara el paso del caballo.

Cuando era más joven, Cindy se había preguntado cómo se manejaría en las competiciones de rodeo y una vez, incluso había llegado a considerarlo. Tenía un talento natural encima de un caballo tan bueno como el de Blake.

Pero el abuelo la necesitaba. Había perdido a su esposa, un hijo y una nuera en menos de un año. Y Cindy era la única familia que le quedaba. Marcharse para competir en el circuito ni se planteaba.

Cuando entraron en el prado de casa, vieron una pequeña furgoneta deportiva roja aparcada en la entrada. Y una rubia de buen tipo de pie en el porche.

Una atractiva mujer a la que Cindy no reconoció.

Llevaba unos vaqueros nuevos y una blusa blanca de algodón, no iba vestida para una visita de trabajo a un rancho. Su ropa era de diseño al estilo del Oeste, sin duda, y le quedaba bien.

La rubia todavía no se había dado cuenta de que Cindy y Blake habían llegado cuando Shep se acercó a olerla. Sonrió y echó al perro.

Tuck salió de la casa y le tendió un vaso de té helado.

–¿Quién se supone que es? –preguntó Cindy al darse cuenta de que Blake no decía nada.

–Se llama Jessica Livingston.

A Cindy se le hizo un nudo en el estómago. No hacía falta preguntarle nada más. Ya le había dicho que el nombre de una en particular era Jessica. Y aunque Cindy no estaba sorprendida al ver lo guapa que era, no había esperado encontrarla con tanta... clase. Tan perfecta.

Shep empezó a ladrar según se acercaban y Tuck saludó con la mano.

Ya era demasiado tarde para cambiar de dirección y alejar a Blake de la mujer que evidentemente lo esperaba y estaba encantada de verlo llegar.

Jessica dejó el vaso en la mesita que había al lado del columpio y echó a andar en dirección a Blake, meciendo las caderas, con la espalda recta, la barbilla levantada y una enorme sonrisa. Se movía como una mujer que se sentía cómoda con su feminidad y sabía jugar a lo que jugaban los hombres y las mujeres. De hecho, seguramente sería una experta.

Una mujer tan diferente de Cindy.

–¿Sorprendido de verme? –preguntó la vaquera al vaquero.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Blake.

–Sí. Creo que sí.

Jessica miró a Cindy y sonrió, pero aquellos enormes ojos azules parecían estarle tomando la medida. Y fastidió a Cindy no saber la conclusión que habría sacado la vaquera.

Pero daba lo mismo. Nunca habría podido competir con una mujer como aquélla.

Blake señaló con la cabeza a Cindy.

–Jes, ésta es mi amiga Cindy Tucker. Prácticamente nos hemos criado juntos.

Era lo mismo que Cindy había dicho a Robby, pero ella lo había dicho para quitarle importancia a su guapo compañero de paseo, mientras que Blake estaba simplemente describiendo un hecho. Su orgullo se desmoronó.

–Jessica es una de las mejores corredoras a caballo del país –explicó Blake.

La rubia tendió una mano en la que llevaba una muñequera de tenis.

–Encantada de conocerte.

–Igualmente –Cindy se agachó y estrechó la mano de Jessica forzando una

sonrisa. Haría todo lo posible, pero no creía que fuera capaz de quedarse allí y simular que la reunión no le resultaba molesta.

Un potente dolor se instaló en su pecho y parpadeó para aclarar la niebla que enturbiaba su vista. Como una mirona, Cindy vio cómo Blake desmontaba, vio brillar los ojos de la mujer y sus brazos anhelar abrazarlo.

¿Estaba él tan feliz de verla como ella de verlo a él?

Cindy sólo podía observarlo buscando la respuesta.

El cuero crujió al bajarse Blake del caballo. No estaba especialmente feliz de ver a Jessica allí. No era que no le gustara, pero los sentimientos de ella hacia él eran algo más fuertes que eso.

En un esfuerzo para quitar importancia a lo que fuera que había ocurrido entre Cindy y él, dio la bienvenida a Jessica con un abrazo.

–¿Qué te trae hasta aquí?

–Tú –le soltó con una sonrisa guasona–. Dicen que la ausencia es al amor lo que el aire al fuego y quería saber si es cierto –Blake miró a Cindy–. Pensaba que a lo mejor te gustaría venir conmigo a explorar las pistas del rodeo –siguió Jessica–. Podrías enseñarme el pueblo ya que era donde vivías.

–Claro. Tengo que refrescar a mi caballo. ¿Me esperas?

–Por supuesto. No tengo donde ir.

Blake no pudo evitar mirar a Cindy y captar la expresión en su rostro. Una mirada que decía que se le ocurrían un montón de sitios para sugerir a Jessica que podía irse.

Capítulo 9

BLAKE y Jessica se habían marchado en el coche de ella hacía horas y aún no habían vuelto.

Cindy no podía parar de pasear por el salón porque no podía dejar de preguntarse dónde estaba él y qué estaría haciendo, ya que, fuera lo que fuera, era con Jessica.

¿Por qué no había llamado para hacerles saber a ella y a su abuelo hasta cuándo tenían que esperarlo?

De acuerdo. Blake era una persona adulta y podía ir y venir cuando quisiera, pero un poco de consideración no hubiera estado de más. Y no habría estado mal una llamada.

Claro, que el abuelo había pasado mucho tiempo al teléfono esa tarde, algo que nunca hacía. Podía freírle la oreja a alguien en una conversación cara a cara, pero, normalmente, no le gustaba hablar por teléfono.

Hasta esa tarde.

Cuando finalmente había colgado el auricular, había recorrido el pasillo de camino a su cuarto silbando una alegre canción. Y luego había vuelto, recién duchado, llevaba unos vaqueros negros, una camisa elegante, las botas nuevas y un toque de Old Spice.

–¿Adónde vas? –preguntó Cindy.

–Tengo una cita con la chica más guapa del condado de Blossom –una amplia sonrisa aparecía en su rostro suavizando la ajada piel y haciéndole parecer diez años más joven.

–¿Vas a salir con Lorraine?

–Sí. Voy a volverla a llevar al Alibi. Y esta vez vamos los dos solos –tomó el sombrero de la percha y se lo puso en la cabeza.

–Esto de Lorraine parece serio.

–No. Es sólo diversión –los ojos le brillaron.

–No es eso lo que quiero decir. Es sólo que creía que habías decidido seguir sin pareja el resto de tu vida.

—Y sigo decidido. Nunca he pensado mucho en las mujeres. Hasta que vi a Loraine. ¿Y ahora? No pienso dejarme cazar, pero me siento como rejuvenecido. Excitado, ¿sabes? Como si me hubiera metido en el túnel del tiempo y volviera a tener veintidós años.

Trató de imaginarse a su abuelo como un hombre de su misma edad, pero era difícil. Aun así, ése era el modo como estaba actuando.

«Tu abuelo tiene el corazón de un muchacho», había dicho Cherry. Y parecía ser verdad.

Divertido, pensó. Cindy se sentía como una vieja. Una solterona, pare ser exacta. Y tener una cita con Robby el jueves por la noche, no cambiaba nada su estado de ánimo.

—Eh, chiquilla —dijo el abuelo levantándole la barbilla con un dedo—. ¿Qué pasa?

—Nada —forzó una sonrisa con la esperanza de que le llegara hasta los ojos.

—No me lo creo. ¿Te preocupa que me haya echado una amiga?

—No. Sólo me sorprende, eso es todo.

—Eso no es todo. Hay algo más, Cindy Lou. Te conozco. Y andas con el rabo entre las piernas.

Nunca había tenido secretos con su abuelo, pero ¿qué se suponía que tenía que admitir? ¿Que se había enamorado de un vaquero que estaba loco por otra, una rubia guapa que vivía en el mundo del rodeo? Una vaquera experimentada en los romances y más sexy de lo que ninguna mujer tenía derecho a ser.

—Todo el mundo sale esta noche menos yo —dijo rodeando la verdad—, pero no te preocupes, Shep y yo estamos bien.

—Bueno, demonios. Puedes venir con Loraine y conmigo, no nos importa.

—Oh, no, ni pensarlo. Quería decir que es un poco triste no tener mi propia cita.

—El hombre adecuado aparecerá el día menos pensado y tú te liberarás de mí y del rancho y empezarás una vida por tu cuenta —le dio un beso en la frente—. No me esperes levantada.

—No lo haré —le dijo, pero no iba a poder dormir esa noche.

No hasta que le dejara de doler el corazón.

A las ocho menos cuarto, Jessica llevó de vuelta al rancho a Blake.

Tenía las manos apoyadas en el volante y los ojos puestos en él.

–¿Quieres que espere?

–No. No necesito ayuda. Tengo mi camioneta.

–De acuerdo –dijo ella–, entonces volveré al motel.

Blake abrió la puerta y bajó del coche.

–Ya sabes –añadió ella–. No hace falta que tengas tu propia habitación, podemos compartir la mía.

–Lo sé –en otro tiempo aquella oferta le hubiera resultado atractiva, pero no quería compartir nada con Jessica–. Como ya te he dicho, no estoy preparado para volver a meterme en una relación.

–Lo sé, pero puedo esperar –le dedicó una sonrisa–, un ratito.

Blake asintió, cerró la puerta y se dirigió a la casa mientras Jessica se alejaba.

La camioneta de Tuck no estaba aparcada al lado del establo, así que Blake no estaba seguro de si habría alguien en la casa salvo por la lámpara que había encendida en el salón. Buscó la llave en el bolsillo, pero no le hizo falta, la puerta estaba abierta.

Entró en la casa y vio a Cindy de pie al lado del sofá. Había una novela en la mesa de al lado.

Llevaba un camisón blanco de algodón y tenía el pelo recogido en un moño. Algunos rizos sueltos enmarcaban su rostro y hacían que estuviera preciosa. Parecía recién duchada y preparada para irse a la cama.

Le llegó el olor a jabón de aloe. Le gustaba aquel aroma en ella.

Sólo mirarla allí de pie, como una mujer de buen corazón esperando en casa la vuelta de dos hombres, hizo que el corazón le fallara.

Cindy le dedicó una sonrisa dudosa.

–Estás en casa.

No, en realidad, no. Había vuelto sólo para recoger sus cosas, pero por un momento tuvo la sensación de haber vuelto al hogar. Con ella.

Y eso lo convenció todavía más de estar haciendo lo correcto.

–Yo... bueno... venía a recoger mis cosas. Voy a quedarme en el pueblo, más cerca de las pistas del rodeo.

Sonó como una excusa pobre, incluso para él, pero tenía que poner distancia con Cindy.

¿Cómo si no iba a manejar los deseos que había sentido? Deseos que seguía teniendo sólo con verla llevando únicamente un camisón.

La luz de la lámpara estaba causando estragos en sus sentidos al atravesar

la tela de algodón y permitirle ver la silueta de su cuerpo a través del camisón. Se imaginaba que ella no tenía ni idea de lo seductora que estaba y lo reveladora que era la túnica con la luz detrás.

Cindy se cruzó de brazos, ocultando la insinuación de sus pechos a la vista de Blake.

–No creo que sea el rodeo lo que te hace recoger tus cosas. Es Jessica.

No tuvo valor para decirle que se equivocaba, que era ella quien le tenía hecho un lío y sin saber por dónde tirar.

–Han llegado muchos amigos al pueblo y necesito centrarme en el rodeo, en la competición.

Después se disculpó y desapareció.

Cindy deseaba desesperadamente creerse las excusas de Blake aunque en su corazón sintiera dudas. Podía ser novata en los asuntos del corazón, pero había visto a Jessica y tenía claro que aquella mujer quería a Blake.

Pero, ¿él la quería?

A lo mejor sí. Pero ese maldito beso que había compartido con Cindy había tenido algo de especial. A ella le había llegado a las entrañas. Y sospechaba que a él también.

Blake se dirigía hacia la puerta con su equipaje cuando una certeza golpeó la mente de Cindy: ésa podía ser la última oportunidad de recordarle el beso. De hablar con él de lo que... de lo que podría haber...

–Espera –dijo agarrándolo del brazo–. Tengo que preguntarte algo.

Se detuvo y la miró con un, ¿qué? en lo ojos.

–El beso que nos dimos en el porche anoche te afectó, ¿verdad?

Estuvo un buen rato ahí de pie, mirándola, pensando qué decir.

–Sí –dijo con un susurro–. El besó me sacudió.

Una sensación de excitación la recorrió haciendo que se dispararan sus esperanzas y sueños.

Si el beso le había afectado, a lo mejor sentía por ella algo más que un afecto de amigo. A lo mejor incluso la amaba un poco. Pero si no preguntaba, nunca lo sabría.

–¿Quiere eso decir que te importo? ¿Más de lo que tú creías?

Estuvo otro buen rato de pie en silencio buscando una respuesta llena de tacto pero que fuera verdad.

–Sí. Me importas. Más de lo que yo creía.

No era un reconocimiento de amor, pero estaba muy cerca y podía ser todo

lo que consiguiera de él.

–¿Te importo en un sentido romántico? –preguntó.

De nuevo el silencio.

–No beso a las amigas del modo que te besé a ti, pero es todo lo lejos que llegaré, Cindy. No soy la clase de hombre en la que deberías malgastar tu amor.

Después, le dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta.

Estaba demasiado desconcertada como para hablar. Demasiado sorprendida para pensar en una respuesta, un argumento. Un pretexto.

Y fue ella quien se quedó en silencio, inmóvil.

Blake salió de la casa y cerró la puerta. Y cuando se hubo marchado, la emoción provocada por lo que había admitido, desapareció. Cindy bajó los hombros y casi cayó al suelo con el corazón roto, frustrada.

Acababa de perder al hombre que amaba, el hombre que seguramente la amaba a ella.

Y no parecía haber nada que pudiera hacer, excepto arrojarle a sus pies y rogarle.

Pero no haría eso.

En su lugar, permaneció de pie en el centro del salón con un enorme dolor en el corazón y las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Cindy no había dormido nada en toda la noche. Se había movido y retorcido como una trucha en un arroyo poco profundo.

El abuelo había vuelto después de las dos, pero ella se había quedado en la cama, escuchándolo andar de puntillas por el pasillo mientras silbaba la misma alegre canción. Estaba casi amaneciendo cuando se había dormido y no se despertó hasta casi las diez.

Después de una ducha, preparó una jarra de café y la miró, inhalando el aroma con la esperanza de que el olor la animaría un poco.

Se sentía frustrada. Atascada. Incapaz de pensar en nada que pudiera cambiar las cosas.

Sonó el teléfono y lo atendió al segundo timbrado.

–¿Hola?

–Siento volver a molestar –dijo Susan Gray Feather–, pero, por favor, ¿puedo hablar con Blake?

–No está aquí –Cindy no estaba segura de si ofrecerse para hacerle llegar un mensaje. No podía ir tras Blake, sobre todo sospechando que Jessica estaría pegada a sus caderas y sin saber si volvería al rancho–. Se ha trasladado al pueblo, cerca de las pistas del rodeo. Puedo intentar hacerle llegar un mensaje.

–No es importante. Era sólo para decirle que me llegó el dinero y que la casa ya es mía –hizo una pausa–. Quería darle las gracias de nuevo por ayudarme, sobre todo después de... bueno, ya sabes, todos los problemas que tuve en el pasado.

No, Cindy no sabía. Blake siempre había mantenido sus sentimientos bien guardados. Pero no pudo evitar animar a la mujer a hablar.

–Estoy segura de que siempre hay dos versiones de la misma historia.

–La mayor parte de lo que Blake te ha contado seguramente es cierto –añadió la madre de Blake–. Fui una miserable cuando era pequeño. Y una alcohólica. Pero me metí en Alcohólicos Anónimos y llevo tres años sobria. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de lo difícil que le puse las cosas mientras vivió conmigo.

–Blake dice que vuestra relación ahora es mejor –dijo Cindy.

–Es verdad. Pero las cosas entre los dos todavía están torcidas Y hago todo lo posible para que mejoren... si me diera una oportunidad. Incluso buscaría a mi ex marido si creyera que eso ayudaría.

–¿Por qué cree que encontrar al padre de Blake supondría alguna diferencia?

–Clint y yo teníamos nuestras diferencias, pero era un buen padre, quería a su hijo. Y Blake también lo quería. Solía ir tras su padre todo el tiempo. De hecho, era más hijo de Clint que mío. Yo siempre estaba celosa de su relación –dejó escapar un largo suspiro como si buscara en la memoria secretos guardados largo tiempo–. Cuando Clint me dejó, me hundí. Quería hacerle tanto daño como él me había hecho a mí. Y fue Blake quien salió peor parado.

Ésas eran las heridas a las que se había referido Cherry, se dio cuenta Cindy. Heridas que sólo Blake podía curar.

–Le dejé creer que su padre no quería saber nada de nosotros, pero era a mí a quien quería evitar.

–Pero el padre de Blake podría haberla demandado y exigido un régimen de visitas –dijo Cindy que no quería que la mujer cargara con toda la culpa.

–Sí, pero para asegurarme de que no pudiera, me cambié de estado y no

dejé ninguna dirección.

–¿Sabe dónde está su padre ahora? –preguntó Cindy.

–En Oklahoma, creo. Tenía familia allí y siempre hablaba de volver con ellos. Podría llamar a mi ex cuñada.

–A mí eso me suena a buen comienzo –a lo mejor reunirse con su padre era el primer paso en el proceso de curación de Blake.

–Gracias por escucharme –dijo la mujer–. No siempre es fácil hablar con Blake.

No lo era.

Cuando se cortó la comunicación, Cindy se sirvió una taza de café y sintió lástima por ese niño que se había sentido abandonado por su padre. Un niño que no se había sentido amado mientras se hacía mayor.

Pero Cindy lo amaba. Profundamente.

Probablemente le entendía mejor que nadie. Nadie sabía mejor que ella lo que se necesitaba una familia propia. Un lugar al que realmente pertenecer.

Y Cindy estaba más que dispuesta a construir ese lugar con él. Si se lo permitía.

No renunciaría a él.

No sin luchar.

Media hora después se había puesto uno de los vestidos más sexys que Blake le había comprado, el negro que había llevado al Alibi. Ése que le había tenido incómodo y preocupado y le había hecho ser un poco posesivo.

Después de dedicar un cuidado extra al peinado y el maquillaje, se dirigió hasta las pistas del rodeo a la búsqueda del hombre que amaba.

Aparcó cerca de la entrada. Mientras bajaba de la camioneta, una esbelta rubia se bajaba del coche aparcado al lado del suyo.

Era Elizabeth Dupres.

Cindy siempre la había considerado una amiga, incluso aunque no se relacionaban mucho.

–Hola, Cindy –Elizabeth le ofreció una sonrisa amigable–. Me gusta tu nuevo peinado. Oí que fuiste al Cut N Curl. Es muy bonito.

–Gracias, ¿qué te trae al recinto de la feria? –preguntó Cindy.

La madre de Elizabeth era una de las más activas miembros del Comité por la Conducta Moral. Elizabeth también era miembro del comité. Pero de menor nivel.

–El comité ha sido siempre muy partidario de la feria y de las exhibiciones

–explicó Elizabeth–. Son sólo las atracciones lo que nos preocupa. Por sus efectos sobre los niños y la comunidad.

–¿Qué pasa hoy? –preguntó Cindy–. La feria no se ha abierto todavía.

–Voy a ayudar a colocar la exposición de manualidades de los niños. Y estaré en el jurado del concurso de fotografía juvenil.

Aquello no sorprendió a Cindy. Elizabeth siempre había estado muy implicada en la comunidad. Era una joven considerada y amable, la clase de mujer que Cindy hubiera querido tener de amiga.

–Voy a las pistas del rodeo para hablar con Blake –dijo Cindy–, pero después, u otro día, si tienes tiempo, podemos quedar para comer.

Elizabeth le dedicó una bonita sonrisa.

–Me encantaría comer contigo. Tengo mucho tiempo durante el verano. ¿Mañana en el Bee Hive?

–Suena bien. ¿Nos vemos sobre las doce?

–A mí me viene bien –Elizabeth empezó a moverse hacia el edificio donde se colocaban las exposiciones–. Mejor me voy, me están esperando.

Cindy asintió y después siguió su camino. Quedar con una amiga para comer había sido tan fácil que se preguntó por qué no lo había hecho antes.

Esperó que tener una amiga del comité no supusiera que el grupo intentara reclutarla. Siempre le habían gustado las atracciones y no se uniría a un boicot.

Pero Elizabeth no era la clase de persona que presionara a nadie.

Mientras cruzaba la pradera que separaba la arena del rodeo de la zona de la feria, un vaquero se acercó a ella. No estaba segura de dónde había salido, si de un enorme camión que había aparcado o de las oficinas de la feria.

El vaquero cuarentón le dedicó una sonrisa difícil de interpretar y se levantó el ala del sombrero.

–Hola, guapa.

Olía a tabaco y alcohol y su instinto le decía que lo evitara, pero no quería ser descortés.

–Hola.

–¿Puedo escoltarte a algún sitio?

–No. Sólo estoy buscando a un amigo.

–Si no lo encuentras, me encantaría poder intervenir –después la recorrió con la mirada de arriba abajo–. Llevas un vestido precioso. Y tienes el pelo más bonito que he visto nunca, es del color de las hojas en otoño.

–Gracias –no pudo evitar devolverle la sonrisa, ni experimentar una sensación de poder femenino.

El vaquero tomó entre sus sucios dedos uno de los rizos de Cindy y dijo:

–¿Por qué no vamos a mi camión y tomamos una copa?

Él ya había tomado unas pocas. Y ella no tenía el menor interés en ir a su camión.

–Tengo que irme –dio un paso atrás y giró a la izquierda intentado evitarlo.

El vaquero le puso una mano en el hombro.

–Ahora no juegues a hacerte la difícil.

–No estoy jugando a nada –se movió bruscamente y echó a andar hacia la arena con pasos rápidos y firmes.

–Eres una provocadora –gritó tras ella–. ¿Lo sabías?

No sabía nada, sólo que había atraído la atención del hombre equivocado.

El único hombre que quería que reparara en ella era Blake.

¿Dónde estaba?

Al lado de la arena, Blake se estaba bebiendo una botella de agua helada. Estaba ayudando a Trent Holbrook a descargar un remolque de alfalfa porque Hank Navarro, el tipo que vivía en un camión al lado de la oficina y que era el responsable del rodeo de la feria de Blossom, había empezado a darle a la botella desde por la mañana por alguna estúpida razón. Y «simplemente se le había olvidado» buscar a alguien para descargar el remolque. Y dado que Hank, que era un tipo agradable cuando estaba sobrio, no estaba en condiciones de subirse él mismo al remolque, Blake se había presentado voluntario.

Y estaba contento de haberlo hecho.

El ejercicio físico lo ayudaba a olvidar la mirada de Cindy cuando se había marchado la noche anterior.

Había tenido que dejarla. Había sido duro, como cuando tienes que matar un viejo caballo para que no sufra.

Claro, que eso no significaba que no la tuviera en la cabeza. O que hubiera conseguido olvidar el peso que tenía en el corazón.

Suspiró. Hacía calor.

Se había quitado la camisa después de descargar el heno y extenderlo en el corral que había al lado.

Cuando terminó el agua, Jessica se acercó a él y se quedó de pie a su lado.

–Nunca he conocido un hombre que estuviera mejor sin camisa.

–A lo mejor no has buscado bastante.

–No quiero buscar más.

Más de un colega le había dicho que era imbécil si no tomaba lo que ella le ofrecía. Pero la verdad era que el tonto beso que había compartido con Cindy le había hecho algo. También a su conciencia.

Y no creía ser capaz de quitárselo de encima en una buena temporada.

Se quitó el sombrero y se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa. Echó un vistazo a la zona que en poco tiempo sería un jaleo de gente. Por lo que había oído, el Comité por la Conducta Moral, CCM como lo conocía todo el mundo en la ciudad, no se había rendido, así que se adivinaban problemas en el horizonte. Por supuesto él no pensaba verse envuelto, pero si tenía que tomar partido, apostaría por los feriantes que encajaban en la comunidad de Blossom tan mal como él.

Su atención se dirigió al campo que separaba la arena del rodeo del recinto de la feria y vio un conocido pelo rojo acercándose. Llevaba el vestido negro que le había puesto de los nervios en el Alibi.

Estaba cruzando el campo en su dirección. Cuando sus miradas se encontraron, el corazón se le removió en el pecho.

Ella se detuvo como queriendo cambiar de dirección. Un instante después, siguió hacia él con paso dubitativo. Despacio. Pero cada vez más cerca de él.

Hasta que Jessica deslizó una posesiva mano por la espalda de Blake, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

Entonces Cindy se detuvo en seco.

Capítulo 10

EN EL MOMENTO que Cindy vio a Jessica besar a Blake, el corazón le dio un vuelco y sintió que el estómago se le caía a los pies. No podía creer que hubiera sido capaz de conducir hasta allí para desnudarle su corazón y su alma.

¿Qué clase de loca corre detrás de un hombre que no la quiere?

E incluso aunque ella le importara, como le había dicho, Cindy jamás podría competir con una mujer como Jessica. Sólo había que verla con aquella sonrisa picante y aquellos vaqueros ceñidos. Y encima colgada de él.

¿Qué se suponía que debía de hacer Cindy en ese momento? No podía seguir allí plantada, de pie, en medio de la pradera como un espantapájaros. Pero no podía decir ninguna de las cosas que había ensayado: «Te amo, Blake, siempre te he amado y siempre te amaré».

Por supuesto podía meter el rabo entre las piernas, darse la vuelta, subirse a la camioneta y volverse al rancho mientras sus sueños quedaban tras ellas como una nube de polvo. Pero parecería tan patética como estúpida.

«De acuerdo. Piensa», se dijo, «seguro que se te ocurre alguna buena razón para haberte vestido así y haber venido hasta aquí».

Podía decirle que su madre había llamado y creyendo que era importante había ido corriendo a avisarle.

A lo mejor no era muy brillante, pero era lo mejor que se le ocurría en ese momento.

Así que siguió andando hacia él, hacia ellos, poniendo un pie delante de otro intentando evitar que los afilados tacones se clavaran en el blando césped.

Blake no se había movido de donde estaba, junto a una barandilla. Tampoco Jessica.

Los pasos de Cindy no se tambaleaban, pero su decisión sí.

A lo mejor no hacía falta ninguna excusa para ir hasta allí a hablar con él. Había mantenido sus sentimientos en secreto demasiado tiempo. ¿Por qué no

echar el balón a su tejado y ver qué pasaba?

Diciéndole cómo se sentía podía meter presión en su amistad y hacer que se sintiera incómodo para volver al rancho. ¿Y qué? Ella estaría muriéndose por dentro hiciera lo que hiciera si él tenía a otra mujer entre sus brazos, Jessica o cualquier otra.

Por supuesto, existía siempre la posibilidad de que al desnudar su corazón cambiaran las cosas. A lo mejor hacía que él reevaluara sus sentimientos.

Había dicho que no era la clase de hombre en la que Cindy debía malgastar su amor, pero era demasiado tarde. Ya lo quería tanto que podría gritárselo a todo el mundo en medio de la plaza del pueblo.

Pero el conocimiento de que a él simplemente le importaba pesaba demasiado en su mente y hacía que aminorara el paso.

¿Debía decirle cómo se sentía? ¿Arriesgarse a ser vulnerable?

No estaba segura, pero mantener su amor en secreto la estaba matando. Así que reunió toda la autoconfianza que había juntado desde el día que la llevó a la peluquería y, armada con todo el valor que pudo, marchó hacia la arena. No sabía qué iba a decir, cómo empezaría. Pero aquél iba a ser un día de ajuste de cuentas.

Cuando llegó a la altura de la pareja, la mano de Jessica se deslizó por las espaldas de Blake. Sus dedos se quedaron colgando del cinturón haciendo que rozaran el trasero de su vaquero de un modo muy posesivo.

Blake dio un paso a un lado rompiendo el contacto con la rubia, o eso parecía.

Cindy se cruzó de brazos y se apoyó en un pie.

—Blake, ¿puedo hablar contigo un minuto?

Jessica no pareció entender la indirecta.

—A solas —añadió Cindy.

Una mujer normal se hubiera ido pensando que Cindy y Blake querían tener una conversación privada, pero Jessica no. Siguió sin moverse.

Hacía siglos que Cindy no tenía una pelea de patio de colegio. Y sospechaba que las mujeres adultas no resolvían las cosas a bofetadas o tirándose del pelo como cuando eran pequeñas. Y eso que había aprendido pronto que un buen puñetazo en la nariz ponía punto final rápidamente a una pelea de niñas. De cualquier modo, dado que no tenía que competir en un concurso de belleza o en una exhibición de habilidades con Jessica, esa mujer no la asustaba lo más mínimo.

Pero a lo mejor Jessica sí le tenía miedo, miedo de que hablara con Blake. Si era así, era un buen principio.

–Jes –dijo Blake–, vete a buscar algo que hacer, ¿puedes?

–Claro –la vaquera miró a Cindy antes de irse. Y mientras se alejaba sus caderas se mecían y el rubio pelo se movía encima de los hombros.

–Disculpa –dijo Blake haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Jessica–. Cuanto más me aparto de ella, más me sigue los pasos. Supongo que no está acostumbrada a que los hombres rechacen su afecto.

–A lo mejor tienes que ser más directo –dijo Cindy–. No me ha parecido que rechazaras el beso ni las caricias de la espalda.

Blake no estaba seguro de lo claro que debía ser.

Su mirada se encontró con la de Cindy.

–¿Qué te trae por aquí?

Descruzó los brazos, cambió de postura y se sujetó el pelo tras la oreja.

–Hay algo que necesito decirte.

–¿Qué? –dijo irguiéndose y apartándose de la barandilla–. ¿Está bien Tuck?

–El abuelo no podría estar mejor. O más feliz. Salió anoche y no volvió hasta las dos.

–¿Has venido hasta aquí para contarme eso?

–No. He venido hasta aquí para decirte que te amo.

La afirmación le golpeó igual que un potro salvaje que saliera de la rampa. Y, aunque lo encontró algo más que estimulante, también le pareció peligroso.

Cindy apoyó las manos en las caderas de un modo sexy y sensual, después se mordió el labio de abajo y lo miró con unos expresivos ojos verdes que resplandecían de inocencia y sinceridad y todas esas cosas que un hombre desea en una mujer. En una esposa.

–Siempre he estado encaprichada de ti –admitió ella–. Pero desde que volviste, empecé a darme cuenta de que el sentimiento era mucho más grande que un simple capricho.

El corazón de Blake se hinchó, chisporroteó e hizo toda clase de cosas raras, como golpear contra su pecho pidiendo piedad. Pensar en el amor sin envoltorios de Cindy, lo aterrorizaba.

–No sé qué decir.

–Puedes empezar por decirme que te importo lo bastante como para darnos una oportunidad.

–Ah, Cindy. Me importas mucho. Lo bastante como para no darnos ninguna

oportunidad.

–No entiendo.

–Soy un vaquero de rodeo. Es a lo que me dedico. Es lo que soy.

–Sé cuánto significa para ti el rodeo y me encantaría recorrer el circuito contigo, si tú también me quieres –hacía que pareciera tan fácil..., pero era muy complicado–. ¿Me amas? –preguntó ella con una voz que hacía que a Blake le costara respirar–. ¿Aunque sea un poquito?

Más que nada en el mundo, pero quiso mentirle: decirle que no amaba ni necesitaba a nadie. Después de todo, era lo que se había dicho a sí mismo desde que era un niño. Pero no podía mentir.

No había querido admitir lo que había estado pasando entre ellos, todavía no estaba seguro de qué estaba pasando en su corazón, pero no era la clase de hombre que se establecía y se integraba en la comunidad. Y si lo fuera, tampoco estaba seguro de si quería serlo.

Obviamente, Cindy interpretó su silencio como un no. Hizo un gesto con la cabeza hacia donde se encontraba Jessica esperándolo.

–¿Es por ella?

–No, no es por ella. En absoluto.

–Podría entenderlo si lo fuera.

Blake le agarró la cara con las manos. Los pulgares le acariciaron la suave piel de las mejillas. La miró a los ojos.

–Eres tan guapa como Jessica. Y, diablos, mucho más atractiva. No es por ella. Es por mí. No pertenezco aquí, a Blossom. Y tú no perteneces a la carretera. Tienes una casa, una familia con Tuck. Y por eso no soy el hombre adecuado para ti. No importa lo que sintamos.

–Tú perteneces aquí –dijo ella poniéndose una mano en el corazón–. A mí.

Cindy nunca sabría cómo deseaba Blake aceptar su oferta. Pero no podía.

–Cariño, la próxima vez que bajes al pueblo, escucha a la gente tomando partido en el asunto de los feriantes. Cuenta cuántos de ellos están tratando de bloquear el acceso a los excluidos.

–No es lo mismo.

–En cierto sentido, sí. Me has ofrecido algo dulce, algo especial, algo que no tengo derecho a aceptar. Me siento honrado, pero deberías irte a casa. No puedo darte lo que te mereces –después dejó caer las manos, sacándola de su vida, de su corazón.

A Cindy le temblaron los labios y parpadeó con los ojos húmedos.

–Entonces, supongo que no hay nada más que decir –y se dio la vuelta para marcharse–. Ah, se me olvidaba. Llamó tu madre esta mañana. Ha comprado la casa y quería darte las gracias.

El sonido de la voz de Cindy, suave, rota y herida, le afectó.

–Mi madre no necesita seguir dándome las gracias. No ha sido para tanto.

Ella se encogió de hombros.

–A lo mejor no, pero quiere hablarte de algo más. Creo que no fue sincera contigo sobre tu padre.

–¿Qué quieres decir?

–Dijo que fue por su culpa que él desapareciera. Mejor sería que hablaras con ella.

–La llamaré esta noche. Gracias.

Después la miró mientras se daba la vuelta y se alejaba con la cabeza alta y aquellos tacones clavándose ligeramente en la hierba. Y estuvo a punto de salir tras ella.

A punto, pero no lo hizo.

Había hecho lo correcto, aunque sintiera algo clavado en el pecho. Y como un masoquista se mantuvo allí de pie mirándola irse.

Cindy no podía hacer otra cosa salvo irse. No podía arrojarse a sus pies y rogarle.

Miró una última vez por encima del hombro hacia donde se encontraba Jessica con un gesto presumido en la cara.

Podría haber jurado que había oído una vocecita que le decía:

–Perdedora.

Perdedora.

Eso era lo que era ella.

Cherry le había profetizado que sería una ganadora en la feria, pero la vidente, obviamente, se había equivocado. Cindy no iba a ganar nada. Ni siquiera un lazo azul por un pastel, eso era seguro. Y desde luego, no había conseguido apartar a Blake de Jessica.

Por mucho que Blake le hubiera dicho que no le interesaba aquella mujer, la persistencia de Jessica estaba destinada a hacerle ganadora. Había conseguido al hombre en el que había puesto los ojos. Y la simple idea de esa mujer o cualquier otra abrazando a Blake, besándolo, provocaba un dolor de mil

demonios.

Cuando se acercaba a la zona de aparcamiento, reprimió un gemido y se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas. Intentó recuperar la respiración. Nunca había sido llorona. Claro, que nunca antes le habían roto el corazón.

–Eh, señorita –el vaquero que la había detenido a la ida se había levantado de la silla en la que estaba sentado bajo su camión y se dirigía hacia ella.

Tenía ganas de decirle que se fuera por ahí y se metiera en sus asuntos, pero no confiaba en que su voz mostrara mucha autoridad. Los trozos de su corazón le atascaban la garganta.

–No pareces muy ocupada ahora. De hecho, parece como si alguien hubiera apaleado a tu perro –abrió los brazos y se acercó más a ella–. ¿Qué te parece un abrazo para hacerte sentir mejor?

–Gracias, pero no me hace falta un abrazo –se aclaró la voz y se secó las lágrimas.

–¿Te ha hecho llorar alguien? ¿Uno de esos vaqueros de rodeo? Ésa no es forma de tratar a una dama –le dedicó una sonrisa torcida–. Pero tengo el remedio perfecto para lo que te aflige.

Le puso la mano en el hombro y Cindy llegó al final de su paciencia. Herida, frustrada y sintiéndose aún como si tuviera que darle una paliza a cualquiera por cualquier razón, apretó el puño y le dio con todas sus fuerzas en la nariz.

–¡Aaag!

Empezó a salir sangre como de un grifo y la miró absolutamente desconcertado.

–¿Qué he hecho? –preguntó el vaquero.

–Mantén las manos quietas. Te he dicho que no me hace falta un abrazo.

El sonido de un grito pilló por sorpresa a Blake. Volvía de una discusión con Jessica mucho más directa que ninguna de las que habían tenido en los últimos meses, y vio a Cindy al lado de Navarro, el jefe del rodeo del condado de Blossom.

El viejo vaquero podía ser un demonio cuando bebía. Y para empeorar las cosas se había levantado con los cables cruzados y había empezado a beber Jack Daniels después de desayunar.

Hank gemía y bramaba y se cubría la nariz con una mano dejando escapar entre los dedos un hilo de sangre.

Cindy tenía los puños apoyados en las caderas como si estuviera lista para enfrentarse a él. Y aunque parecía poder apañárselas solas, Blake echó a correr y llegó en un segundo.

Blake se imaginó que Hank, como mínimo, la habría ofendido.

–¿Qué pasa?

–Esta loca me ha pegado –rugió Hank con el típico tono provocado por el alcohol–. Si fuera un hombre le daría un buen gancho.

–No te habrá pegado sin razón –dijo Blake.

–Claro que sí. Sólo estaba tratando de ser amable y ella... –Hank se quitó la mano de la nariz, la miró y gruñó–. Maldita sea. Creo que me ha destrozado la nariz. Debería llamar al sheriff y que la arreste por atacarme.

–Vas bien por ahí –dijo Blake–. El sheriff McCabe es un viejo amigo mío.

–Y le diré que me has acosado –dijo Cindy levantando el puño–. Si vuelves a tocarme cuando te digo que no lo hagas, te pondré un ojo morado.

Blake podía estar indisponiéndose con Hank, pero no le importaba. No iba a permitir que nadie manoseara a Cindy y se largase como si no hubiera pasado nada, claro, que a juzgar por cómo tenía la nariz, el viejo vaquero no se iba a ir de rositas.

Pero eso no hacía que Blake se sintiera menos protector de la marimacho convertida en dama. Se acercó a Cindy, la tomó por los hombros y le dijo:

–¿Estás bien, cariño?

Ella asintió.

–Demonios, Gray Feather –dijo Hank–. No sabía que era tu chica.

¿Su chica?

¿Era eso lo que era Cindy?

Miró a Hank, después volvió a mirar a Cindy y vio los destellos dorados en su pelo, el verde primavera de los ojos en los que descubrió más sentimientos de los que él había tenido en años.

La pequeña niña que se había hecho su amiga, había crecido hasta ser una mujer que era mucho más que una bonita cara.

La vieja y la nueva Cindy se mezclaban y se habían convertido en un objeto irresistible, un objeto que quería honrar y proteger el resto de su vida, una mujer a la que apreciar.

Algo potente envolvió su triste corazón llevándolo hasta el punto de ebullición.

La amaba. Era tan simple como eso. Y una sensación de orgullo surgió

limpia en él.

–Sí, Hank. Es mía. Un metro cincuenta de belleza y carácter.

Cindy le acarició la mejilla.

–No estoy segura de lo que hay en ti, pero me gustaría embotellarlo y guardarlo para un día de lluvia.

La abrazó.

–No tienes que embotellarlo, cariño. Vas a tener un suministro vitalicio.

–¿Eso quiere decir que me amas? –preguntó ella con los ojos abiertos de par en par.

La profundidad de su emoción, también de la de él, llegó a Blake al corazón.

–No sé por qué me ha llevado tanto tiempo darme cuenta, admitirlo, pero te amo Cindy Lou Tucker.

Se puso de puntillas y le pasó las manos por el cuello con los ojos mirándolo a lo profundo del corazón.

–Te amo Blake Gray Feather. Siempre te he amado y siempre te amaré. Y por si hay alguna duda, sé cuánto significa para ti el rodeo. Y estoy deseando seguir el circuito o ir a Tombuctú por estar contigo.

Algunas veces un solitario tiene que encontrar un lugar al que pertenecer. Y en ese momento no había ninguna duda de que la mente de Blake pertenecía a Cindy.

Después lo besó con todo el amor de su corazón. Un beso que hablaba de tul blanco y final feliz.

Blake había estado huyendo de casa, familia y amor durante años. Pero esa vez no iba a ningún sitio. Estaba aceptando todo lo que Cindy le ofrecía: la mano y el corazón de la mujer más bonita de Texas. Y él le estaba entregando su corazón. Cada centímetro de él, incluso las partes que habían herido hacía años.

Cuando finalmente interrumpieron el beso para respirar, Cindy le dedicó una sonrisa que marcó su corazón.

Una sonrisa surgió en los labios de Blake.

–Supongo que cancelarás tu cita con Robby. No voy a compartirte.

–Ningún problema –dijo Cindy con los ojos brillantes–. Hablaré con él en cuanto llegue a casa.

–Bien. Yo conduzco. No podemos dejar aquí tu camioneta –aflojó el abrazo, la agarró de la mano y se dirigieron al aparcamiento–. Y mientras le dices a

Robby que estás reservada, le pediré oficialmente tu mano a Tuck.

–¿Quieres casarte conmigo? –preguntó ella con los ojos abiertos por la incredulidad y la felicidad.

–Cuando tú quieras.

–En un instante –dijo ella tirándolo de la mano y haciéndole parar.

Después le pasó los brazos por el cuello y se lo demostró con un beso.

A pesar de que en la cuestión de las atracciones de la feria, la línea de separación entre las dos facciones estaba claramente marcada y cada ciudadano estaba dentro de un bando o del otro, toda la comunidad participaría en la feria. No podía ser de otro modo.

Desde que los padres fundadores habían organizado la primera exhibición, la gente había acudido desde kilómetros alrededor para maravillarse por la gran cantidad de objetos expuestos y comer toda clase de epicúreas delicias, como enormes perritos calientes, algodón dulce y multitud de manjares fritos.

Durante meses, la gente del pueblo se había visto animada a participar en la infinidad de competiciones que se celebraban año tras años, como el partido de pañales, el concurso de comer pasteles o el arrastre de tractor.

La feria empezaría en menos de una semana.

La tarde del viernes, nada más dar la una, Blake y Cindy salieron del recinto de la feria para la estampida, que daba el pistoletazo de salida al rodeo que debía empezar el sábado y desarrollarse hasta el lunes por la noche. Salieron del aparcamiento detrás de su abuelo y Loraine.

A Cindy le gustaba la mujer con la que salía su abuelo, y no sólo porque Loraine tuviera un gran sentido del humor, sino porque, además, era una maravillosa cocinera y había prometido darle algunas clases a Cindy. La enfermera rubia parecía adorar al abuelo y el viejo vaquero nunca había estado tan feliz.

–¿Crees que está enamorado de Loraine? –preguntó Cindy a Blake.

–A mí me lo parece –dijo dedicándole una sonrisa torcida–. Y sé reconocer un vaquero enamorado cuando lo veo.

–¿Cuándo fue la última vez que viste uno?

–Esta mañana, al afeitarme.

Cindy, que iba sentada en el centro de la cabina, al lado del hombre que amaba, le empujó con el hombro.

–Espero que ese vaquero te mire todas las mañanas.

–Seguro que lo hará.

Cindy no tenía ni idea de que enamorarse fuera algo así. Besos robados. Miradas sinceras que hablaban de para siempre. Deseaba que todo el mundo pudiera encontrar algo como lo que ella había encontrado en Blake.

El abuelo se había emocionado al escuchar que Blake y Cindy pensaban casarse y no mostró el más mínimo desagrado al enterarse de que ella se marchaba de casa y se unía a Blake en el circuito del rodeo, pero cuando ella le comunicó su intención de competir y meterse en la Asociación Profesional de Vaqueros de Rodeo, prácticamente se puso a bailar.

Nunca había habido ninguna duda sobre que Cindy tenía el talento, pero además, en ese momento, tenía las ganas. Y lo primero que pensaba hacer, una vez que tuviera el nivel necesario para competir como profesional, era enseñarle un par de cosas a Jessica sobre correr en un caballo.

–Parece que Tuck y Loraine nos han ganado –dijo Blake mientras aparcaba la camioneta al lado de la del abuelo.

La pareja de mayor edad acababa de bajarse del coche cuando Blake apagó el motor y abrió la puerta.

–Mejor nos damos prisa –dijo el abuelo tomando de la mano a Loraine y tirando de ella en dirección a las casetas donde se cocinaban los chiles–. Se van a terminar los mundialmente famosos chiles de Carl Walburn antes de que lleguemos.

Blake se echó a reír.

–Vete andando. Siempre he sido partidario de las delicias a la brasa de Louella Swandale.

–Os vemos luego –dijo Loraine por encima del hombro mientras casi corría para mantener el paso del abuelo.

–Os reservamos sitio en el concierto –dijo Cindy.

Al lado de las casetas de comida había un escenario en el que tocarían grupos de country en cuanto se hiciera de noche. Ambas parejas buscaron un sitio donde sentarse bajo una luna de plata, con forma de cuchara, había dicho el abuelo, a escuchar la música.

Mientras, Blake y Cindy, recorrieron la pradera, unidos de la mano, para ir a ver las pistas del rodeo. Era como si quisieran anticipar su futuro.

–Bueno, mira quién está aquí –dijo Blake señalando con la cabeza a Cherry Cooper que estaba echando un vistazo en la zona donde habían de colocarse

las casetas de los feriantes—. Es Lady Pandora.

—Vamos a saludarla —dijo Cindy tirando de él en dirección a la pitonisa que parecía un miembro más de la comunidad vestida con unos vaqueros. Pero la blusa multicolor y el pañuelo dejaban bien claro cuál era su profesión.

—Hola, Cherry. ¿Vas a la estampida? —preguntó Cindy.

—No, me temo que no. He quedado con Carlos Fuentes y el resto de los feriantes aquí. Mientras esperaba estaba echando un vistazo a la zona donde va la avenida central.

La feria y las atracciones abrirían el miércoles, lo que significaba que había toneladas de trabajo de preparación que hacer todavía.

Cindy sonrió a Cherry admirando su gusto al vestirse.

—Es una blusa preciosa —dijo.

—Gracias —respondió sonriendo la morena—. Tú estás muy bien, también. Y con ese guapo vaquero a tu lado, tienes un brillo especial. Uno de esos que dura toda la vida.

Cindy golpeó con el codo el brazo de Blake.

—Cherry predijo que sería una ganadora y brillaría en la feria. Y tenía razón.

—Bueno, has ganado mi corazón —dijo él—. Supongo que eso cuenta.

—Claro que cuenta. Además tú eras escéptico.

—Todavía lo es —dijo Cherry—. Puedo verlo en sus ojos. Y me sorprende, sobre todo con su herencia comanche.

—Nunca he seguido mucho mis raíces indias —dijo Blake.

Cherry se apartó un rizo de la mejilla.

—Es hora de que lo hagas.

Blake se encogió de hombros.

—A lo mejor sí. Hablé anoche con mi madre y me dijo que está buscando a la familia de mi padre.

La pitonisa se acercó y tocó el brazo de Blake.

¿Estaba intentado tener una visión?

Cerró los ojos un momento, sonrió al abrirlos y dijo:

—Encontrarás a tu padre en Oklahoma. Está ansioso por reunirse contigo.

—Espero que tengas razón —dijo Blake—. En mi interior siempre me he preguntado si sería tan malo como mi madre decía. Pero nunca he querido hacerme demasiadas ilusiones para evitar sufrir una decepción. Al fin y al cabo, se largó y nunca volvió.

—Tú padre te ha estado buscando mucho tiempo —dijo Cherry—. Tienes que

llamar a tu madre esta noche, para entonces ella ya lo habrá encontrado.

–Ojalá se así.

–Lo será –Cherry les dedicó una sonrisa cómplice como diciendo que ella siempre acertaba. Entonces le sonó el teléfono móvil, pidió disculpas y se alejó para hablar en privado.

Blake apretó ligeramente la mano de Cindy.

–Tú te crees esas historias, ¿verdad?

Blake le soltó la mano, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él.

–Te quiero, con esas ideas locas y todo. Bueno, vamos a comer algo antes de que Tuck acabe con todo.

Según se acercaban a la zona donde las chefs locales habían preparado sus especialidades, Blake echó una mirada a Cindy.

–¿Sabes? Yo también creo que estás brillante.

–Tú también –dijo ella con una sonrisa.

Con su corazón a punto de inflamarse por el amor y Blake Gray Feather a su lado, Cindy iba a brillar no sólo durante la feria, sino el resto de su vida.

Porque había ganado un premio, una cinta azul: el corazón de un vaquero testarudo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com